

BIBLIOTECA DE LA ANDALUCIA.

EL CABALLERO
DE PAMPELONNE,

POR

A. DE GONDRECOURT.

TOMO II.

SEVILLA.

Est. tip. de LA ANDALUCIA, Monsalves 29 y Catala-
nes 4, esquina á la de Tetuan.

1864.

SEGUNDA PARTE.

LA MARQUESA FABIANI.

I.

El pregonero de la liga.

Los importantes sucesos que señalaron los años de 1586, 87 y 88 separaron á nuestros personajes, obligándonos á saltar sobre los hechos que produjeron el asesinato de los príncipes de Lorena en los Estados de Blois y la importancia de la liga, preparando la caída del último de los Valois.

Estos hechos pertenecen á las páginas más trágicas de los anales franceses, habiendo sido trazadas con todos sus detalles por escritores apasionados, cada cual por partido distinto. La Francia, desgarrada por la guerra civil,

entregada á los horrores del hambre y la epidemia, á la brutalidad de la soldadesca, á la rapacidad de los aventureros, á la ambicion de los jefes, no era más que un vasto campamento puesto á saco siempre por los vencedores, ó devastado por los vencidos.

No se encontraba en las campiñas que hoy son orgullo de la Francia sino ejércitos armados, que con la bandera de los Valois, Mayena ó rey de Navarra, acababan de aniquillar un pais entregado á la desgracia. Con harta frecuencia los caballos de campaña hollaban cadáveres fruto de la miseria ó de la epidemia, y las opulentas ciudades de hoy no eran en aquella época más que cuarteles y almacenes de pólvora y cañones. Por do quiera se encontraban alzados los puentes, corridas las cadenas, las fortalezas defendidas y nadie se sorprendia al verse en medio de un asalto ó de un encuentro. El genio de las discordias, los odios y las venganzas, batian sus alas sobre aquel desdichado pais que registraba una de sus épocas más azarosas.

Empujado en una senda siniestra por la ambicion de los Guissa, por la cólera de la duquesa de Montpensier, que habia jurado vengar la muerte de sus dos hermanos asesinados en Blois, por la ambicion del duque

de Mayena, que aspiraba al trono; el pueblo de Paris se entregaba á los mas extravagantes desórdenes. La misma Iglesia tomaba parte en aquellas mundanas luchas, y los más impetuosos ligueros, los más implacables enemigos del Valois, pertenecian á los jacobinos, á las congregaciones y á las más ricas abadías.

La duquesa de Montpensier, mujer ardiente, audaz y rencorosa, llevaba siempre pendientes de su cintura las tijeras con que queria tonsurar á Enrique III, multiplicándose para reanimar el ardor de sus partidarios, mostrándose desde luego capaz de llevar hasta el fin el papel de que se encargó, y que ha hecho tan tristemente célebre su nombre.

Historiadores respetables convienen en que todo este odio no dimanaba únicamente del ultraje hecho á la casa de Lorena por Enrique III, sino del desden que este habia manifestado siempre por los encantos de la duquesa y por las burlas que le habian merecido la desigualdad de sus piernas. Madama de Montpensier era coja.

—En ninguna época, ni aun en los días tumultuosos de 1793, la corte y el rey fueron despreciados como en la época á que nos referimos: lo que se decia, lo que se escribia, lo que se inventaba contra el jefe del Estado, es-

cede á cuanto puede alcanzar la imaginacion. Sin duda que aquella corte se habia colocado por sí misma en tan triste situacion, se habia arrastrado hasta el fango en que se encontraba: el hijo de Catalina de Médicis habia dado el ejemplo de aquella corrupcion que fué el distintivo de la corte del siglo XVI.

Cierto es que Enrique III habia colmado la medida con sus escandalosos desórdenes, su pereza, su incuria, su abandono, sus prodigalidades dispendiosas, sus mascaradas de religion... Pero al sublevar las masas contra él, la pretendida union católica puso el colmo á la intriga, á la mala fé, al fanatismo; de tal manera, que en vez de salvar el pais le cubrió de luto, haciendo deslizar en el corazon del pueblo, que por primera vez agitaba sueños de emancipacion, su germen de anarquía, de audacia, que engendró los apóstatas y los regicidas.

Poco nos resta que decir del estado en que se encontraba la Francia al principio de la primavera de 1589, año que, segun todos los astrólogos, debia de ser fatal.

A fin de presentar en escena á los actores del drama que nos ocupa, sin reseñar aquellos hechos, que aunque históricos no se enlazan con ellos, iremos á encontrar á cada uno de

nuestros personajes en el sitio donde se encuentre, porque más de tres años han corrido desde que dejamos á la marquesa llamando á una puerta en medio de un camino, desde que el normando La Gazette escapó de la cueva con el tesoro, en la cual dejamos maniatado al jacobino Jacobo Clemente; desde que madama de Fresne se lanzó en pos de Pampelonne pasando sobre el cuerpo de Luisa, y por fin desde que Pampelonne y el vizconde llegaron á Montalban, corte del rey de Navarra.

Enrique III no poseia más que algunas ciudades: la liga le habia ido arrebatando parte de sus provincias, y no tenia ya el pobre rey más apoyo ni más esperanza para dominar á sus súbditos que su primo el rey de Navarra. Los calvinistas, pues, objeto de tantas guerras y persecuciones, estaban llamados á castigar en nombre del rey cristiano al partido á que habian dado pretesto para formarse; habiase, pues, concertado la paz entre ambos reyes, que se habian abrazado en Tours, donde las tropas del duque de Mayena habian experimentado una sangrienta derrota.

Una palabra de esplicacion nos parece aun necesaria ántes de continuar el hilo de los sucesos para decir lo que ha sido de nuestros personajes en los tres años trascurrido.

Gourdon se dirigió al Delfinado, donde sostuvo valientemente la guerra en compañía de Lesdignieres; pero su vida belicosa, sus fatigas, sus brillantes hechos de armas no han arrancado de su corazón la pasión que le dominaba, y ha pedido por toda recompensa á sus servicios el permiso de pelear al lado de los dos reyes.

Este favor le ha sido constantemente rehusado, porque Pampelonne, temiendo por su amigo la influencia de una intriga que se obstina en creer fatal, emplea su crédito para mantenerle en aquel glorioso destierro.

Pampelonne, tan pronto embajador como soldado, ha hecho frecuentes viajes á Alemania é Inglaterra, y distribuido en gloriosas campañas sendas estocadas; pero sus numerosos triunfos no han logrado consolarle del chasco de La Gazette: en vano ha buscado por todas partes al astuto normando; nadie ha podido darle noticias suyas; pero no obstante, él no pierde el valor ni la esperanza de dar con él, sintiendo únicamente el mal uso que hasta entonces hará La Gazette del Tesoro robado, según él, al rey de Navarra.

Mme. de Fresne se dirigió en efecto al castillo á libertar á Jacobo Clemente, prometiéndose ambos mútuo auxilio en contra del

caballero. Esta asociacion no ha tenido ningun resultado, porque los frecuentes viajes del gascon le han alejado del alcance de sus enemigos, y únicamente el monge y la hermesa viuda se han afiliado á la liga, en la que esperan encontrar apoyo para el golpe que meditan.

La Gazette ha comprado en las cercanías de Paris una magnífica posesion, en la que se da vida de príncipe.

La marquesa Fabiani y Venecia, acogidas perfectamente por los dueños de la casa donde se refugiaron, encontraron un abrigo seguro contra las turbulencias de la época. Despues de un dia de reposo, las dos damas continuaron su viaje guiadas por un aldeano: hasta Etampes su viaje fué rápido; pero conforme se aproximaban á Paris, iban caminando con mayor lentitud; la agitacion que reinaba en la capital se estendia á las poblaciones más cercanas, y apenas el rey habia huido del Louvre sus enemigos se habian posesionado de Paris y de lo más principal que lo rodeaba.

La marquesa, pues, se habia visto obligada á detenerse en Etampes, á fin de no esponerse á otros peligros que hubieran entorpecido aun más su marcha, y por enérgico que fuese el carácter de la veneciana, por mucha

que fuera su resistencia, sus fuerzas sucumbieron á las fatigas que venia soportando hacia muchos dias; cayó, pues, enferma, y tan peligrosamente, que Venecia, desesperada, la hizo trasladar á un convento de Hermanas de la Caridad, donde recibió una esmerada asistencia, que al cabo de mucho tiempo le devolvió la salud. Consumida por una fiebre lenta, luchando entre la vida y la muerte, la marquesa invocaba á Dios, pidiéndole por única gracia fuerza para llegar al término de su viaje: pero el mal empeoraba, y los accesos nerviosos acabaron por dejarla una parálisis en ambas piernas.

Desde entonces, fija en el lecho del dolor, la marquesa se dejó consumir por una sombría desesperacion: en vano su protegida trataba de sostenerla en la más dulce confianza; sus afectuosas caricias, sus dichosos presagios parecian aumentar el desconsuelo de la enferma. Más de una vez habia aconsejado la marquesa á Venecia que la abandonase, que fuese solo á Paris, y hasta le habia dicho un dia:

—Ve, hija mia, búscale; dile que estoy aqui, que le aguardo, que estoy enferma... ¡Oh! eso no; mi dignidad se opone: no quiero deber nada á su compasion; pero Dios le inspirará, porque Dios es misericordioso y tambien

es bueno, y he sufrido tanto, que ya creo haber merecido el perdón de mi falta! Obedéceme: Venecia, parte.

—Pero, madrina ¿á qué conduce ese paso? Yo os quiero tanto, que seré bastante débil para obedeceros; pero lo que nos exigis es imposible por dos razones: la primera, yo no puedo consentir en abandonaros en el estado en que estais; si os sucediera alguna desgracia en mi ausencia, yo moriría de rabia y de dolor, porque sois más que mi vida, y hblérais muerto por mi causa; además, yo debo velar por vuestra dignidad, ya que el dolor y la desesperacion os hacen olvidarla. ¿Queréis que vaya á buscar al conde de Saveuse!

—¡Silencio, silencio! Ese nombre estremece la parte que aún no ha muerto de mi cuerpo. ¡Más bajo, por Dios!

—Pues bien, continuó la jóven, ¿queréis que vaya á buscar al conde para decirle que habeis esperado en Venecia á que vuestro illustre padre no estuviese en el mundo para venir á Francia á buscar á un hombre que os ha vendido, que hasta ha olvidado su víctima... queréis... ¡pero yo no quiero! ¿qué podría decirle yo? ¿No creerá que habeis venido á pedirle por favor un nombre que acaso no tardareis en despreciar?

—¡Ah! no digas eso, murmuró la marquesa retorciendo sus manos; no quiero que lo digas, y sin embargo...

—¡Comprendo! No quereis oirlo, no quereis que lo diga, y sin embargo, vuestra alma siente lo mismo; ¡siempre somos así! Nunca tenemos valor para confesar las debilidades de nuestro corazon.

—¡Venecia!

—¡Oh, querida madrina! Perdonadme; todo es efecto de mi amor por vos: ¡perdon! Soy franca; mi sangre hierve; las hijas de mi tribu no saben mas que odiar ó querer: ¡su odio es sin piedad; su amor sin límites! Recordad la historia de mi ilustre abuela: al que nos quiere sacrificar nuestro honor, nuestra vida; al que nos vende, damos la muerte sin pesar. Yo no iré, pues, á buscar al conde para humillaros; iré á buscarle más bien para dejaros vengada.

—Eso no podriais realizarlo tú; ese objeto nos trajo á las dos.

—Sí; pero vuestra memoria se ha debilitado por el dolor; vuestro corazon se ha enervado con el pesar; partimos de Venecia á saber si el conde estaba vivo ó muerto; á que nos viese, y Dios hiciese lo demás. Al enviarme á mi sola, inutilizais vuestro viaje y os des-

honrais enviándole un mensajero; sabemos que es poderoso al lado del rey; que no está casado: nuestra misión está cumplida hasta la mitad; tengamos valor, y oremos, ya que no habeis querido seguir el consejo que os vengo dando desde nuestra salida de Angeres.

La marquesa habia respondido á este recuerdo por una sonrisa melancólica, y Venecia respondió:

—¡Acordaos de Boh-mil, y pensad en el vizconde de Gourdon! En vana intentais vencer vuestro destino: el vizconde es la tabla que os salvará del naufragio.

—¡Del naufragio! ¿Me crees, pues, abandonada sin remedio?

—Sí, repuso la gitana; mientras una nube cubria su frente y un rayo de fuego animaba su pupila.

La marquesa, ante esta réplica, cayó en un abatimiento profundo; ya no volvió á indicar á la jóven que fuese á Paris; no habia hecho más que rogar á Dios para que en breve le devolviese la salud y las fuerzas. Así vivió la marquesa en aquel asilo durante tres años: benéfica como siempre, repartia cuantiosas limosnas, y cuando por un milagro recobró el uso de sus miembros, todas las religiosas,

aunque lamentando su partida, elevaron gracias á Dios por su curacion.

La marquesa hizo sus preparativos de marcha á fin de junio de 1589. Había permanecido estraña á todos los asuntos mundanos, durante aquellos tres años que pasó en el asilo religioso, porque la regla era muy severa y la superioridad no permitia en aquel sagrado recinto hablar de las guerras y discordias de los hombres.

La vispera del dia elegido para su partida, la marquesa se dirigió á la celda de la superiora á despedirse y recibir su bendiccion, encontrándola muy ocupada en los preparativos de una fiesta religiosa, dando diferentes órdenes y viéndola rodeada de tapices bordados y ornamentos.

—No saldreis de Etampes mañana, hermana mia, dijo la superiora al oír su determinacion: se prepara una fiesta magnífica y todas las calles estarán intransitables en honor á Dios.

—Pues ¿qué sucede?

—Ya me veis dando disposiciones para que levanten un altar á la puerta del convento. La santa liga recorre en procesion todas las ciudades que le pertenecen, y el clero de Paris, los príncipes de Lorena, los dignatarios del

Estado y los principales hermanos recorren mañana nuestra ciudad. No debeis faltar á esa fiesta.

—¡Cómo! Paris, ó la mayor parte de los que le habitan, ¿vienen aquí mañana?

—Sí; al ménos los fieles tratan de reanimar de este modo el celo de los defensores de la fe.

La marquesa no hizo más preguntas; pero como ya tenia alquilada en la ciudad una habitacion donde se debian reunir criados y bagajes, se despidió aquel dia mismo de la comunidad, trasladándose á su nueva habitacion y reservándose hacer al dia siguiente lo que le pareciese.

Era la marquesa en esta época más bella quiza que cuando la presentamos á nuestros lectores en el castillo de Angeres: su rostro pálido y algo más enjuto tenia un sello de nobleza y suave melancolía que imponia respeto y admiracion. Era el tipo aristocrático y elegante de la gracia en la belleza, de la sencillez en la majestad.

Venecia era siempre la misma; la energia de su alma se reflejaba en sus facciones y el fuego de sus ojos amortiguado apenas por sus largas pestañas, repartia sobre sus mejillas un adorable resplandor: habia en la flexibilidad (de su

talle, en la agilidad de sus movimientos, en la vivacidad de su lenguaje algo de imponente y atrevido, que léjos de perjudicar á la jóven, la realizaba, la hacia interesar.

La marquesa y Venecta ocuparon, pues, una habitacion, cuyas ventanas daban á la calle principal de Etampes, es decir, camino de Paris. La ciudad estaba animada como nunca, y todas sus calles ostentaban banderas con inscripciones en favor de la liga, de los príncipes de Lorena ó de execracion á los herejes, á los hugonotes: la mayor parte de los nombres injuriosos que se daban al rey y á los hugonotes no eran comprensibles para la Veneciana y su protegida estrañas al fin á todo aquello. Sus pensamientos, por otra parte, no fijaban gran cosa en todo lo que les rodeaba, aguardando solo con impaciencia que aquella fiesta que embarazaba las calles terminase dejándoles seguir su viaje á Paris.

Las mujeres tienen siempre sobre los hombres la ventaja de no saber hacer callar á su corazon, rechazan toda distraccion que puede apartarles del objeto fijo en su pensamiento, y el mundo se torna en un desierto en cuanto el objeto de su culto no esté presente á sus ojos.

El hombre procura, por el contrario, aturdirse, y cerrando los ojos, se lanza en el tor-

bellino de los placeres, se esfuerza por combatir lo que él llama sus debilidades, y se estima dichoso por su victoria, harto fácil, mientras la mujer, aun en medio de su naufragio, rechaza el puesto de salud que se llama olvido.

Aquella misma noche, la marquesa y Venecia se asomaron á su ventana para oír mejor á un pregonero que, cercado de la multitud, exclamaba:

Los jefes de la santa liga hacen saber á los fieles de la gran ciudad de Etampes, que mañana, á mediodía, la procesion que recorre las cercanías de Paris hará su entrada solemne en esta ciudad. Todos los que odian los crímenes y la heregía del Valois podrán reunirse á los ilustres personajes que dan al pueblo ejemplo de fe y de piedad; escoltando con los piés desnudos y un cirio en la mano la cruz del Salvador. Componen la comitiva:

»El príncipe cristianísimo monseñor el duque de Aumale, gobernador de Paris.

»Una diputacion de los diez y seis.

»Otra de los cuarenta.

»Los reverendos curas de San Benito y de San Gervasio.

»Las hermandades de jacobinos y carmelitas, con el reverendo prior á su cabeza.

»La noble y virtuosa señora duquesa de Montpensier.

»El valeroso conde Saveuse...»

A este nombre, la marquesa se quitó de la ventana, teniendo que apoyarse en una silla para no caer. Venecia corrió á ella, y cubriendo sus manos de besos, exclamó:

—¡Valor, madrina, valor! La hora tan deseada va pronto á sonar.

Antes que la marquesa hubiera podido responder, sonó un golpe en la puerta, y Venecia abrió.

—¿Qué buscáis? dijo al dueño de la casa, que se presentó con humilde ademán.

—Un emisario del conde de Saveuse viene á alquilar dos habitaciones; una para él y otra para la señora duquesa de Montpensier. Vengo á preguntar á la señora marquesa, si debiendo partir mañana, queria ceder su habitación á la señora duquesa, á fin de no privarme del honor de hospedar...

—¿Teneis otra pieza que darne en cambio de esta?

—Sí señora, no tan digna de vos...

—Y el conde... el conde ¿habitará en esta casa?

—Sí señora, si vos lo consentís.

—Pues es cosa hecha: yo misma recibiré á la señora duquesa; pero oíd una palabra: ¿Quién es el conde de Saveuse?

—El más valiente campeón de la santa liga; el mejor caballero de la época.

La marquesa cambió una mirada de inteligencia con Venecia, y repuso:

—¿Qué edad podrá tener?

—La edad de Enrique de Valois.

—Creo que es amigo favorito del rey.

—Lo fué, por su desgracia; hoy, como otros muchos, ha roto su ídolo.

—¿No le acompañó en sus viajes á Polonia, Venecia?...

—Sí señora; era por entonces su favorito.

—Gracias, amigo, esto basta, prosiguió la marquesa; podeis retiraros.

—¡Ah, Venecia! murmuró arrojándose en brazos de la jóven, cuando estuvieron solas. ¡Ahora soy ya casi dichosa!

—¿Por qué, madrina? repuso la jóven con adorable sonrisa.

—Porque si me dejó, si pudo olvidarme, no fué por una rival: fué para pensar en la patria, en Dios.

La jóven fijó en la marquesa una mirada compasiva, y murmuró con cariño:

—Mi ilustre abuela, la hija del sol, tuvo la misma esperanza, y luego... ¡Sed dichosa! Hasta mañana.

La marquesa sintió un estremecimiento involuntario al oír estas palabras, y cayó en una meditación profunda.

II.

La procesion.

Amaneció el sol radiante al siguiente día, iluminando la risueña campiña de Etampes. La marquesa Fabiani, que había esperado con impaciencia los primeros albores sin poder conciliar el sueño en toda la noche, llamó á Venecia en cuanto iluminaron su ventana. La jóven, que había dormido vestida al pié del lecho, acudió al primer llamamiento.

—Hija mía, dijo la marquesa con triste sonrisa, preciso es que hoy me pongas muy bella, mi corazon está de gala.

—Sí, madrina; pero si tal es vuestro deseo,

debiérais haber empezado por dormir, ¿creeis que vuestro rostro no revelará la agitacion de vuestra alma? Quizá el señor conde de Saveuse ni aun os reconocerá.

— ¡Me aterra! Dame un espejo. ¡Ah! tienes razon, he cambiado mucho desde hace tres años. El, que amaba tanto mis mejillas sonrosadas, hoy pálidas y sin vida; pero no importa, Dios es infinitamente bueno y le dirá qué viento siniestro ha marchitado su flor querida... ¡Dame mi vestido de luto!

— Otra vez ese fúnebre traje. ¿Y por qué?

— Porque mi luto no ha concluido, porque aun no le he visto, porque ántes de verle ignoro si como tú has dicho me reconocerá, porque aun no es la condesa de Saveuse quien te habla, sino tu desgraciada amiga Fabia.

Sin replicar, Venecia presentó á la marquesa el traje de luto que pedia, y el atavío de la noble dama terminó en profundo silencio.

— No tendré paciencia, dijo por fin la marquesa, para aguardar hasta el mediodía esa procesion; ¡la impaciencia me mataría! Nos iremos á la calle, iremos ántes á visitar un templo, á dar gracias á Dios por el favor que me concede, y despues, cubriéndonos el rostro, iremos al encuentro del piadoso cortejo.

—¡Oh, sí, sí! madrina, lo apruebo: yo también deseo verle y oírle.

—¡Como yo, pobre niña! como yo.

—¡Mas que vos! murmuró la gitana, cuya mirada se animó un momento. Vos no sabéis lo que para vos encierra mi corazón de amor, de abnegación: pensad que mi corazón no ha querido más que á vos y á la memoria de los míos, y no dudeis que por grande que sea el amor que un hombre mañana me inspire, os juro desde ahora más cariño, más veneración que al hombre que elija por compañero.

—¡Ilusión, hija mía! Tú no has amado nunca!

—No importa; vos veréis si un día permite Dios...

La marquesa tomó entre sus manos la frente de la joven y la besó tiernamente: después, apoyándose en su brazo, salió lentamente, mandó preparar la habitación para la duquesa de Montpensier, y preguntó en qué parte de la casa se hospedaría el conde. Le indicaron un aposento cuya puerta se veía al extremo de una galería, y la marquesa murmuró en voz baja:

—Vamos á verle.

La marquesa se estremeció al poner el pié

en el dintel de aquella puerta, y penetró en la primera pieza con ademán vacilante.

Estaba ya todo dispuesto para recibir al noble viajero: Venecia se dirigió al antepecho de una ventana para dejar á su ama con mayor libertad. Comprendía que aquella visita tenía mucho de misteriosa y debían estorbarle los testigos: no obstante, la pobre niña sentía palpar su corazón como si la emoción que desgarraba el seno de la marquesa tuviese en el suyo una secreta correspondencia. Espiaba con mirada sombría los movimientos de aquella mujer que tan desgraciada había sido por el amor, y que hacía quince días saboreaba por vez primera las dulzuras de una loca esperanza.

La marquesa se arrodilló en un reclinatorio, inclinó la cabeza y ahogó sus sollozos. Lo que pasaba en el alma de la Veneciana no lo podemos decir: todos los que hayan amado lo comprenden, lo adivinan! ¡El hombre que al dejarla se había llevado sus más tiernos sentimientos, su amor y su vida; el hombre que venía á buscar de tan léjos venciendo peligros; el hombre á quien adoraba, á pesar de su doble crimen de ausencia y de silencio, á quien había perdido de vista hacía muchos años, iba á habitar dentro de algunas horas

bajo el mismo techo, iba á arrodillarse en aquel mismo sitio, iba á pasear su vista por los mismos objetos, á respirar el mismo aire, á pisar el mismo suelo! El alma de la marquesa se abismó en una profunda melancolía, presentándose á sus ojos el pasado con sombríos colores, el porvenir iluminado con la esperanza. Rogó, pues, por el que no podía odiar, y á pesar suyo, sus lágrimas y sus besos cubrieron el reclinatorio en que él debía elevar también su oracion.

La marquesa se levantó, desprendió una flor de su pecho, la colocó en el reclinatorio, paseó una última mirada por la estancia y salió lentamente de la habitacion en que hubiera querido ser legítima soberana.

—Escucha, Venecia, dijo la marquesa al poner el pié en la calle; un presentimiento funesto me dice que no volveré á poner los piés en la pieza que acabamos de dejar.

—Entonces seré yo quien deba ponerlos, replicó la gitana con calma.

—¿Y por qué?

—Porque si el conde es para vos lo que fué D. Luis para mi abuela, yo haré lo que hicieron Boh-mil y la hija del sol.

—¡Desgraciada!

—¡Lo haré! interrumpió Venecia, á ménos

que mi sangre detenga su circulacion en mis venas. ¿Qué es eso? añabió la jóven señalando un tablado que se habia levantado bajo las ventanas de la casa que dejaban, en cuyo tablado se veian preparativos para una hoguera.

—Lo ignoro, repuso la marquesa; sin duda quieren celebrar alguna ceremonia de la liga: entremos en el templo.

Después de dirigir al cielo fervientes acciones de gracias por el encuentro que permitia, las dos damas encubiertas se confundieron con la multitud que invadia las calles por donde debia pasar la procesion.

Eran más de las once: la poblacion de Etampes habia ido poco á poco dejando las calles de la ciudad, estendiéndose por el camino, constituyendo un público de fanáticos impacientes por saludar á sus dioses. En breve se distinguió la procesion, y la multitud abrió paso a los arcabuceros que abrian la marcha: tras ellos iba la cruz de Lorena á la cabeza de la comitiva, y se veia el coro religioso que entonaban los jacobinos y carmelitas.

Un jefe militar iba al frente de los arqueros, y su coraza reflejando el sol, su gallarda apostura, su caballo enjaezado con más lujo

que gusto; todo demostraba que aquel personaje tenía una gran posición.

—¿Es él? preguntó Venecia al oído de la marquesa.

—¡Oh! no: por el contrario, es nuestro pobre capitán abandonado en Angere.

—¡Cierto! murmuró Venecia: habrá hecho alguna gran fortuna; preguntémosle.

—De ningún modo, seríamos reconocidas y yo quiero verlo y oírlo todo sin ser vista.

Era en efecto La Gazette: La Gazette millonario: La Gazette, que no contentándose con su gran fortuna había solicitado y obtenido del duque de Mayena un puesto importante en París en las tropas de la liga: pasó al lado de la Veneciana sin mirarlas, tanto era la altivez de su frente y tanto se pavoneaba en su caballo.

Al mediodía, la procesión entraba en la ciudad entre las aclamaciones del pueblo: detrás de los ginetes que con el arcabuz á la espalda abrían la marcha, se adelantaba la hermandad de jacobinos vestidos con sus toscos hábitos, con la capucha echada y un cirio en la mano; á los jacobinos sucedían las diputaciones de los Diez y seis y los Cuarenta, vestidos de negro y llevando en la mano cirios blancos; tras ellos se veía un hombre de ele-

vada estatura, cuyo rostro taciturno, brazos musculosos, facciones groseras y vestido de escarlata, revelaba su condicion.

Era el primer verdugo de Paris: aquel hombre, montado al revés en un pollino, es decir, mirando hacia la cola, tenia entre sus manos el asta de un estandarte cubierto con un crespon negro, rematándole una estrella y la divisa de Enrique III.

Inmediatamente despues del verdugo, se adelantaba el clero de Paris, y por último el prior de los jacobines, llevando á su derecha á la duque a de Montpensier vestida con tosco sayal ceñido con correa, de la cual pendia un rosario, y de él las tijeras que debian, segun ella, tonsurar al rey. Como todos los ligueros, la duquesa caminaba con los piés desnudos y un cirio en la mano, rodeada de unos veinte nobles, tan ridículamente disfrazados como ella.

Detrás de este grupo seguian los dependientes del presbote llevando cada uno un instrumento de tortura.

Seguian despues los penitentes dándose disciplinazos y diciendo que su suplicio no terminaria sino con la muerte del hereje, del apóstata. Algunos niños iban tambien en tan gran grotesca mascarada vestidos de blanco,

con cirios más altos que ellos mismos, y corporaciones industriales: cada una con sus atributos, cerraban la marcha, colmando de injurias al rey, á su córte, á los calvinistas y á todos los políticos.

Por fin, algunos arqueros terminaban aquella inmensa columna, conteniendo con gran trabajo á los aldeanos que se precipitaban á ver pasar la procesion, mezclando á los cantos religiosos sus vociferaciones impías.

Un humo espeso embargaba la respiracion, y los cirios atormentados por el viento, lanzaban resplandores siniestros sobre aquellos rostros empapados de sudor y animados por el delirio.

¡Qué época tan calamitosa! ¡Y qué culpable el principe cristiano cuyos vicios y debilidades promovieron tales escesos! Grave es la culpa de la liga por haber profanado la religion, escudándose con ella para arrastrar al pueblo á tan innobles escándalos; pero la religion era el único instrumento de que se podian servir formando con el pueblo aquella amalgama de ignorancia y saber de poder espiritual y de supersticion: los jefes de la liga llevaban demasiado léjos el olvido de la Majestad Divina, y desmoralizaban al pueblo

apartándole de las virtudes cristianas que rechazan la violencia, la venganza.

¡Qué desolacion, pues, en toda la Francia! Autorizados por el ejemplo de los jefes, encontrando en el mismo confesionario disculpa cuando no incentivo á sus errores, todos obraban segun su propio interés, desatendiendo todo género de consideraciones.

De aquí los desórdenes, la indolencia, la decadencia del comercio y de la industria, la desolacion y la anarquía, tan bien analizada en este pasquin de la época, escrito con el sarcasmo que entonces se usaba para todo:

El pobre pueblo lo sufre todo,
El ejército lo destruye todo,
La Santa Iglesia lo paga todo,
Los favoritos lo ambicionan todo,
El buen rey lo concede todo,
El Parlamento lo sanciona todo,
La reina madre lo conduce todo,
El Papa lo perdona todo,
Chicot solo se rie de todo,
Y el diablo al fin se lo lleva todo.

La procesion, despues de varias detenciones, llegó al centro de la ciudad; la marquesa Fabiani estaba, como hemos dicho, confundida entre la multitud, habia logrado ponerse en la primera fila y buscaba con un valor

que ya empezaba á abandonarla, al hombre que la habia arrastrado á presenciar aquella ceremonia, donde la política dominaba á la religion y el odio á la política.

No dejó de llamar la atencion á los que las rodeaban, aquellas dos mujeres encubiertas que examinaban la comitiva con ardor febril: como todo el mundo iba con el rostro descubierto, los más fanáticos empezaron á ofenderse del incógnito que se obstinaban en guardar aquellas dos mujeres, y los apóstrofes, las injurias que en torno suyo oian, obligaron á las dos á levantar sus velos.

—¿Conoceis al conde de Saveuse? preguntó la marquesa á una mujer que á su lado gritaba:

—¡Vivan los lorenos! ¡Viva la duquesa! ¡Viva el conde de Saveuse y los piadosos jacobinos!

—Vaya si le conozco.

—Mostrádmelo.

—Vedle sobre aquel hermoso caballo negro; aquel valiente capitán.

La marquesa siguió la direccion de la mano de aquella mujer y se encontró con el normando La Gazette: sonrió ante el aplomo de su interlocutora, y preguntó á otras personas mostrándole cada una un personaje distinto.

—Cada uno cree estar muy seguro de lo que dice, murmuró Venecia al oído de su madrina. Preguntad á uno de esos capuchinos: ellos estarán enterados.

La marquesa se dirigió á uno que en aquel momento se detenía ante ella, y murmuró:

—¿Padre mio, podriais decirme cuál de esos nobles señores se llama el conde de Saveuse?

El jacobino levantó su rostro casi oculto bajo su capucha y contempló con éxtasis el rostro de la marquesa: el monje pareció víctima de una fascinacion, y murmuró:

—¡El conde de Saveuse! ¡El conde de Saveuse! no le conozco.

—¡Cómo! ¿No conocéis á uno de los principales jefes de la liga?

—No, no. ¡La liga no tiene más que un jefe, y ese jefe es Dios!

La marquesa, turbada por la mirada fija y como fascinada de aquel hombre, se sintió acometida de un súbito terror, y se alejó vivamente del sitio que ocupaba.

—¡Qué pálida estais, señora! dijo Venecia reuniéndose á ella.

—¿No has visto cómo me miraba ese monje? ¿No has visto que espresion la suya?

—¡Qué nos importa la cara de todos esos

si no encontramos entre ellos la que buscamos; todos esos fanáticos pronuncian más injurias que oraciones! ¡Linda procesion á fé mia! Sin duda el Eterno se regocijará del culto que le otorgan en este católico país.

—¡Me habré engañado sin duda! ¡Es una alucinacion! dijo la marquesa como hablándose á sí misma.

—¿En quién pensais, madrina?

—Es dia de encuentros.

—¿Cómo!

—¿No has reconocido el rostro de ese monge?

—No.

—Es el religioso que el griego Ancyre me destinó por confesor.

—¿Qué casualidad!

—Ya sabes que desde su segunda visita se retiró, porque, segun decia yo, ejercia sobre él una fascinacion misterio a... ¡Ese hombre me da miedo!

—No pensais en ese hombre á quien Dios sin duda vigila: tenemos asuntos mas importantes en que pensar.

—Dices bien, parezco una chiquilla; ¡de todome asusto! Pero hace tanto tiempo que me cierran el paso las más imprevistas desgracias, que no es extraño que abrigue pre-

sentimientos quiméricos; pero ¿dónde está el conde, dónde está?

En aquel momento, la procesion, que había ya recorrido las calles más principales, se detuvo bajo las ventanas de la habitación que había cedido la marquesa á la duquesa de Montpensier.

Las hermandades entonaron el «Miserere,» y todos los ligueros clavaron rodilla en tierra: las ventanas estaban ocupadas por curiosos que ne querian perder nada de lo que iba á pasar; una nube de incienso se elevaba penosamente en los aires, como el resultado de un impuro sacrificio.

Arrastrada á pesar suyo por la solemnidad de este último acto de la ceremonia, que hasta entonces habia seguido indiferente, la marquesa habia caido de rodillas como los demás, ocupando con Venecia un sitio cerca de la hoguera, aunque fijando impaciente sus miradas en las ventanas de su casa, donde aguardaba ver aparecer al conde en compañía de la duquesa de Montpensier, que acababa de separarse de la comitiva.

La duquesa apareció en efecto, saludando á la multitud prosternada; varios nobles rodeaban á la duquesa; la marquesa levantó sus

ojos hasta el grupo, y todo su cuerpo se estremeció, sintiéndose desfallecer, y su rostro estaba blanco como el mármol.

A una señal dada por el prior de los jacobinos, todos los cirios se apagaron á una vez al grito de:

—¡Perezca así el último de los Valois!

Después, el velo negro que cubría el estandarte cayó, descubriendo el verdugo á vista de la multitud el retrato de Enrique III admirablemente parecido.

El rey estaba en traje de penitente gris, Orden que él había fundado: á la vista de aquella imágen execrada de los ligueros, un clamor prolongado resonó en los aires, en el cual destacaban confusamente las palabras de:

—¡Muera el apóstata! ¡muera el Valois!

—¿Qué van á hacer? ¿qué demencia les agita? exclamó Venecia obligando á su madrina á separar los ojos de la ventana, donde los tenía obstinadamente clavados.

Apenas la marquesa se fijó en el estandarte, lanzó un grito desgarrador: aquel grito dominó á los otros, y pareció salir de las entrañas de la Veneciana, que sin darse cuenta de sus acciones se puso en pié, se abrió paso, y quiso llegar hasta el verdugo; pero el pueblo

estaba tan apiñado, que en vano la noble dama hizo esfuerzos desesperados para salvar aquella muralla de carne humana.

En aquel momento, el verdugo clavaba el asta del estandarte en el centro de la hoguera, que empezaba á arder. Una carcajada siniestra y brutal partió de todos los labios, risa feroz que solo falta á las fieras para que su crueldad sea igual á la de los hombres.

La Veneciana logró por fin romper el círculo que la contenía; subió al tablado, apareció á los ojos de los circunstantes, envuelta en una nube de humo rojizo, y arrancó el estandarte que empezaba ya á consumir la acción del fuego. Venecia, aterrada, comprendiendo el motivo que había impulsado á su madrina á tan desesperada acción, la siguió con ánimo de contenerla: la multitud, engañada sobre el motivo que guiaba á aquellas dos mujeres, y tomándolas por ardientes fanáticos, se adelantó también, queriendo conservar como trofeos pedazos de aquella efigie ya chamuscada: entonces hubo en torno de la hoguera un verdadero desorden: la marquesa, abandonándola las fuerzas, cayó desvanecida en brazos de la gitana, que con la mirada ardiente, descompuesto el cabello, la energía impresa en el rostro, se agitaba como una furia en medio de

aquel desorden para preservar del contacto del fuego á su querida protectora.

El carácter de la intrépida hija de las tribus errantes se reveló en aquel momento en todo su vigor: sus mejillas animadas, sus labios entreabiertos, mudos en medio de aquel clamor general... ¡Venecia imponia con su mirada; escudaba á su señora con su arrojo!

Aquella lucha terrible fué de corta duracion. Ya iba á costar la vida á las dos mujeres, porque Venecia habia vacilado por fin, resbalandose su pié al impulso de aquel oleaje, cayendo sobre el cuerpo de su señora. Entonces el jacobino, que habia aterrado á la Veneciana por la fijeza de su mirada, se lanzó de un salto á su socorro, arrebató entre sus forzudos brazos á la noble dama, y abriéndose paso por entre la multitud, la depositó en el portal de la casa que ocupaba la duquesa.

—¡Quién sois? exclamó la gitana asombrada de tanta audacia.

El jacobino mostró sus hábitos como diciendo que ellos le imponian el deber de sacrificarse por los demás, y murmuró:

—¡Un monge! mi accion está recompensada con haberla hecho.

—No habeis salvado la vida; pero vuestra

acción estraña, el misterioso temor que inspirais á mi señora... ¿Vuestro nombre?

—Jacobó Clemente. ¡Acuérdate! murmuró el monge al oído de la jóven, y se perdió en medio de la multitud.

Pocos minutos despues, la marquesa recobraba el sentido en brazos de la gitana, y entre tanto la hohuera, segun la multitud, consumia los restos del retrato y las ropas de varias personas que habian tomado parte en la refriega.

III.

El conde de Saveuse.

La marquesa, en cuanto volvió en sí, llevó la mano á su pecho, sacando de él un pequeño giron del estandarte que habia querido salvar de las llamas.

—Vos no habeis logrado arrancar á esos miserables más que un pedazo de retrato; yo tengo el resto, dijo Venecia.

—¿Con que lo has comprendido todo? ¡Me has adivinado! No me has creído loca como los demás! murmuró la dama abrazando á la jóven.

—Sí, madrina, lo he adivinado todo: este

retrato es el suyo, es el del conde, ¿no es verdad?

—Habla más bajo, quizá nos escuchan, nos observan, yo no sé, el desorden que reina en esta nación confunde mis ideas; ¡la guerra, el odio, la anarquía sale siempre á turbar mi razón! Nunca sé como juzgar lo que veo: somos extraños á la historia de este país, cada uno nos responde segun su interés ó su fanatismo, y extravían entre todos nuestra razón. Si en efecto el conde de Saveuse pertenece á la liga, ¿cómo explicarse que los mismos ligeros le entreguen á las llamas? Si no es de la liga, ¿cómo en su nombre vienen á alquilar hoy esta casa? ¿Qué significan estas contradicciones, esa horrible ceremonia; qué caos es este?

—Pero, madrina, murmuró la jóven con el carmin de la vergüenza en la frente, quién os dice que ese retrato sea el del conde? Yo creería más bien que era el del rey de Francia.

—Cierto, al rey solo convendrian todas esas injurias. Pero ¿cómo existir una semejanza tan parecida?

—Y bien, señora, ¡si el conde de Saveuse fuera el mismo rey!

—¡Desgraciada! ¿No ves que ese pensamiento me atormenta, me mata?... ¿A qué vienes tú en su apoyo?

—¡Teneis razon! me engaño sin duda: desechemos tal pensamiento.

—Sí, por favor; un príncipe, un rey no hubiera querido engañar á una pobre niña; no hubiera ocultado para seducirla su cetro y su corona, no hubiera cambiado su nombre por el de un noble de su corte. ¡La mentira es el deshonor de la nobleza y del valor! ¡Toda mentira es cobarde!

—Sin duda, repuso la jóven con aire distraído; sin duda es la imágen del conde la que han querido quemar, el que alquila la casa será su hermano, quizá ni aun pariente... se llamará lo mismo.

—¡Vacilas! ¡no dices lo que sientes! sígueme, fuerza es salir de dudas de una vez.

—¿A dónde quereis ir en el estado en que estais?

—¡A ver á la duquesa! yo necesito á toda costa la verdad, dijo la dama subiendo rápidamente la escalera.

Los arqueros que defendian la puerta de entrada cruzaron sus armas deteniendo á las dos mujeres.

—Queremos hablar á la señora duquesa; repuso Venecia con osadía.

—Pues, hija mia, vienes en mala ocasion,

repuso duramente un soldado. La duquesa está hoy sorda para todo el mundo; atrás.

—En ese caso, avisad al señor conde de Saveuse: él nos dirá...

—Nada, la duquesa está sorda y el conde mudo. Desocupad el puesto, prenda.

—¡Insolente! dijo la joven, cuya mirada brilló de indignación: no insistais, señora, nada obtendreis de esta canalla.

—¡Pero es indispensable que yo pase! Por favor, dijo la marquesa adelantando el paso.

—¡Miren la loca! qué nueva estravagancia traerá: componed vuestros cabellos que han salido mal parados de la refriega, dijo el más socarrón.

—¡Eh! ¿qué es eso? ¿qué disputa teneis? repuso un oficial cruzando por delante de la puerta. ¿A quién tratáis de impedir el paso... ¡Pero qué veo! ¿es la señora marquesa Fabiani y su linda compañera á quien tengo el honor de saludar?

—Sí, La Gazette, yo soy; dad orden de que nos dejen pasar.

Los soldados se reportaron ante estas frases, abrieron paso y la marquesa tomando la mano que le tendía La Gazette entró seguida de la joven.

—¡Por qué dichosa casualidad, señora, os

encontrais en esta poblacion? preguntó La Gazette, á lo cual contestó la marquesa con su habitual dulzura y amabilidad.

—Eso no es del caso; yo no os pregunto á vos porque ocupais un puesto al lado de la duquesa: anunciadme á ella, es indispensable que la vea al momento.

—Sea; bien veo que la señora marquesa cree aun dar sus órdenes al aventurero La Gazette; pero, señora, hemos mudado de piel.

—¿De veras?

—Desde luego se conoce, dijo el normando dirigiendo una mirada satisfecha á su espléndido uniforme.

— Os felicito... con que anunciadme.

La Gazette, dominado siempre por el aspecto imponente de la marquesa y por su costumbre de obedecerla y turbado á pesar suyo, por el encuentro con Venecia, á quien habia despojado de su tesoro obedeció sin murmurar volviendo en breve á decir á la marquesa que la duquesa la esperaba.

Mientras el capitán la anunciaba, la marquesa habia compuesto algo sus cabellos, y Venecia la habia cubierto con su propio manto, único que habia quedado ileso. Entró, pues, la noble dama en la antecámara de la duquesa con paso firme, fijó una mirada tranquila y

altanera en un grupo de nobles que habia en ella, y penetró en la habitacion. Venecia permaneció enérgica, aunque inmóvil, en el dintel de la puerta, imponiendo respeto á todos con su altivo ademán.

La Gazette, queriendo, por halagar su vanidad, hacer creer que era amigo de aquellas damas que habian llamado á todos la atencion: toda su alma estaba fija en la conversacion que sostenia su señora con la duquesa. El normando, pues, tuvo que retirarse un tanto mohino.

Mmè. de Montpensier estaba en la época á que nos referimos, á pesar de contar ya treinta y seis años, en la plenitud de su hermosura: su rostro noble y gracioso á la vez era un recuerdo vivo de Enrique de Guisa, muerto en Blois. El carácter de aquella raza ilustre y altanera se reflejaba más que en las facciones femeninas de la duquesa, en su corazón varonil. Por una coincidencia estraña, su timbre de voz era igual al de la marquesa Fabiani, y acentuaba de la misma manera las frases. La duquesa era algo coja, pero procuraba disimular este defecto llevando estraordinariamente largo los trajes, y caminando sobre la punta del pié: no habia abandonado el luto desde la muerte de sus hermanos, y habia ju-

rado llevarle hasta que viera cumplida su venganza. Excepto en la voz, en nada más tenían parecido las dos damas; la Veneciana era incomparablemente más bella, y en cuanto á sus corazones, el de esta no abrigaba más que amor, mientras que el de la implacable princesa no palpitaba más que al impulso del odio y de la cólera.

La marquesa saludó á la otra dama con una inclinacion de cabeza: habia indecible majestad en el porte de aquella altiva patricia, á quien un secreto presentimiento advertia que estaba en presencia de una mujer que podia disponer á su antojo de la suerte del que adoraba.

La duquesa, sin levantarse del sitio que ocupaba, examinó con fijeza á la recién llegada: su rico traje, desgarrado por la lucha que habia sostenido, la animacion enérgica de su mirada, su distincion y su belleza, todo le inspiró vivo interés.

—¿Quién sois, señora? preguntó con dulzura.

—He tenido el honor de ceder á vuestra alteza esta habitacion, que era mia.

Mútuamente admiradas por oír un eco semejante al suyo, se contemplaron unos minutos en silencio.

—O: doy gracias por vuestra atencion, dijo por fin la princesa, y deseo poder recompensároslo algun día. ¿No sois vos quien ha querido arrancar del fuego el retrato que las llamas iban á consumir?

—Yo he sido, repuso la marquesa con aplomo, aunque sin arrogancia.

—Enhorabuena, sois dueños de hacerlo; pero oid un consejo, y no le olvidéis en adelante. Guardaos bien otra vez de llevar tan léjos vuestro celo por la liga y manifestar con tanta energía vuestro horror al mónstruo que maldice la Francia: si por un error funesto el pueblo hubiera creído lo contrario; si hubiera creído que queriais preservar del fuego la imagen del tirano y no desgarrarla como habéis hecho hubiérais perecido ante diez mil brazos armados por la más noble de las causas. ¡Palideceis! ¿os aterra el peligro de que habeis escapado? Sin embargo, no exagero nada, creedme.

La Veneciana habia escuchado á la duquesa con profundo silencio: sus rasgados ojos estaban fijos, sus lábios mudos de estopor y su corazon agitado parecia querer saltar del pecho; el acento de la duquesa seguia zumbando en sus oidos aun despues que hubiese callado.

—¿Qué teneis, señora? preguntó la duquesa, que comenzaba á alarmarse de aquel silen-

cio y de aquella inmovilidad, y empezaba á creer que cuestionaba con una loca.

La marquesa por toda respuesta, inclinó la cabeza sobre el pecho, y devoró las lágrimas que bañaban sus ojos: la sorpresa iba cediendo paso al dolor, y pocos momentos despues la noble dama iba á ser victima de la emocion que experimentaba. No obstante, hizo un esfuerzo poderoso, y levantando sus ojos arrasados en lágrimas, exclamó con acento trémulo:

—¿Es, pues, el retrato del rey el que han querido... el que han quemado?

—¡Gran Dios, qué pregunta! ¿Y vos lo dudais?

—¡Oh! no, no señora; perdonad. No es esto lo que yo queria preguntaros, sino que me dijerais si ese retrato espuesto al furor... legitimo del pueblo, estaba parecido.

—Ya lo creo; era el mejor que de él se conoce: ¡ese retrato era una obra maestra! ¡Jamás el pincel estuvo tan feliz para trazar el rostro del malvado! Pero ¡cómo se esplica vuestra ignorancia! ¿No conocéis al Valois? ¿Vuestro odio ha nacido del horror que á los otros inspira?

La Veneciana se habia ido reanimando poco á poco, y este torrente de injurias tiñó de

carmin sus mejillas. No obstante supo contenerse, y dijo:

— Vos, señora, que conocéis á todos los nobles de la corte, ¿me direis si hay alguno cuyo rostro sea igual al de Valois?

— ¡Ninguno á Dios gracias tiene tan indigno parecido!

— Sin embargo... el conde... el conde de Saveuse.

Al pronunciar este nombre, al hacer esta pregunta, la marquesa sintió que vacilaba su pié.

— ¿El conde de Saveuse? Ese es nuestro amigo más leal, el más bravo campeen de la union católica.

— Y bien; ¿ese no se parece?

— ¡Librenos Dios! ¡qué calumnia! exclamó la duquesa tocando al mismo tiempo un timbre que á su lado tenia.

Presentóse un oficial.

— Rogad á Mr. de Saveuse que venga al punto, dijo la duquesa con una sonrisa que no trató de ocultar. Le hallareis en su habitación.

— Está en la antecámara con los otros nobles.

— Que entre, pues: ¿cómo no le habeis visto al pasar, señora? añadió la duquesa diri-

glándose á la Veneciana, que se estremeció á pesar suyo, y bajó los oios.

El conde de Saveuse se presentó, recibiendo la duquesa con estas palabras:

—Acercáos, querido conde, venid á sinceraros de una odiosa acusacion.

—¿Quién me acusa?

—Esta noble dama pretende que os pareceis al tirano, cuya muerte apeteecemos todos.

El conde volvió desdeñosamente el rostro hácia la italiana; era un hombre jóven aun de rostro distinguido, aunque bronceado por el sol de las batallas, de talle esbelto y de apostura fria y altanera.

La marquesa contempló con ansiedad aquel rostro extraño para ella, y dijo con amargura:

—¿Sois el conde Felipe de Saveuse?

—El conde Felipe Gaston de Saveuse; único de mi nombre.

—¡Unico de su nombre! exclamó la Veneciana alzando su cabeza como una reina ofendida.

El conde y la duquesa cambiaron una mirada de asombro.

—Una palabra aun, caballero, una sola palabra: estuvisteis en Venecia con Enrique III?

—Sí señora, un solo dia: el rey, de quien era yo entonces favorito, me envió en cuanto

supo mi llegada otra vez á Paris con un mensaje.

—¿Y en aquella época nadie llevaba vuestro nombre en Venecia?

—Nadie.

La marquesa saludó á Mme. de Montpensier, y sin añadir una palabra más atravesó la antecámara donde todo el mundo la abrió paso con respeto, y dijo á La Gazette que se inclinaba ante ella.

—Seguidme.

Cuando llegó á su habitacion, que le habian preparado, la marquesa se encerró con Venecia y La Gazette y dijo al normando con esa calma que acompaña siempre á las grandes resoluciones del corazon:

—¿De qué acusan al rey de Francia? ¿Qué intenta esa bandada de foragidos de que formais parte?

—A deciros verdad, señora, yo no soy fuerte en política, no es ese mi oficio: á creer á los diez y seis y á la duquesa, el Valois es un primo del diablo, que todos quisieran ver ahorcado. No sé más: yo soy liguero por ser algo; además, que haciendo causa comun con la liga, era un medio de conservar mi fortuna. La corte me ha parecido el más débil de los dos partidos, y hé aquí por qué no la sirvo.

— ¡Habeis hecho una fortuna rápida!

— Algunas herencias, algunos castillos entrados á saco... no se necesita más en estos tiempos.

— ¿Y no os habrá aconsejado mal vuestra prudencia arrastrándonos á ser rebelde?

— Todo es posible, aunque no probable.

— Si el partido del rey venciese, ¿qué os sucedería?

— A fé mia, señora, sucederian muchas cosas, y no daría yo en ese caso ni tanto así por las cabezas de Mr. de Mayena, Aumale, Sa-veuse, y ni aun por la misma de la duquesa de Montpensier.

— Pero no me decís lo que sería de vos.

— Seria... seria... una cosa bien fea á la verdad.

— ¿Y vuestra fortuna?

— ¡Poneis el dedo en la llaga! Mi fortuna iria á parar á los barbilindos favoritos del Valois, lo que me contraria mucho porque sus privados son todos gentes villanas, y mi fortuna es muy noble.

Mientras así hablaba, el normando se devanaba los sesos por averiguar á dónde iba á parar la marquesa.

— Y si se os presentase un medio de poner

vue tra vida y vuestra fortuna en seguridad, aun en caso de derrota, ¿le rechazaríais?

—He tenido el honor de deciros que soy hombre prevenido.

—Pues hemos encontrado ese medio.

—¿De veras? Hablais como un libro.

—Veamos. ¿Qué papel desempeñais en vuestro partido?

—El único para que puedo servir: me bato.

—No se trata de eso: ¿cuál es la importancia de vuestras funciones?

—Mando dos compañías francas con las cuales me bato como un leon, y tengo el gobierno de la puerta de San Eustaquio en Paris, donde creo que nos batiremos en regla, porque dicen que los dos reyes vienen á sitiarnos. Se me admite en los consejos de guerra, y yo doy siempre mi opinion, que es la de batir al enemigo: ya veis que siempre es lo mismo.

—Pues bien, nada es más fácil que lo que voy á deciros.

—Mandad.

—En cuantas ocasiones se presenten, os dejareis derrotar. Ya veis que esto no se aparta de vuestra profesion.

—Pero se aparta de mis costumbres: explicadme vuestras razones. Ya sabeis que mi entendimiento es perezoso.

—Nada más fácil; soy amiga del rey, las injurias que se le dirigen, me indignan, me sublevan, y débil mujer como soy, quiero que entre en su capital, que ocupe su trono y castigue á sus enemigos.

—¡Pues ahí es nada lo que pedís! Creo que con un ejército de mujeres como vos, el Valois volveria en breve á Paris. Pero decidme, ¿no seria más sencillo pasarme al lado de la corte y derrotar á los ligueros en lugar de hacerme derrotar con ellos?

—No; eso no seria sino una espada más al servicio del rey: empecemos á contar las victorias por derrotas del enemigo.

—Perdonad; pero no atino á comprender qué provecho sacaré yo de esa diplomacia.

—Informaremos al rey de vuestra conducta, os arreglareis de modo de que derroten vuestros soldados en todos los encuentros. Despues, sitiado Paris, entregareis la puerta que os confien...

—¿Y despues?

—Despues, el rey os nombrará su ayudante general, os señalará una pension...

—¡Eh!

—Y yo os rogaré que acepteis en prueba de mi reconocimiento mi palacio de Venecia y cien mil escudos.

—¡Bah, bah! ¡Vaya una recompensa!

—¡Cómo! dijo Venecia.

—Claro está; si yo fuera pobre, aceptaría sin vacilar.

—¿De dónde os ha venido vuestra fortuna, villano? exclamó indignada la gitana. ¿Qué tesoro oculto os ha venido á las manos?

—¡Pardiez!... Yo tengo de qué vivir, murmuró el capitán balbuciente.

—En lugar de eso, replicó la marquesa, el rey, instruido de vuestra resistencia, de vuestra felonía, de vuestra riqueza, os hará colgar si toma á Paris, confiscando todos vuestros bienes.

—No digo que no tengais algo, de razon: repuso el normando rascándose la oreja; recapitulemos. Si soysu primer ayudante, esto ya vale algo, en cuanto á la otra recompensa... ¿qué os parece que será?

—Una renta unida á un título de baron.

—¡Eso ya me seduce! Despues un palacio en... Vuestro palacio de Venecia, ¿en cuánto está estimado?

—En medio millon.

—Además cien mil escudos... Pues bien, señora marquesa, me haré derrotar por ser-viros.

—¿Y entregareis la puerta de S. Eusta quio?

—A fé de normando.

—Muy bien; ahora contad conmigo: decidme, ¿qué intentan los ligueros?

—Mr. de Maintenon ha ido á sorprender á Chartres, y Mr. de Saveuse y yo debemos partir mañana con cuatrocientos ginetes á tomar á Chateaudun.

—Y Mme. de Montpensier ¿permanecerá mucho tiempo en Etampes?

—No; la procesion completa volverá á Paris mañana.

—Y el rey, ¿dónde está?

—En Beaugency, camiao de Burdeos, á quince leguas de aquí.

—¿Teneis un salvo conducto que darne para que yo pueda viajar libremente del campo realista á Paris?

—Sí señora; tomad un pasaporte firmado en blanco por la misma duquesa.

—Gracias; tomad vos en cambio esta sortija en prueba de vuestra futura grandeza. Hacedme preparar dos caballos para esta noche, y uno de vuestros escuderos que esté á mis órdenes. Dios os guarde, señor baron.

La Gazette, confundido con este tratamiento, se retiró haciendo profundas cortesias.

En euanto abandonó la estancia, la mar-

quesa cayó de rodillas, sacó de su pecho el lienzo que le habla dado la jóven, y contempló largo rato con agitacion el rostro de Enrique III.

—¡Oh! ¡Dios mio, Dios mio! dijo por fin; ¡en este corazon que me habeis dado, todo es amor y perdon!

—¡Con que es él! murmuró lentamente la gitana.

—¡Sí: él á quien recobro sobre una hoguera, maldecido de todo un pueblo, perseguido, desgraciado!

—¡El rey! murmuró la jóven con sorda cólera: ¡con que es el rey!

—Sí; ¡pero tal como yo le conocí, sin reino, sin corona!...

—¡Y sin fé, sin honor!

—¡Venecia!

—¿Y vos ireis á buscar á ese hombre, madrina? ¡Vos ireis á tender una mano salvadora á ese hombre á quien todos execran! ¿Le amais aun?

—¡Si le amo! exclamó impetuosamente la marquesa. ¡Ah, pobre niña! ¿Deja de amar al sol la pobre flor que ha perdido durante algunas horas sus rayos por causa de la tempestad? ¿Dejamos de amar á Dios aunque nos pruebe? Yo hubiera despreciado al rey pode-

roso y me hubiera vengado; pero cubro de besos esta imagen querida que hoy no cuenta sino desgracias. Esta misma noche partimos para Beaugency.

—La hija de los Incas, dijo sentenciosamente la jóven, hizo lo que vos vais á hacer; corrió desde su patria á Madrid en busca de su esposo; tambien su corazon era como el vuestro: un manantial de amor y de ternura... Encontró á D. Luis .. ¡ya sabeis lo que sucedió! Esta noche partiremos, madrina, pero yo soy vuestra sombra; ¡yo soy vuestro Boh-mil!

La marquesa se estremeció ocultando el rostro entre sus manos.

Venecia la contempló en silencio, y dos lágrimas rodaron por las mejillas de aquella jóven intrépida, impetuosa, que por primera vez ¡lloraba!

IV.

El Rey.

La noticia de que las tropas del duque de Mayena habian sufrido una derrota en Tours ante el ejército de los dos reyes, habia sacado á Enrique III de su inconcebible apatía. Este príncipe habia recobrado en algunos asaltos y escaramuzas que pusieron en peligro su vida, reflejos de aquel valor que habia desplegado en Jarnac y Moncotour, y que hizo concebir respecto á su porvenir tan engañosas esperanzas.

La sombría melancolía, ó más bien la inaccion en que estaba sumido desde la muer-

te de los príncipes de Lorena y de su madre, pareció abandonarle por un momento; pero por una inclinacion funesta que arrastraba su naturaleza á los más contrarios excesos, se habia entregado de nuevo en brazos de la disipacion, de las orgías, que son la vergüenza de su reinado.

No tenia Enrique III en esta época más que treinta y nueve años, aunque su fisico se resentia de lo gastado de sus facultades: los ayunos ridiculos que se imponia en su devocion, demasiado exagerada para ser sincera, sus gustos afeminados, su abandono, los desórdenes de su juventud habian agostado antes de la edad el vigor de su naturaleza!

Los ultrajes que habia recibido de su pueblo no habian conseguido ni aun despertar su cólera, y si se despertó en Blois fué por instigacion de Catalina de Médicis, que aun moribunda, reanimó con su aliento el alma pusilánime del último de sus tres hijos.

No obstante, como hemos dicho, la batalla de Tours, la intervencion protectora de los hugonotes, la esperanza de humillar la arrogancia de los ligueros y el deseo de volver á entrar en Paris, habian logrado imprimir alguna accion á aquel cuerpo galvanizado. Estimulado por los hechos de armas y el prestigio

del rey de Navarra, Enrique III había sacado la espada que hacía tiempo dormía en la vaina, y aunque muy pesada en su mano débil, para no soltarla sino en el Louvre.

Cediendo, sin embargo, á su inclinacion fatal, no había querido separarse de sus favoritos; por el contrario, se creía comprometido á continuar con ellos su vida licenciosa, que cortaba á lo mejor para echarse en brazos de los capuchinos y de las hermandades, autorizando entre sus cortesanos la licencia, si no por su ejemplo, por sus discursos, sus prodigalidades y su presencia en las orgías.

Tal era el rey ante el cual marchan los sucesos que forman este libro. Volvía de una expedicion arriesgada, en la que había espuesto su vida sin arrancar su presa á los ligueros, y había devorado esta afrenta, renniéndose con el grueso del ejército del Bearnés en Beaugency. Al día siguiente de su entrada en esta ciudad, había sabido la derrota de Aumale en Senlin, y esta buena noticia había disipado su mal humor.

Aunque los hugonotes prestasen apoyo á los católicos defendiendo en nombre de estos los puestos más difíciles, no había la amalgama que se suponía en los dos partidos. En la corte guerrera de Enrique III había dos ban-

dos, de los cuales el uno, capitaneado por los favoritos del Rey, y á su cabeza Espernon Vellergarde y otros, se entretenían en murmurar de los oficiales calvinistas, poniendo en ridículo su pobreza, sus acciones y sus discursos. El Rey escuchaba de buen grado estos epigramas, que halagando su amor propio, rebajaban el mérito de sus aliados. Réstanos decir que vivía en su campo como había vivido en el Louvre, dando fiestas, haciendo gastos enormes para su mesa y el juego, y no pareciendo en público sino rodeado de aquella turba de favoritos que había provocado el odio de todo su pueblo.

El día mismo que se supo la victoria de Senlin, los convidó á todos á una cena espléndida, entregándose con ellos á una de esas tempestades que arrancaba á sus compañeros de desórden este cumplido adulator.

—«¡El Rey se rejuvenece!»

Aunque la guerra lo hubiera devastado todo, y el hambre se hiciera sentir en todas partes; aunque los soldados de ambos ejércitos careciesen frecuentemente de pan, el Valois, agotando su tesoro, hacia cubrir su mesa con los manjares más delicados y vinos más esquisitos. Aquella noche su intendente se había escedido desarrollando una inteligencia supe-

rrior, y acumulando en un solo festin provisiones que hubieran hecho vivir mucho tiempo numerosas familias. Diez nobles, cubiertos de terciopelo y oro, sin piedad por los pobres que morían de hambre en torno suyo, iban á sentarse con la frente coronada de flores, como los antiguos patricios, á un banquete donde la locura y la embriaguez tendrían el primer lugar.

La sala del festin era muy vasta, adornada con lujo, tapizada de terciopelo grana sobre el cual resaltaban multitud de luces, escapándose de cien bugias perfumadas que se reproducían en magníficos espejos de Venecia. Jarrones florentinos, jarrones etruscos llenos de flores, mezclaban sus emanaciones primaverales á los suaves perfumes que exhalaban ricos pebeteros. La mesa estaba cubierta con una vajilla de oro que el duque de Espernon prestaba al rey; pajes ricamente vestidos, con los brazos y el cuello desnudos, ocupaban respetuosamente el puesto que con anterioridad les habia designado el sabio ordenador de la fiesta.

Al lado de esta sala habia otra que Enrique III llamaba su gabinete: este gabinete tenia dos salidas, una á las antesalas que guardaban generalmente cuatro nobles de los cua-

renta y cinco y otra que comunicaba con el salon que acabamos de describir.

Los guardias tenían orden de no dejar llegar á nadie hasta la persona del rey, lo que cumplian fielmente. Lo que á la sazón pasaba en el gabinete del rey era tan extraño que rogamus al lector que se deslice con nosotros á presenciarlo, y formará juicio exacto del extravagante rey de Francia, más digno de compasion que de cólera.

Acababa el rey su tocado. Por un capricho de aquella naturaleza depravada, el rey, que tenia horror á las mujeres, le gustaba vestirse con trajes semejantes á los de ella, y llevaba tan al extremo la manía de los disfraces, que rara vez se le veia ocho dias seguidos vestido del mismo modo. Tan pronto penitente, cortesano, rey, monge, ó mujer, se mostraba siempre ataviado de un modo ridiculo.

La maldad y el vicio unido al poder entronizó en Francia, bajo el imperio del último de los Valois, las saturnales y locuras de Calígula y Eliogábalo, esos dos locos coronados de la antigüedad.

Se dice con justicia de Enrique III que gastaba más en prodigalidades en tiempo de paz que ninguno de los soberanos en tiempo de guerra. No gastaba ménos de cien mil escudos ca-

le nos adaptamos sup otro y otro y otros
razón que acabamos de describir.

da año en sostener sus monos, sus papagayos, sus perros, que cada uno le costaba un dínaral, sin contar con que su perfomista era su mayor acreedor.

Hemos dicho que el rey acababa su tocado: dos pajes y dos ayudas de cámara le asistían en tan grave ocupación: los pajes tenían en su mano el espejo, las pastas, el carmín, los diferentes ingredientes y perfomes que debían dar los últimos toques á aquel rostro afeinado: los otros ceñían los brazaletes, los collares, porque el rey se disfrazaba de mujer aquella noche, vistiendo un túnico de brocado que dejaba su cuello y brazos desnudos.

Mientras que se teñían, lustraban y embalsamaban los cabellos del rey, Enrique acariciaba sus perros que jugueteaban á sus piés, y las aves que chillaban en sus jaulas doradas, dirigiendo á tan groseros animales las palabras más dulces con el tono más zalamero.

Un hombre asistía en silencio á tan escandalos atavi, y su ademán grave y reflexivo, el traje que llevaba, era una protesta enérgica de aquellas locuras.

Este hombre se llamaba Estéban de Boulogne, y no era otro que el primer capellan del rey.

—Decididamente, padre mio, murmuró el

rey, este traje me sienta mejor que el saco de arpillera que me haceis á veces poner.

—Sois el rey, hijo mio, y ante este título todos nos inclinamos; pero una ferviente oracion os seria más provechosa que esos desórdenes á que os entregais.

—¿No veis, padre, que dentro de algunos dias estaremos en el Louvre y aburridos con los negocios? Justo es que hoy me distraiga un poco; pero como no desdeño las oraciones, pasad á mi oratorio, padre, y rogad por mí.

El capellan se retiró al oratorio que estaba inmediato.

—Ve á ver si Montigny ha llegado; dijo el Acy á uno de sus pajes.

Montigny entró; era el jefe de los cuarenta y cinco; el rey se levantó al verle, mostró su cuello y brazos desnudos y cargados de piedras, y dijo á su favorito:

—¿Qué te parezco, conde?

—¡Adorable, señor! maravilloso.

—¿Te agrada esta túnica?

—¡Me encanta, señor, y llevais encima un tesoro!

—¿De Marle se ha portado? ¿promete el banquete?

—De Marle es el digno intendente del más

digno de los príncipes. La mesa está espléndida.

—¿Y los convidados han llegado? están alegres?

—No esperan más que á vos, y estarán mas locos que nunca.

El Rey, acompañado de su favorito, salió del gabinete. Su entrada en el salon fué saludada con vivas aclamaciones, esmerándose todos en inventar el cumplido más lisonjero, la galantería más digna de una dama.

Pusiéronse á la mesa y comenzó el festin; en breve el vino trastornó las cabezas, y los acentos más licenciosos corrieron de boca en boca, mostrándose aquellos cortesanos dignos de su vergonzosa reputacion.

Montigny, Bellegarde, Nogaret, Lansac, Chavigny, Clèrmont y Espernon rivalizaron en cuentos oportunos, escitando la hilaridad y el encanto de todos. Enrique III no obstante se mostró el rey de la fiesta saturnal impía donde no se respetaba ni la gloria de Dios, ni la virtud de los hombres.

Enrique III acostumbraba á tutear á sus favoritos, sin que estos hubieran llevado nunca su licencia hasta tutear al Rey pero este límite se franqueó aquella noche, y léjos de parecer el Rey ofendido, abrazó al marqués de

Lansac que fué el primero que se atrevió á tanto.

Desde este momento el festin degeneró en orgia completa, y cada uno llegó más allá de donde se había propuesto.

—¡Vamos Clermont, cántanos algunas coplas, diviértenos, habla de la liga, habla del diablo, habla de nosotros, todo es igual!

—Señor, me acuerdo de una copla de circunstancias.

—Recítala.

—Esa copla es una sátira dirigida contra ti por la liga.

—Razon más para conocerla: entre la liga hay hombres de ingenio.

—En ella se hace alusion á tus falsas devociones:

Despues de haber saqueado

El Rey á la Francia entera;

¿No es meritorio envolverse

En un saco de arpillera?

—¡Basta! exclamó el Rey: esos impios no respetan nada: ¡has estado muy infeliz Clermont! Vamos, Nogaret, una copla contra la liga.

—Todos conoceis, dijo Nogaret á Guisart; sabeis que los ligueros le han elegido rey de Paris; ¿pues no sabeis por qué?

—No, no.

—Por que:

Viéndose la liga chata

Intentó buscar nariz,

Y nombró á ese nariz hombre

Gobernador de Paris.

—¡Bravo, Nogaret! ¡bravo exclamó el Rey:
por ese rasgo de ingenio te daré el Ducado de
Mayena. Clermont es tonto á tu lado.

—¿Y sabeis lo que responde la Montpensier
á esa impertinencia? repuso Clermont querien-
do su revancha,

—No; no.

Se burlan del buen Gulsart

Porque no ha nacido chato,

Y es porque á todos estorba

El alcance de su olfato.

—¡Has restablecido tu reputacion! inter-
rompió Enrique III, entre ruidosas carcajadas.
El cardenal de Paris morirá de despecho al oír
eso; pero no importa, haré grabar esos versos
en letras de oro y los enviaré á mi primo Fe-
lipe II rey de España, y verá el caso que ha-
cemos de sus amigotes.

—A propósito de Felipe II, dijo Lansac, se
dice que ese beato acaba de depositar en el te-
soro de la liga una suma de treinta mil do-
blones.

—Ya vereis cómo los pródigos lo han gastado todo cuando nosotros lleguemos á apretarlos el pescuezo.

—Y no obstante los ligueros, añadió Clermont, no se engañan respecto á las intenciones del monarca español que juega con dos caras; por eso dicen de él:

Por tus doblones España,
Nuestro pais asolamos,
Y que doblen por nosotros
Es todo lo que sacamos.

—¡Enhorabuena, dijo el Rey, vales más que nuestro pobre loco Chicot! dejemos ya á españoles y ligueros y jugaremos un poco: ¿quién me hace la partida de dados?

Los convidados dejaron la mesa del festin por la mesa del juego.

En aquel momento, un oficial de los cuarenta y cinco, entró en el salon y habló en voz baja al Rey.

—¡Pardiez! la aventura es chistosa. ¿Sabéis, queridos, por qué grave motivo viene Savary á turbar nuestros p'aceres para decirme que dos mujeres encubiertas quieren hablarme al punto?

—¡Abominacion! exclamaron todos en corro.

—Señor, continuó el oficial, esas dos mu-

jeros llegan de Paris, y segun dicen, tienen que comunicaros importantes secretos.

—Que se los confien á los hugonotes, murmuró Lansac; el Rey no está visible.

—¡Señor, concededles algunos minutos insistió Savary; podrá acaso valer la pena!

—Vais picando mi curiosidad: ¿cómo se llaman esas damas?

—Ocultan su nombre.

—¡Hola! ¡hola! esto va tomando interés; sigueme, Montigny; jugad vosotros, amigos, contraed deudas, no temais, la liga pagará por vosotros.

El Rey salió del salon seguido de Montigny y de Savary.

El juego interrumpido con este incidente continuó con nueva animacion.

Cada jugador perdió ó ganó mucho más de lo que tenia, esperando ser recompensado por el rey vencedor, á costa de los súbditos rebeldes.

Enrique III entró en su gabinete, depositó sobre un mueble la corona de flores, hizo ocultar á Montigny detrás de una cortina, se envolvió en una capa, se tendió en un sillón, llamó en torno suyo á sus perros, que empezó á colmar de caricias, y se volvió despues á

Savary que aguardaba como diciéndole que ya estaba cumplido todo el ceremonial.

—Entrad, padre, dijo volviéndose á Estéban de Boulogne, que se presentó en el dintel de la puerta; vamos á oír noticias importantes que llegan de Paris.

—Señor, sed prudente, considerad que una palabra puede comprometer vuestro porvenir.

Savary entró delante y se inclinó al pasar la marquesa y Venecia, á quien el lector ha reconocido sin duda; la marquesa entró con paso vacilante en aquella estancia, donde despues de quince años, iba á encontrarse con su real amante; quizá aumentaba su turbacion el ver al Rey perseguido, pobre, abandonado: así, pues, cuando apareció á la vista asombrado de la Veneciana con la sonrisa en los labios, la alegría en la frente, y ocupado esclusivamente de sus perros, su emocion se fué disipando. La marquesa estaba, no obstante, harto dominada por su amor para dar desde luego la razon á los enemigos del Rey, viendo en aquella frialdad simplemente un lunar en el hombre que amaba.

Venecia experimentó un sentimiento contrario. Antes de haber visto á Enrique III, ántes de conocer el rango que ocupaba el amante de su señora, le habia maldecido en el fon-

do de su corazón y no había emprendido el largo viaje de Venecia á Francia sino con el secreto presentimiento de una venganza que pronto ó tarde debía cumplirse. La historia de su familia, presente siempre á su memoria, la dominaba, y con la temeridad supersticiosa de las razas meridionales, rechazaba de su pensamiento toda idea de reconciliacion entre la víctima y el verdugo. Aquella alma enérgica no comprendía que una mujer pudiera perdonar la injuria de un olvido: como ella había dicho muy bien, no comprendía mas que el amor sin límites como recompensa al amor; la venganza, como consecuencia del ultraje: para aquella voluntad de hierro no era obstáculo la gerarquía; digna hija de Bohemia la gitana, hubiera elegido su amante entre el pueblo ó sobre el trono, y rico ó pobre, humilde ó poderoso, hubiera sido rey absoluto de su alma.

Venecia no contaba más que diez y nueve años que había pasado retirado del mundo al lado de la marquesa á quien adoraba por simpatía y gratitud; no tenía experiencia del mundo, y no obstante, guiada por ese instinto que da á la mujer la superioridad sobre el hombre, había adivinado el perjurio del amante de su señora, no había creído nunca en su muerte, atribuyendo su silencio á ingratitud y

olvido. Al saber que el seductor de la marquesa era el rey de Francia, había experimentado un secreto placer porque el odio de la liga le parecía merecido, y cuanto más odioso encontrase al Rey, era ménos digno de su piedad.

—¿Y quién sois vos? porque sin rostro y sin nombre, lléveme el diablo si puedo reconocerlos.

En breve me reconocereis, señor, de rostro y de nombre; así lo espero, pero...

—¿Pero qué?

—No puedo nombrarme ni mostrar mi rostro más que á vos: haced salir á estos dos testigos.

—¡Pardiez! Eso es hablar sin rebozo: bien se ve que el mensaje viene de la lliga... estáte quieto, Febo, dijo el Rey dirigiéndose á uno de los perros; ¡me muerdes los talones, ni más ni ménos que nuestro primo Mayena! Decid, señorita ó señora, ¿es grave la confidencia que teneis que hacerme?

—Señor, debo hablar á V. M. de un asunto que interesa á la vez á su honor y á...

—¡Mi honor! ¡Esto va tomando un aspecto triste! A mi honor y á...

—¡Vuestra vida! se apresuró á esclamar la jóven.

—Enhorabuena; esto es más claro.

—A vuestra vida y vuestra corona, señor.

—¡Calle! ¿Vais hacerme á la vez un sermón, una revelacion y un discurso político? Suprimamos la moral y la política si os agrada: estoy de muy buen humor esta noche, y

me le ayuntaríais... ¡Febo, voy á enviaros á dormir si seguis mortificando mis talones!

—Señor, no desconozcais la importancia de la entrevista que me habeis concedido: ordenad que nos dejen solos.

—Al punto... Pero aguardad; ¿dónde diablos he oído yo esa voz? no me es desconocida.

—No señor, no; debe seros familiar esta voz que tiembla de emocion al hablaros.

La marquesa temblaba en efecto: el recuerdo que habia guardado del Rey turbaba todo su ser, llevó la mano á su velo para alzarle, pero la prudencia la contuvo aun.

—Padre, dijo el Rey volviéndose á su capellan, ayudad mi memoria; ¿no os parece haber oído un timbre de voz semejante?

—Yo... no sé; como no sea Mme. de Montpensier.

—¡Mme. de Montpensier! exclamó la marquesa herida en su amor propio. ¿Mme. de Montpensier aquí? ¿podeis creerlo?

—Confieso que seria extraño, pero nuestra prima es tan estravagante que de todo se la puede acusar. En fin, ya me teneis curioso como á un niño y deseado veros el rostro. Padre, volved á mi oratorio; Savary á tu pues-

cos contra V. M., con injurias y amenazas; las ventanas de todas las calles estaban adornadas con banderas, en las que se leían los lemas mas vergonzosos contra vuestra familia, y diez mil voces pedían vuestra cabeza, tanto que si por una casualidad hubiérais aparecido en medio de aquel populacho, no hubiérais escapado mas que en polvo.

—¡En polvo! exclamó Enrique III, dejándose llevar por un instante de su indignacion. ¡Miserables! ¡ingratos! ¡Cuánta sangre necesitaré verter para castigar tantos crímenes! ¡Continuad, continuad! lo que me decís es muy divertido.

El Rey apartó bruscamente á los perros con que jugaba, y paseó con agitacion por la estancia.

—Entonces, continuó la marquesa, como la procesion habia llegado ante el cadalso de que os he hablado, un verdugo, que llevaba un estandarte cubierto con un velo, subió á clavarle en medio de la hoguera, arrancó el velo, y un clamor inmenso de entusiasmo, una carcajada espantosa, sardónica, acogió la aparicion de vuestra imágen, porque era á vos á quien quemaban; ¡á vos, á quien Dios ha hecho mártir de ese pueblo rebelde!

—¡Por Nuestra Señora, que la ciudad de

to... ya estamos solos, á ménos que vuestra compañera no os estorbe tambien.

—No señor, no; gracias: permitidme ántes de descubrir que os diga en pocas palabras lo que os importa saber para el triunfo de vuestras armas.

—¿No acabareis con esos preámbulos? mi paciencia toca á su término.

—Venimos de Etampes, donde habitábamos por casualidad, cuando esta ciudad ha sido visitada por una procesion de la liga.

—Calle, ¿y la habeis presenciado? dicen que son magníficas y que dicen horrores contra nos. Es un espectáculo que quisiera presenciar por mí mismo; ¿y qué más?

—Vos, señor, asistiais á la ceremonia.

—¡Yo! ¡cómo!

—En retrato.

—Es mucho el honor que les debo.

—Me complace el ver como V. M. desdénia los ultrajes de ese populacho.

—¡Los ultrajes, decís! Contadnos, pues, lo que pasa en esas procesiones.

—Señor, habian levantado en el centro de la ciudad un patíbulo para una hoguera; en la procesion iban la duquesa de Montpensier, el clero de Paris, los jacobinos, y á todos los saludaban con aclamaciones, con gritos frenéti-

El capricho del Rey.

Al entrar en el gabinete del Valois, la joven fijó su mirada ardiente en el Rey, comprendiendo al ver el rostro pálido de aquel hombre pusilánime cuán justas eran sus sospechas. La marquesa, por el contrario, fascinada ante el ídolo querido de sus mejores días, experimentó un transporte delicioso.

—¿Pensais conservar por mucho tiempo vuestros rostros encubiertos? exclamó el Rey.
¿Cuál de las dos es la embajadora?

—Yo, señor, murmuró la marquesa con acento trémulo, y se aproximó al Rey que hizo una seña para detenerla.

Etampes será arrasada en breve y no quedará de ella ni memoria! exclamó Enrique III en un acceso violento de cólera. Yo aplastaré las cabezas de esos inmundos reptiles, y vos desgraciada que habeis tenido la audacia de venir á mí despues de haber presenciado esa infernal ceremonia; vos, que os habeis atrevido á ser mensajera de tan malas nuevas, ¿no temeis que os haga quemar como al retrato de que me hablais?

—No señor, no lo temo; escuchadme hasta el fin.

—¡Salid! no quiero oiros, no quiero veros: ¡volved al lado de los que os envian para insultarme aun más; decidles que el Rey volverá á su capital, no para olvidar y perdonar, sino para castigar á los culpables!

—Señor, dijo la dama con el aplomo digno de su gran corazon; no saldré de aquí sin haber cumplido mi mision.

—¿Vuestra mision? dijo el Rey ya fuera de sí: ¡Os envian, pues, esos miserables!...

—¡Dios me envia, solo Dios!

—Impostura; bien reconozco las intrigas de esos hipócritas que hieren en nombre de la Divinidad: salid, os digo.

Y Enrique III se dejó caer en un sillón.

—Mientras la multitud colmaba de insultos

tos al Bey, repuso la marquesa con serenidad; mientras el humo empezaba á envolver vuestro retrato, una mujer salió de entre la multitud y con mano firme arrancó el lienzo, cayendo en breve atropellada por la plebe: esta mujer logró escapar con vida, y ha venido hasta vos á instruiros de lo que tramaban vuestros enemigos, á deciros que en el sitio de Paris os será abierta la puerta de San Eustaquio... La mujer que ha logrado todo esto, está delante de vos; el retrato salvado de las llamas es este.

La marquesa mostró el lienzo arrancado el día de la procesion.

Enrique III, que apenas se habia fijado en la dignidad de aquella revelacion, se lanzó sobre el objeto que le presentaba la marquesa, y fijándose en aquel lienzo, donde sus facciones estaban reproducidas con admirable verdad, exclamó:

— ¡Hé aquí, pues, mi rostro ultrajado, mi divisa, mi cetro, mi nombre! ¡Oh miserables! ¿por qué no acabé con todos de un mismo golpe? ¿por qué me contenté con una sola de las cabezas de esa hidra de Lorena? ¡Oh! ¡Paris, Paris! cuentas en tus anales un San Bartolomé y te hace falta un San Enrique. ¡Por mi patron, que le tendrás en breve!

—¡Bien, bien! ¡mi rey, mi señor! dijo la marquesa: volved en vos, que las manos levantadas contra V. M. caigan sobre los rostros de vuestros enemigos.

—¡Silencio, vibora! ¿Creeis que me engañan vuestras palabras? ¿qué no adivino el objeto que os ha traído? La liga os envia, escudada con una falsa adhesion para que preste oido á vuestra revelacion y caiga en alguna odiosa emboscada. Salid, y dad gracias á vuestro sexo si no os hago quemar en la plaza pública.

—¡Señor, murmuró la marquesa, me ultrajais!

Venecia temblaba, sus mejillas ardian, su mirada brillaba á traves de su velo.

—¡Salid, repito!

—Ahora es cuando os mostraré mi rostro, repuso con altivez la Veneciana, y retirareis esas palabras indignas del rey de Francia.

—¿Os atreveis á reconvenirme? ¡qué audacia!

Y Enrique dió un paso hácia la puerta que comunicaba con el salon de la orgia.

—Es preciso acabar, exclamó Venecia al oido de su señora, levantando al mismo tiempo su velo y el de su señora, y mirando al Rey con arrogancia.

—No os conozco; murmuró él turbado á pesar suyo.

—Pues qué, ¿es preciso mi nombre para ayudar vuestra memoria? repuso la italiana con altivo desden; os lo diré: Soy la hija del marqués de Fabiani, vengo de Venecia.

—¡A mí! Esclamó el Rey dando un paso atrás; á mí!

Montigny salió de entre las cortinas, colocándose al lado del Rey.

—¿Va recordando V. M.? dijo la marquesa sin alterarse por la presencia de este nuevo personaje.

A estas palabras siguió un silencio grave, profundo, imponente. Venecia permanecía al-tiva al lado de su señora, y á pocos pasos de ambas mujeres, el Rey se apoyaba trémulo en el hombro de su favorito.

—¿Qué me quereis? dijo por fin Enrique III. Supongo que no traereis la pretension de ser reia de Francia; primero porque aun vive mi mujer; segundo, porque me inspiran desden todas las mujeres, incluso vos. Asi, pues, ¿qué quereis?

—Nada; repuso la Veneciana con dignidad; no quiero nada.

—¿Qué habeis venido hacer aquí?

—He venido á presentarme, á saber por mí

misma el crédito que debía dar á los rumores que corren acerca de vuestra persona; estoy convencida, y me titiro.

—¡Comprendo! reconozco en ese rencor oculto el carácter propio de las italianas; ¿queréis que yo os diga lo que habeis venido hacer? Habeis venido á ganar mi voluntad en provecho de mis enemigos; habeis querido apoderaros de nuevo de mi corazón para entregarme indefenso á la liga; habeis estado acariciando vuestra venganza durante catorce años para hacerme caer en un lazo odioso; pero os engañais: no obstante, para probaros que sé recibir dignamente á las damas, os presentaré á mi corte; vos sin duda no conocéis á los que llaman mis favoritos: os presentaré á ellos. ¡Por Nuestra Señora, que esta diversion combatirá la bilis que me ha producido vuestra visita!... Montigny, haz salir á esas dos damas; no por esta puerta, por aquella.

Y el Rey señaló la puerta que comunicaba con el salon.

Mientras habia hablado el Rey, habia escuchado la marquesa con la mirada fija, la frente altanera. La indignacion daba una superioridad marcada á aquella antigua patricia, y en aquel momento de suprema amargu-

ra, se sentia aun más enérgica que Venecia, próxima á desfallecer de rabia y de dolor. Montigny levantó la cortina, abrió la puerta y dejó pasar ante él á las dos damas.

Aterradas al hallarse en aquel salon resplandeciente de luz y ocupado por cortesanos medio embriagados, la marquesa y Venecia retrocedieron; pero el Rey, pareciendo cortarles la huida con su cuerpo, apareció en el dintel de la puerta, exclamando:

—Amigos míos, os presento á la encantadora marquesa Fabiani, una veneciana á quien he amado mucho y que ha venido de Italia á Francia solo á solicitar el honor de ser presentada á mi corte: viene acompañada de una linda jóven: entretenedlas, festejadlas, os doy mi permiso.

Una aclamacion alegre, brutal, acogió estas irónicas frases; volvióse la marquesa hácia la puerta que el Rey habia cerrado al desaparecer, y volvióse digna y altiva hácia los cortesanos que formaban circulo en torno suyo con ruidosa algazara.

Venecia quiso colocarse entre la marquesa y los cortesanos; pero el ademan de la marquesa era tan enérgico, tan digna su apostura, que la jóven, dominada á pesar suyo por

tanta grandeza, se acogió á la proteccion de aquella á quien habia pensado proteger.

Los cortesanos intimidados, no se atrevieron á franquear el límite que les imponia aquella mirada de reina ofendida; Montigny entonces pasó al lado de ellos contándoles en breves palabras la escena que acababa de pasar en el gabinete del Rey.

—¿Cómo? ¿son espías de los ligueros? repuso Clermont, el ménos embriagado de todos. ¡Pardiez! ahora sí que la presa adquiere valor.

Y se acercó resueltamente á las damas.

—Yo tengo una inclinacion marcada por las italianas; aprovecho la ocasion, dijo otro imitándole.

Y al decir esto, se adelantó á tomar la mano de Venecia, recibiendo en la mejilla un sonoro bofeton.

—¡Bravo, bravo! repusieron todos: ¡la leona se defiende! Tú, Chavigny, primer montero del Rey, á tí te corresponde cazar esa pieza.

—¿Por qué no me habeis dejado traer un puñal? exclamó Venecia al oido de su madrina; veriais que poco se atreverian entonces.

—Nada se ha perdido: apodérate de la es-

pada de cualquiera de ellos y márame por salvarme.

—¡Hermosa ninfa! repuso Clermont, tratando de rodear con su brazo la cintura de la dama; es fuerza que tomeis un partido: todos morimos de amor por vos, elegid; ya veis que somos magnánimos.

—Y tú, que tienes tan pesada la mano, no olvides que me perteneces.

—¡Orden, señores, orden! repuso el marqués de Lansac; así no nos entenderemos nunca. Propongo que juguemos á los dados á estas damas; despues nos sentaremos á la mesa para celebrar los esponsales y brindar á la salud del Rey.

—¡Bravo! ¡Bravo!

—¡A los dados, á los dados! y todos se agruparon en torno de la mesa de juego, aprovechando las damas la ocasion para acercarse á la mesa del festin y armarse cada una de un cuchillo.

—Ahora no los temo, dijo la marquesa.

—¡Por favor, madrina! ¡no intentéis nada contra vos; Dios nos protegerá!

¡Mia! ¡mia! ¡era justo! dijo Lansac; he estado perdiendo toda la noche.

—Para mí la trigueña, repuso á su vez el baron de Chavigny.

—¡A la mesa! ¡a la mesa! brindemos por los novios. Conduzcamos á las damas.

—¡El primero que pase más acá de ese guante ha muerto! repuso la marquesa tirando uno de los suyos ante sí.

—¡Esto me agrada! exclamó Lansac; tendremos que tomar la fortaleza espada en mano.

Al pronunciar estas palabras y tratar todos de avanzar, un rumor de voces sonó en la parte exterior del salón haciendo á todos volver la cabeza.

—¡Id al diablo con vuestra consigna! murmuró Crillon entrando en la sala y rechazando á media docena de lacayos. Señores, ¿dónde está el Rey? es preciso que le hable al instante.

—El Rey duerme.

—Despertadle, Montigny; el Bearnés le envía un correo. ¡Entrad, caballero, entrad!

Un oficial del ejército de Navarra entró en la sala cubierto de polvo, con botas, espuelas y envuelto en su capa. Se descubrió.

Era Pampelonne.

XII.

Pampelonne se pone en ridículo á sus propios ojos.

La llegada del caballero causó general sorpresa; los católicos se agruparon y cambiaron en vez baja algunas palabras acompañadas de maliciosa sonrisa.

—Siento, señores, repuso Pampelonne con naturalidad, haber interrumpido vuestros placeres; pero no he podido llegar á Beaugency ni mas pronto ni más tarde; vengo de Gergean, soy portador de un despacho importante de mi señor el rey de Navarra, y he caído en una emboscada del duque de Aumale, que co-

mo veis ha deteriorado horriblemente mi traje.

En efecto; la ropilla del caballero mostraba algunas manchas de sangre.

—Caballero, repuso Montigny, entregadme vuestro despacho; el Rey duerme ahora, pero le daré conocimiento de él al despertar. Entre tanto podeis brindar con nosotros; llegais á tiempo de tomar parte en el festin con que se celebran dos matrimonios originales: ¿sois noble?

—¡Soy el caballero de Pampelonne! replicó el gascon con una altanería que castigaba la ligereza de la pregunta.

Despues mirando á las dos damas, murmuró:

—¿Quién se casa aquí?

—El marqués de Lansac con esta hermosa dama, una marquesa veneciana, cuyo nombre no recuerdo ni es del caso, y el baron de Chavigny con esta encantadora jóven, cuyos negros ojos despiden chispas.

Venecia se adelantó entonces hácia Pampelonne, y tomándole la mano y mostrando á su madrina, exclamó:

—¡El cielo os envia, caballero! Salvadnos por segunda vez; somos las prisioneras del castillo de Angeres, nos ultrajan...

Pampelonne se acercó entonces á la marquesa, y dijo:

—¿Qué os pasa, señora?

—Me pasa que la villanía del Rey me ha entregado sin defensa á los insultos de esos miserables; pero estoy pronta á morir antes que tolerar sus atropellos.

—Ya lo habeis oído, señores, dijo Pampelonne con aplomo volviéndose hácia los cortesanos. Esto me parece bastante claro. Señora marquesa, podéis arrojar ese cuchillo, todo el mundo os respetará.

Al acabar estas frases, el gascon paseó una mirada firme, casi provocativa, por el grupo de caballeros, que sorprendidos por tanta audacia quedaron un momento silenciosos.

—Señoras, continuó Pampelonne, la puerta está libre y yo á vuestras órdenes.

—¿Cómo se entiende? Señor caballero errante, repuso el marqués de Lansac adelantándose al caballero: ¿Con qué derecho os mezclais en mis negocios? he jugado esta dama á los dados, el diablo me la ha dado en suerte y no me la quitareis vos.

—La marquesa Fabiani está bajo mi escudo, la conozco y me está además recomendada: si el diablo os la ha otorgado, yo, diablo ó ángel, os la quitaré.

—¡Ved que os puede costar caro, galante hereje!

—Comprendo y arrostro siempre las consecuencias.

Y diciendo esto, el gascon sacó de su bolsillo una cartera y un lápiz y dijo escribiendo:

—Os llamais el marqués de Lansac, ¿no es esto? Sois el primero en lista, caballero. ¿Quién quiere ser el segundo? hay sitio para todos... pero no habéis todos á un tiempo, por favor.

—¡Insolente! exclamaron algunos.

—Creo que habéis sido vos quien ha gritado más: ¿vuestro nombre?

—El conde de Montigny.

—¡Perfectamente! Sois el segundo: vamos, seguid, escribo pocas veces; pero cuando empiezo no sé parar.

—¡Con los dos apuntados teneis de sobra, señor fanfarron!

—Y van tres, creo que os llamais el baron de Chavigny; no temais, señores, soy de bastante buena casa para pretender el honor de agujerear vuestras ropillas.

—¡Eso lo veremos!

—Es verdad; repuso Pampelonne cerrando lentamente su cartera. Pero entre tanto todo lo espero de la nobleza católica, y puesto que mis protegidas han encontrado por casualidad

un defensor, deben ser respetadas hasta despues de mi muerte.

—Nada más justo: estais en vuestro derecho, dijo Crillon, que reia del chasco de sus amigos.

—¡Lleváoslas con mil diablos! repuso con arrogancia Clermont. Si no estuviéramos en las habitaciones del Rey, saldariamos en el acto las cuentas y nos quedaria el botin.

Pampelonne, que dando la mano á la marquesa ganaba ya la puerta, se volvió, se adelantó á Clermont, y dijo:

—¡Sereis el cuarto, caballero! Valeis demasiado para que se os olvide. Coronel Crillon, entregad á S. M. este despacho: aguardaré sus órdenes en el ayuntamiento hasta las diez de la mañana, así como las vuestras, señores.

Y tomando la mano de la marquesa salió del salon.

—¡Os ha derrotado á tambor batiente! exclamó Crillon. ¡Y seria lástima matarle! Os lo recomiendo: la especie de esos valientes va siendo rara.

—¡Ni una palabra de todo esto al Rey! dijo Lansac; sabeis que odia el duelo desde la muerte de Quelus, y nos impediria castigar á

ese atrevido. Vamos á cambiar de trajes y espadas.

Todos salieron dejando á Crillon solo en la sala; y cuando este se disponia á salir desesperado ya de ver al Rey; Enrique III apareció en la puerta de su gabinete:

—¿Dónde están?

—Señor, respetando vuestro sueño, se han retirado.

—¡Comprendo! Mi vecindad les estorbaba; Crillon, amigo mio, mis favoritos se van haciendo viejos: ¡en otro tiempo se atrevían á todo!... ¿Y qué haces tú aquí? ¿Tú, el incorruptible? ¡la roca de la virtud!

—Señor, he venido á entregaros un despacho que Mr. de Pampelonne, oficial de Navarra, ha traído de Gergean esta misma noche arrastrando grandes peligros.

—¡Son valientes y atrevidos esos herejes! dijo el Rey con un suspiro abriendo el despacho.

—¡Oh! y lo que es ese no le cambio por el más intrépido de los vuestros.

—¡Eres modesto!

—Soy justo, señor.

El Rey leyó lo que sigue:

«El camino de Saint-Cloud está libre: yo me adelanto por Poissy: haced avanzar el grue-

so del ejército sobre Saint-Germain, y en pocos días estamos en Paris. Seremos observados entre Chartres y Etampes por un grueso de caballería, que interceptará nuestros comunicaciones: ponga V. M. en campaña los trescientos bearneses que he dejado en Beaugency, á fin de batir esa fuerza.

Chatillon, Rosny y el caballero de Pampelonne, portador de este pliego, dirigirán la expedición y vendrán á reunirse en Gergean, donde tengo necesidad de ellos. El más humilde de vuestros súbditos,

ENRIQUE.º

—Pronto, Crillon, exclamó el Rey con ardimiento, dad las órdenes en los cuarteles para que mañana mismo se ejecute el movimiento; preven también á los herejes que tienen que partir á las órdenes de Chatillon, Rosny y ese Pampelonne, de quien cuentas maravillas. No me pesa separarme de esos excomulgados que están en mi ejército como un postizo; sin embargo, no quiero que vayan solos á conquistar la gloria de esa expedición; dirás á Lansac, Clermont y Chavigny, que los acompañen. Son buenas hojas las suyas y compartirán la gloria de esos audaces, que parecen engrair tanto á mi señor, primo. Adios, Chillon, hasta mañana.

Enrique volvió á su gabinete y el coronel corrió á comunicar las órdenes que habia recibido.

Volvamos á Pampelonne, á quien hemos dejado en una aventura caballeresca.

Apénas el caballero salió con las señoras fuera del alojamiento real, se detuvo y dijo:

—Señoras, celebro la casualidad que me ha puesto á vuestro servicio: quisiera saber en que más puedo seros útil.

—Reconozco en vuestra bravura, en vuestra discrecion, al valiente amigo del vizconde de Gourdon, repuso la marquesa; quizá debería daros esplicaciones de los motivos que me han conducido aquí.

—No señora, los hugonotes servimos á ciegas á nuestros amigos.

—No es tanto por vos por quien debería hablar, como por el vizconde, que os pedirá esplicaciones sin duda: ¡he sido muy ingrata con él! Hace tres años que parezco haberle olvidado... ¡Decidle que no es así, que su recuerdo me acompañará eternamente!

—¡Ah, señora! Mi pobre amigo hace tambien mucho tiempo que vive separado de mí, cubiéndose de gloria en el Delfinado; y hay momentos como el de esta noche, en que echo mucho de ménos su compañía.

—Debeis, por el contrario, felicitaros; su noble corazon hubiera sufrido mucho si el cielo, que me ha socorrido enviándoos á vos, le hubiera enviado á él.

—Con todo, su brazo me seria muy útil en la segunda escena que me espera.

—¿Qué quereis decir?

—¡Poca cosa! Esos insolentes que os han insultado son valientes, y segun los rumores que corren, afortunados en las armas.

—Espero que despreciareis sus insultos: no llevareis más allá ese lance.

—Yo espero matar por lo ménos cuatro, los primeros inscritos: no puedo hacer ménos por vuestro honor y el mio. Pero la jugada presenta dificultades, y la espada de Gourdon...

—¿Quereis dejarme remordimientos eternos? No vayais.

—Yo, por el contrario, dijo Venecia, aconsejo al caballero que vaya y castigue á esos insolentes. Su insulto pide sangre.

—¡Venecia! dijo la marquesa con aire de reconvencion.

—Hablais como un ángel, hermosa jóven, repuso Pampelonne; ¡por mi vida que nunca he visto unos ojos con más faego, con más alma! Perdonad si os dirijo un cumplido en

tan mala ocasion; pero el diablo me lleve si no digo la verdad.

El gascon, al hablar asi, examinaba con un interés mezclado de admiracion las facciones enérgicas de la gitana: los ojos de la hermosa jóven se bajaron por primera vez ante la mirada de un hombre, sintió palpar su seno y el carmin subió á sus mejillas.

El fuego sagrado que el Criador desliza, más pronto ó más tarde, en el corazon de la mujer, brotó como una chispa eléctrica en aquella naturaleza vigorosa.

El hombre á quien la jóven debía amar, estaba en su presencia, y por una de esas casualidades providenciales, Pampelonne, el voluble soldado, el tipo de atardimiento y ligereza, el desdeñoso aventurero que se oreia sin corazon, sin sentimiento, que queria amar á todas la mujeres por no caer en el pecado de amar á una sola, renegó en un instante de todos sus errores, y fué vencido por aquellos negros ojos que brillaban en la sombra de la noche como las estrellas en el cielo.

Esta vez no era un capricho, era una voz enérgica que en el fondo de aquellos dos virgenes corazones gritaba:

«¡Amarás!»

¡No era un capricho, era un sentimiento de

estimacion, una tierna simpatía! Aquellas dos almas se habian adivinado, ó más bien se habian reconocido. Pampelonne, jóven, valiente hasta la audacia, audaz hasta la locura, descuidado para el porvenir, siempre satisfecho del presente, alegre en los mayores peligros, ingenioso en los más difíciles apuros, debia agradar á la jóven que no conocia aun el lado serio de la vida, cuyo corazon ardiente y viva imaginacion no soñaba más que con la libertad de la edad primera, no con la libertad estrecha que marca la sociedad, sino con la libertad del pájaro que cruza el espacio, construye su nido donde mejor le parece y canta sus amores al aire libre.

Pampelonne, herido por los artificios de las coquetas que habia tratado, se sentia arrastrado hácia aquella flor pura y embalsamada que exhalaba dulce aroma de juventud y candor.

Colocados uno frente á otro, podian sufrir la influencia de aquel fluido magnético que hace del vencedor un esclavo, del esclavo un señor, en la comunión adorable donde todo es dichoso, ¡hasta las lágrimas!

Venecia miraba á Pampelonne con éxtasis, casi con respeto: no habia visto frente más altanera y más franca.

En cuanto á Pampelonne, en esta ocasion como en todas fué temerario, porque vió el precipicio abierto á sus piés, en el cual debian perecer su corazon y su razon, y no hizo nada para evitarle. Por el contrario, se sintió vencido y sonrió á su derrota. Esta sonrisa que provocó la mirada feroz de la gitana, fué una confesion á la cual respondieron los ojos de la jóven.

Así, pues, todo se dijo en un instante de silencio. Ambos jóvenes no se miraban más que para leer mutuamente en el fondo de sus corazones las páginas de ese libro que todos cerramos demasiado pronto, y lleva por titulo «amor y juventud.»

—Puesto que no puedo trastornar vuestros proyectos, repitió la marquesa, hablemos de los hechos que se sucedan si salís vencedor. Aunque esto suceda, ¿os creéis al abrigo de la cólera del rey?

—¿Del Valois? no. Pero nuestro Bearnés no deja á sus amigos en desgracia, y me protegerá.

—Sea cualquiera la suerte que os aguarde, no olvideis que teneis en mí un apoyo; vuelvo á Paris, y si teneis algun dia necesidad de proteccion en la liga, pensad en mí. La guerra tiene á veces cambios inesperados; podeis caer

prisionero; podeis buscar un refugio contra la ingratitud de los que hoy os aman. Yo soy un ejemplo vivo de esa ingratitud... ¡Si eso os sucede, acordáos de mí!

—Me confunde tanta bondad, y acepto la generosa proteccion que me ofreceis. La acepto por dos razones: la primera porque se dirige tanto á mi amigo Gourdon como á mí... ¿No es cierto?

—Yo no he dicho...

—¡Pero se adivina! Al ménos Gourdon lo entenderá así, perded cuidado.

—Os ruego, por el contrario, que no digais al vizconde nada que pueda hacerle esperar más que un sentimiento de estimacion, de amistad y gratitud.

—Hé ahí tres sentimientos, que reunidos en uno, hacen palpitar el corazon más helado.

—Os suplico, caballero...

—Y yo os suplico, por el contrario, interrumpió Venecia, que comuniquéis á Mr. Gourdon el recuerdo de la marquesa, tal como vos le interpretais.

—¡Venecia! repuso airada la dama. ¿Qué significa?...

—¡Boh-mil! murmuró á su oído la jóven. ¡Boh-mil!

La Veneciana bajó los ojos estremecida y no contestó, Su cabeza ardia y un suspiro se escapó de su oprimido pecho.

—Señora, exclamó Pampelonne, me ofrecéis proteccion y asilo para el caso en que yo vaya á recordaros vuestra promesa á París; si no entro prisionero, ¿cómo he de entrar? Los diez y seis y los cuarenta guardan perfectamente las puertas; ¿podeis indicarme algun medio para que yo me deslice sin riesgo entre vuestros amigos?

—No... ninguno.

—Si tal, repuso Venecia. Teneis uno y excelente.

—¿Cuál?

—El salvo-conducto que os dió La Gazette, ese pasaporte que nosotras no tendremos que usar. Nadie se mete con las mujeres.

—¡Cómo! repuso vivamente Pampelonne. ¿Seguis en comunicacion con vuestro señor padre, es decir, con ese normando gloton y ratero?

—Sí tal; le ví hace dos dias en Etampes. El infeliz parece que ha hecho fortuna desde que le dejamos prisionero en Angeres, porque está rico y ocupa gran posicion en la liga. ¿De dónde le conoceis vos?

—De la cueva de donde le saqué. ¡Pardiez!

Y decidme, ¿su fortuna es tan considerable como se supone?

—Segun él es más que millonario.

—¿Y ese hombre no es nada vuestro?

—Absolutamente nada.

—¿Y creéis que me será fácil encontrarle en Paris?

—Infalible.

—¡Gracias, señora, gracias! Me colmais de alegría. Ya tenia yo intencion de aprovechar vuestro pasaporte, repuso el caballero mirando tiernamente á Venecia, pero ahora formo firme resolucion y le acepto con gozo.

—¡Tomad! dijo Venecia, ofreciéndosele.

Al entregar el papel al caballero, involuntariamente sus dedos tropezaron y el fuego del carmin encendió las mejillas de la jóven.

—¡Gracias mil veces! ¿Pero dónde encontraros en aquella populosa ciudad de enemigos?

—En la misma casa de la duquesa de Montpensier, repuso con aplomo la marquesa.

Después, sin preguntar al gascon qué asuntos tenia que ventilar con su antiguo guiaañadió:

—Haced el favor de acompañarnos hasta la hostería de las Dos Coronas, que está al

estremo de esta calle. Nuestros caballos están allí y no nos dejareis hasta pasar los centinelas que guardan la ciudad.

—Como gustéis: y siento tener que abandonaros luego; pero debo volver á mi alojamiento, donde me aguardarán sin duda los pulidos favoritos del Rey. Seria poco galante tenerlos esperando á la luz de la luna.

La marquesa y Venecia encontraron los caballos y escudero prontos á partir: montaron y Pampelonne las acompañó hasta fuera de la ciudad; allí besó la mano de la marquesa, y al acercar sus lábios á la de la jóven, una voz conmovida que parecia partir del fondo del alma de Venecia, murmuró:

—Saldreis vencedor de ese duelo, tengo seguridad de ello; pero... ¿ireis á Paris? Eso no lo sé...

—Iré, exclamó Pampelonne cubriendo de besos la mano que le abandonaban. ¡Iré, porque os amo!

Esta última palabra se perdió ya entre la nube de polvo que levantó el caballo de la jóven tratando de alcanzar al de su señora, que la precedia; pero esta palabra armoniosa, divina, que por primera vez llegaba al oído de Venecia, se impregnó en el ambiente que respiró en todo el camino.

—¡Demonio! exclamó Pampelonne, regresando hácia su morada. ¿Qué me pasa, que no me entiendo á mi mismo? ¡Estoy enamorado como un borrico! ¡No tengo derecho para mirar sin respeto al más obtuso de los animales de la creacion! ¡Estoy enamorado como una tórtola, como Paris, el más cándido de los troyanos, como Gourdon en fin! Y esto me consuela. Gourdon es el más valiente de los gascones. ¡Cómo me presento ante ese querido compañero! ¡Bien se va á burlar de mí! ¡Pero esa jóven á quien amo es un tesoro! ¡Qué suave su mano! ¡Qué dulce su sonrisa! ¡Qué mirada tan ardiente! Pues señor, bien; estoy haciendo discursos á la manera de Rousard y de Carlos IX... ¡Eh! ¡Vaya al diablo! Yo no la amo, no amo más que mi libertad! Vamos á ver si esos señores adanados me hacen el honor de dejarme vivir... ¡Triste seria morir cuando se abre ante mí un nuevo horizonte!... ¡Paris!... ¡Venecia!... ¡Qué nombre tan dulce! ¡Tan extraño!... Pero en resumidas cuentas, ¿quién es? ¿Qué puesto ocupa al lado de la marquesa? Será sin duda una amiga... Una camarera... ¡Oh! no: ese aire de distincion no conviene más que á las grandes señoras... Y luego toma á veces con la marquesa un tono de autoridad... Decididamente amo á una mu-

jer de elevada alcurnia... ¡Tanto peor! ¡Yo soy pobre, pobre como el Bearnés! Si al menos tuviera la suerte de atrapar al bribón de La Gazette... Y aunque así fuera, esos diamantes misteriosos pertenecen al Rey, y yo soy demasiado honrado para sustraer uno siquiera. ¡No importa! He ofrecido ir á Paris... ¡Y para qué? Más te vale ir á dejarte atravesar por una espada católica... es el mejor partido. Con todo, Paris... Venecia... ¡Vaya al diablo el amor y sus consecuencias! ¡Tengo oprimido el corazón!

Al decir para sí estas palabras, nuestro gascon llegó á la casa-ayuntamiento donde se alojaba, en un estado capaz de hacer reír al más hipocondriaco.

La primera persona que vió, se adelantaba á su encuentro.

Era su criado.

El cementerio de Beaugency.

—¿Qué quieres? ¿Qué vas á decirme? dijo Pampelonne á su criado. ¿Han venido á preguntar por mí, eh?

—Precisamente. Hace un rato que parece que toda la guarnicion se ha puesto de acuerdo para visitarle.

—¡Ah! ¡Torpe de mí! ¡Haberme hecho esperar! ¿Y qué has dicho?

—Que mi amo dormia.

—¡Imbécil!

—Y todos se echaron á reir.

—¿Quienes?

—Seis ú ocho caballeros muy bien vestidos.

—¿Y qué hicieron despues?

—Encargarme que os dijera os aguardan hasta las diez de la mañana en el cementerio de la ciudad.

—¿Es eso todo?

—Uno de ellos repuso á media voz, que teniais pronto y que acaso le tendriais largo. Esto no lo he entendido bien; pero como sabeis que soy algo torpe...

—¿Y qué mas?

—Despues que esos señores, vino otro señor que parecia más interesado en veros.

—¿Y qué le has dicho?

—Que estábais durmiendo.

—¿Quieres hacerme pasar por uno de los siete durmientes, bribon?

—No señor; pero como no habeis dormido hace cuarenta y ocho horas, he supuesto que querriais descansar, y he ahuyentado á los importunos.

—¿Y qué dijo ese nuevo caballero?

—Que os despertase.

—¿Y qué más?

—Que yo me negué á ello.

—¿Y despues?

—Despues ese señor me dió un puñetazo, del cual tendré mañana azulado el hombro... ¡Qué mano tan pesada! Entró á despertaros, yo

—Sí, es la aventura más chistosa...

—¡Ay! mi pobre Pampelonne, no te encuentro con tres años más, sino con tres años menos.

—Quién sabe si seré viejo dentro de un instante.

—¡Cómo!

—Acaso dentro de una hora habré dejado de vivir.

—¿Y dices que la aventura es chistosa?

—Digo que no hay suceso triste que no tenga su lado alegre.

—Vamos, pues, al cementerio, y ojalá dejemos enterrada en él tu locura.

—¡Eso sería aun peor!

—¡Peor! ¿Cuándo acabaré de entenderte?

—Cuando hayais empezado. Yo soy discreto, vos curioso... ninguno ha cambiado de carácter desde que no nos vemos. Atanasio, dijo volviéndose á su criado, tú que conoces la ciudad, marcha delante y guíanos al cementerio. ¿Por qué dichosa casualidad os encontráis en Beaugency, vizconde?

—Porque me aburría en el Delfinado, y me he despedido de Mr. de Lesdignieres.

—¿Tenéis permiso del Rey para este viaje?

—¿Para qué le necesito? La guerra ha concluido en el Delfinado, y ni el Rey ni nadie

me escurrí como pude, y hace un cuarto de hora que se pasea impaciente por vuestro cuarto.

—Sin duda es Clermont: era el ménos embriagado de todos.

—Vedle, Dios me perdone, vedle, que viene hácia aquí.

El gascon se volvió en la direccion que indicaba el criado y abalanzándose al que llegaba, exclamó:

—¡Gourdon!

—¡Gracias á Dios! ¡Querido invisible!

Y ambos amigos permanecieron largo rato abrazados.

—¡Pardiez! Caeis de las nubes con mucha oportunidad, vizconde.

—¿Para qué?

—Para prestarme un pequeño servicio.

—Con toda el alma. ¿De qué se trata?

—De una bagatela; una cuestion...

—¿Y qué causa...

—La causa es un secreto.

—¡Todavía! ¿Al cabo de tres años no has acabado con tus secretos? ¡Esto es demasiado!

—No importa; seguidme.

—¿A dónde vamos?

—Al cementerio.

—¡Al cementerio!

tiene derecho para tenerme cruzado de brazos. He venido aquí, he sabido por Rosny y otros compañeros que habias venido á parar al ayuntamiento, y he venido á buscarte.

— ¡Gracias! ¿Estais cansado?

— Un poco, por no decir mucho.

— Lo siento.

— ¿Eh?

— Digo que lo siento, porque tengo necesidad de vuestra espada.

— ¿Para un duelo?

— No, para una docena de duelos.

— ¿Cuándo?

— Ahora mismo.

Gourdon se detuvo, estrechó la mano de Pampelonne, y elevando noblemente su cabeza, exclamó:

— Seis para tí y seis para mí... pero confieso que es mucho.

— ¡Bah! Tanto mejor. ¿No es verdad que es divertido...

— No me lo parece: allá veremos. ¿Y por quién te bates?

— En primer lugar por mí.

— ¿Y en segundo?...

— Es un secreto; ya os lo he dicho.

— El cielo te confunda con tus secretos.

— Gracias: y para que veais que os distingo

faltando á mi costumbre, voy á deciros algo.
Se trata de un asunto del corazon.

—¿Estás enamorado? ¡Tú!

—Os aflige, ¿no es verdad?

—Por el contrario, me divierte. Al fin te
enamoraste.

—¡Como un animal!

—¿Y quién ha hecho ese milagro?

—Una mujer.

—¡Buena respuesta!

—¡Buena pregunta!

—Y vamos á batirnos contra...

—Contra todos los favoritos del Valois.

—¡Demonio! Esas damiselas manejan la es-
pada como Aquiles.

—Les buscaremos el talon.

—Puesto que estás enamorado, mi pobre
amigo, hablemos, si no de tus amores, de los
mios. ¡Mi corazon está mas apasionado que
nunca! ¿Sabes algo de la marquesa?

—Veo que mi criado se detiene ante ese
muro: amigo mio, hemos llegado al sitio de la
cita y hablaremos de vuestra bella en otra
ocasion.

Gurdon golpeó el pié con impaciencia; pe-
ro siguió á su amigo, penetrando ambos en el
fúnebre recinto: á los pocos pasos, nuestros
gascones fueron saludados por seis caballeros.

—No hemos venido todos á la cita, repuso con impertinencia el marqués de Lansac, porque por gloton que seais, hemos creído que no os tragaríais á los seis sin morir de indigestion.

—Pues habeis hecho mal.

—¿Lo creéis así? ¿Pensais no satisfacer vuestro apetito?

—Mucho lo temo.

—Veamos.

—Veamos. El señor marqués de Lansac debe ser el primero, si no me engaño.

—Precisamente; y tengo mis sospechas de ser el último.

—De vuestra raza, si no teneis ya herederos, es posible.

Gourdon lanzó una carcajada al oír esta sangrienta ironía de Pampelonne.

—¡Parece que el señor encuentra chistosa la frase! dijo el conde de Montigny, dirigiéndose á Gourdon.

—¡Muy ingeniosa!

—Y el señor es noble.

—Tanto como vosotros si no lo es más, dijo Pampelonne con arrogancia.

—¿Vuestro nombre?

—El vizconde de Gourdon.

—¡Oh! ¡ese nombre es muy conocido! Sois el segundo de este caballero.

—Es mi segundo y mi primero. Por costumbre ya, no formamos los dos más que uno.

—Entonces tengo el honor de saludaros como adversario. Soy el conde de Montigny.

—Un cortesano distinguido, replicó Gourdon, tirando como su interlocutor con la espada.

—Basta, y en guardia: soy vivo...

—¡Pero yo más! dijo el vizconde, que habiendo cruzado con el de su contrario el acero con pasmosa agilidad, tocó al conde en mitad del pecho dejándole caer moribundo en la arena.

—Por favor, Gourdon, por favor no vayais tan de prisa: nadie nos corre. Escuchad aparte, tengo que deciros unas palabras.

Mientras que los amigos del conde le levantaban, Pampelonne llevó aparte al vizconde, y le dijo rápidamente.

—Si muero, hacedme el favor de ir á Paris con un pasaporte en blanco que hallareis en este bolsillo; os dirigireis á la casa de la duquesa de Montpensier: allí encontrareis á la marquesa Fabiani, que os ama, no lo dudeis, y quiere veros... ¡pero no abrais así los ojos! La marquesa tiene una... amiga que se llama

Venecia: pues bien, mi querido Gourdon, besad la mano de Venecia en mi nombre y decidle que si no he ido á echarme á sus piés, es que el eterno guardian de este cementerio no ha querido dejarme salir. Esto es un poco oscuro, pero las mujeres son de fácil comprension...

—¿Con que es Venecia?... ¡Cómo!... ¡Mi querido Armando! ¿Es posible?... ¡Tú!... ¡yo! ¡Ellas dos!

—Cuando gustéis, señores: dijeron á la vez Lansac y Chavigny. Perdemos tiempo y cae un rocío mal sano.

—¡Es verdad! dijo Pampelonne, y los cuatro se pusieron en guardia.

Desde este momento los combatientes ni los testigos hablaron una palabra más: solo se oía el ruido de las espadas, que se sostuvo por largo rato, porque los católicos tan bravos como entendidos, eran dignos adversarios de nuestros gascones, parando los golpes con prevision, y pasando de la defensa al ataque con la misma destreza y aplomo que si estuvieran en una sala de armas.

—A fé mia, marqués, repuso por fin Pampelonne, si esto continúa así no acabaremos en toda la noche. Parece que teneis empeño en vivir.

—Casi tanto como en mataros, y si no me engaño os he tocado.

—No por cierto: habeis visto mal, aunque la luna está clara.

—¡Ay de mí! exclamó Chavigny cayendo de rodillas y soltando la espada.

—¡Otro! dijo friamente Gourdon mirando al grupo de caballeros que presenciaba el lance.

—Por la Virgen santa, dijo Pampelonne, no estais pagado ya para que despacheis tan pronto. ¡Esto no se puede sufrir! No va á haber bastantes caballeros solo para vos.

Y al decir estas últimas palabras, el gascon se tendió á fondo y dió una terrible estocada al marqués, exclamando:

—Ya nos vamos igualando, amigo.

El acero entró bajo la tetilla izquierda, y Lansac cayó sin exhalar un gemido.

—Dos muertos y un herido, dijo adelantándose Clermont; si no estais fatigados, continuaremos.

—De ningun modo: y aunque lo estuviéramos, olvidariamos nuestra fatiga por cruzar la espada con vos, ¿No sois vos, caballero, el cuarto apuntado?

—El mismo.

—¡Entonces en guardia!

—¿Y yo? repuso el vizconde con su flema acostumbrada.

—¡Conmigo! dijo tirando de su espada Mr. de Saint Leger.

—Señor, señor, exclamó llegando azorado el criado de Pampelonne.

—¿Qué os pasa, Anastasio?

—Que se acercan gentes... He visto el resplandor de las antorchas.

—¿Y qué nos importa, belitre? Vete á pasear... Así como así la luna se oculta, y no nos vendrán mal esas antorchas. ¿No os parece, señores?

—Clertamente, dijo Clermont.

—Serian útiles, dijo Saint-Leger.

—Lo mismo me da, murmuró Gourdon.

El combate empezó de nuevo.

—¿Qué es esto, señores? exclamó el coronel Crillon penetrando en el cementerio precedido de dos soldados con antorchas. ¡Parece que se juega la vida por aquí. Abajo, señores, abajo las armas.

—¡Van cuatro! dijo el vizconde levantando su acero que se había introducido en el pecho de su adversario, dejándole fuera de combate. Creo que el señor tiene ajustada su cuenta.

—Ya lo creo, murmuró el herido; apenas me quedan cinco minutos de vida.

—¡Voto á mil diablos! murmuró Pampe-lonne colérico. Que me ahorquen si os elijo otra vez por segundo... Sois un carnicero... Vamos, caballeros, vames, continuó dirigiéndose á su adversario, y comenzó de nuevo el combate.

— Señores, aguardo, repuso el vizconde sonriendo con aplomo.

Los católicos se miraron unos á otros con embarazo; la estatura colosal de Gourdon, su espada ensangrentada, su apostura digna sin arrogancia, su mirada desdeñosa, las cuatro víctimas de aquel terrible duelo, todo esto iluminado al rojizo resplandor de las antorchas hacia estremecer los corazones mas intrépidos.

El marqués de Nogaret avanzó resueltamente á reemplazar á Saint-Leger.

—Muy bien, señores; muy bien; exclamó el coronel: en nombre del rey, deponed las armas.

—¡Imposible! dijo el marqués.

—¡Imposible! reptieron todos.

—Confieso que el lance tiene interés, dijo el coronel Crillon, tanto que siento no tomar parte en él; pero las órdenes del rey son rígi-

das y no teneis más remedio que obedecer, si no quereis ponerme en el caso de que os mande dar una carga á todos.

—¡Dejadnos en paz! exclamó Pampelonne que acababa de desarmar á Clermont.

—Vos, caballero, debeis partir al instante al cuartel general de los Sres. Chatillon y Rosny; el Rey envia trescientas lanzas al encuentro de los ligueros que ocupan á Chartres. Rosny está dando ya las órdenes para la partida.

—¡Al diablo el mensajero! ¡Pero, señor, esto es no dejarle á uno vivir! Señores, creo que no perdereis nada por aguardar.

—¡Cómo! exclamó Crillon riendo á pesar suyo; terminada la expedicion volvereis á ajustar vuestras cuentas, y en ese caso no teneis necesidad de aguardar tanto. El Rey designa tres de sus más fieles servidores para que se unan á la expedicion.

—Es mucha la proteccion del Rey.

—Marqués de Lansac, ¿dónde estais?

—¡Muerto!

—¡Qué lástima! Una buena hoja de menos. Y Chavigny ¿ha muerto tambien?

—Punto menos, repuso el herido con débil voz; de todas maneras contadme por muerto. Si no me mata mi herida, me matará el pesar, no lo dudeis.

—Montigny.

—¡Ha muerto!

—¡Demonio! ¡ha muerto aquí todo el mundo? repuso el coronel frunciendo el ceño.

—Se ha muerto á todo el que se ha podido, repuso Pampelonne, y si nos hubiérais dejado un cuarto de hora más...

—Mi querido Clermont, interrumpió el coronel, vos érais el tercer noble designado por S. M. Quedais solo para representar á los nuestros; podeis preparar vuestro bagaje.

—Pues entonces, dijo Clermont á su adversario, puesto que partimos juntos podemos en cualquier parte ventilar nuestro asunto.

—No hay inconveniente; despues de haber zurrado á los ligueros me tendreis á vuestra disposicion. Amigo Gourdon, partamos.

—Si el señor no tiene necesidad de partir, repuso otro de los favoritos del Rey que se quedaba; nosotros ventilarémos nuestra cuestion, porque nadie nos obliga á salir de este cementerio.

—El vizconde de Gourdon es mi sombra, ó si lo quereis mejor, yo soy la sombra de vizconde. Donde él va voy yo, donde voy vi él. Creed, sin embargo, que somos gente de palabra, y que en la primera tregua vendremos á daros vuestra revancha.

—Basta de conversacion; el tiempo apura.

Gourdon y Pampelonne saludaron á los católicos y salieron del cementerio seguidos del coronel, de Clermont, de los soldados y del lacayo de Pampelonne.

—Veo que haremos juntos el viaje á Paris, dijo Gourdon cuando ya en marcha procuraron ambos amigos apartarse un poco.

—Es probable, pero ántes vamos á dar una buena carga á los ligueros, y me parece que esto no será una recomendacion para la duquesa de Montpensier.

—¿No hemos sabido salir de más difíciles aventuras? Adelante, pues, ¿qué arriesgamos en último término?

—Ser descuartizados, colgados, quemados, ¿qué sé yo? Los católicos tienen variedad de gustos en este género.

—No importa, yo iré á Paris, iré aun cuando debiera perecer en las llamas; ¿y tú, Pampelonne?...

—Yo no renunciaria á ese viaje, ni aun por la corona de Francia y de Navarra. ¿Qué pensaria de mí mi hermosa Venecia?

—¡Ah! Tengo que hacerte una pregunta.

—No me asombro; sois la curiosidad personificada.

—Pero no me atrevo; ¡conozco de antemano tu respuesta.

—Entonces omitid la pregunta.

—¿Cuándo querrás ser formal una vez?

—Formal, nunca.

—Continuarás aun con tus reservas.

—Os adivino; señor enamorado.

—¿Dónde y cuándo has visto á nuestras damas?

—En Beaugency, hoy mismo, esta noche.

—¿Esta noche?

—Os encontré en cuanto las despedí.

—¿Y no me lo has dicho ántes?

—¡Libreme Dios! Os necesitaba mucho en aquel momento.

—¿Y es por ellas, quizá, por quien has provocado ese lance?

—Por ellas.

Gourdon se estremeció.

—¿Y por qué ha sido?

Pampelonne refirió entonces lo acaecido en el salon de Enrique III.

—Atardido, mal amigo, exclamó Gourdon; me has hecho perder una ocasion que acaso no volveré á encontrar de ver á la marquesa, de protegerla, de mostrarle las heridas aun abiertas de mi alma... ¡Ah! ¡Si yo hubiera sa-

bido todo esto, me hubieran pagado caro su afrenta esos insolentes!

—¡Diablo! Pues yo creo, amigo mio, que habeis redondeado perfectamente vuestro asunto, Dos muertos y un herido...

—¡Hubiera debido matarlos á todos! Pero, ¿por qué casualidad la marquesa y su amiga se encontraban en las habitaciones del Rey?

—En cuanto á eso nada puedo deciros; nada sé.

—¡Me engañas! Hay en todo esto un misterio...

—¡Mejor! Los misterios forman la poesía de la vida.

—¿Cómo te esplicas esos viajes continuos de la marquesa?

—No ha tratado de esplicármelos; ¿para qué?

—¿Pero no los encuentras singulares?

—Acaso en breve conoceremos la causa de ellos; ¿estaríais celoso quizá?

—Los celos son una ofensa al objeto amado, y no obstante...

—¡Ay amigo! Lo estúpido de los enamorados es inventarse siempre tormentos; caminemos al acaso, marchemos en línea recta y el tiempo dirá como decía el pobre Lansac.

¿Sabéis qué puesto ocupa Venecia al lado de la marquesa?

—No sé. Sé únicamente que la ama como á Maria su madre, que la marquesa la quiere como queria á su hija.

—Me basta por ahora, hé aqui la cabeza de nuestra columna que se detiene. Vamos á ver á Chatillon y sepamos lo que piensa hacer de nosotros.

Gourdon y Pampelonne tomaron al galope, dirigiéndose al círculo de los oficiales calvinistas, que celebraban consejo.

VIII.

¡Sálvese quien pueda!

Las tropas de Chatillon habian hecho alto en las cercanias de Messing, y los jefes se habian reunido, como hemos dicho, para deliberar respecto al órden de la marcha y la direccion qde debian seguir.

Gourdon y Pampelonne se presentaron en el círculo, compuesto de los mas florido de los oficiales del Bearnés.

—Puesto que estais aquí, vizconde, dijo Chatillon á Gourdon, os confio el mando de la expedicion, y yo ocuparé el lugar que me designeis; vos no podeis estar de subalterno.

—Yo me considero dichoso, obedeciendo á un jefe tan digno como vos; además, yo estoy aquí como de contrabando; así, pues, dellberad sin cuidaros de mí. No quiero mas que pelear al lado de mi amigo Pampelonne.

—Pues bien, caballero, prosiguió dirigiéndose á este: vos, que acabais de recorrer la comarca, dad el primero vuestra opinion. El Rey quiere que manobremos sobre Chartres á fin de desbaratar un cuerpo de caballería que en ese sitio intercepta nuestras comunicaciones y nuestros viveres; qué nuevas teneis del enemigo?

—Ninguna; dijo Pampelonne, pero fácil^l nos será recogerlas, porque el pais está lleno de aventureros que la miseria sin duda hace brotar de entre las piedras. Mi opinion, pues, es marchar hácia Bonneval, llegar de un tirón; nuestros caballos no están caasados, y en breve salvaremos las doce leguas que nos separan de dicho punto: si lo hacemos, vereis como en vez de ser sorprendidos, sorprendemos á los ligueros.

—Apruebo el plan, dijo el vizconde.

—¿Y vosotros? dijo Chatillon volviéndose á los demás.

—El consejo es prudente, exclamó Rosny.

—Le seguiremos, pues; Mr. de Clermont:

vos sois aquí el único representante del partido católico, ó más bien de la corte de Enrique III. No os destino ningún puesto; dejo á vuestro valor el cuidado de elegir.

—Yo también solicito el favor de no abandonar á Mr. de Pampelonne.

—Como os agrade: caballero de Pampelonne, tomad el mando de la vanguardia... ¡Señores: á Bonneval sin tregua!

El círculo se deshizo; cada uno volvió á su puesto, y continuaron la marcha con el mayor orden y compostura.

—Mi querido vizconde, dijo Pampelonne, ¿qué día habeis hecho vuestro última comida, y qué noche vuestro último sueño?

—No he comido desde hace veinte horas, y no he dormido durante treinta y seis; ¿y tú?

—Yo no he comido desde hace treinta y seis, y pasan de cuarenta y ocho que estoy sobre el caballo ó en pié; ya comprendereis que tengo el estómago como cañon de órgano.

—Señores; interrumpió Clermont, que caminaba á corta distancia de ambos amigos; puedo ofreceros un divino cordial que sanará vuestro decaído espíritu; sería una desesperacion para mí que muriérais de necesidad.

—Muchas gracias; aceptamos por más que vuestra caridad sea algo interesada.

—No lo niego, aunque no por eso deja de ser generosa y delicada.

—Así lo reconozco: no nos pertenecemos mutuamente hasta que haya terminado nuestro enlace, y si yo muriese de necesidad no os consolaríais de mi muerte. Vos solo debéis tener la pretension y el derecho de matarme: ¿no es esta vuestra opinion?

—La misma.

—Entonces bebo no á vuestra salud, sino á la mia y á la de mi amigo Gourdon.

—Es justo, no me ofendo.

—¡Vamos, Gourdon, qué diablo! no pongais tan mal gesto; bebed como yo; reanimaos a costa del enemigo. ¡Este es un agüero feliz!

—¡No! murmuró el vizconde; creeria ofender con ello á la marquesa.

—Como gustéis, pero sois más niño que yo. Caballero, tomad vuestra calabaza; he sido parco, porque este elixir os será sin duda muy útil.. ¡Es capaz de resucitar á un muerto!

—Entonces os le guardo á vos.

—¡Eh! Laprairie, añadió el gascon volviéndose hácia el sargento hugonote que ya conocemos, que caminaba á su espalda: ¿no

teneis algo nutritivo en vuestro saco? reconocedle: un viejo piloto como vos no se embarca nunca sin provisiones.

—Pues á fé mia, capitán, que venís en mala ocasion.

—¡Cómo! ¿no lleváis absolutamente nada?

—Un pajarraco medio tostado, por no decir quemado.

—¡Un ave! ¡Ofrecédnosla por Dios! nos sabrá á gloria aunque estuviese tan duro como aquel gallo de feliz memoria que comimos hace tres años, asado por vos.

—Capitán; en cuanto á este, si no es tan gallo, no está ménos duro.

—Está visto que no estais por los correctivos, mi querido Laprairie. ¡Jesus me valga! Esto no es una gallina, esto es una urraca.

—¡Oh! en cuanto á eso os engañais, capitán, mi propia mano ha desplumado al animal; sin embargo, no me propongo hacer su elogio; si quereis bizcocho en lugar de pan, creo que hace unos dias que traigo aquí dos regulares.

—Si se tratara de erigiros una estatua, no habria más que copiar la de la Providencia. Vamos, dadnos esos bizcochos; vizconde, cenaremos y nos desayunaremos á la vez: para vos los miembros, el armazon para mí.

Al cabo de un rato, Gourdon dijo á su amigo:

—Ya está el alimento, ahora el sueño.

—En este momento nos vendria bien un lecho voluptuoso: parece que no he cerrado los ojos en veinte años; mis párpados pesan diez libras cada uno.

—¡Pardiez! pues dormid, señores, repuso Clermont.

—¡Si, dormir, dormir! Eso se dice muy bien, repuso Gourdon.

—Pues á fé mia, no veo lo que os estorba: cuando se tiene sueño se duerme, y para dormir se cierran los ojos; la cosa no es difícil.

—Probemos, repuso Pampelonne. Mr. de Clermont; vos velareis por mí y conducireis la tropa.

—Os lo prometo. ¡Qué diablo! justo es que descanséis ántes de entrar en accion. Si empezáseis á cargar fatigado como lo estais, os matarian en seguida.

—Sois muy prudente. Veo que me manifestais un interés vivísimo; contad con mi reconocimiento, repondré mis fuerzas, y no os haré sufrir del golpe que os despachará de este mundo.

—Sois escelente, y prometo hacer otro tanto con vos.

—Os cedo, pues, la comandancia durante una hora ó dos.

—Hasta que gustéis; no tengais prisa en despertar.

—Sois muy amable: ¿qué decís vos, vizconde; dormimos?

—A fé mía, un sueñecillo nos vendria muy bien: probemos.

—Buenas noches, Mr. de Clermont; ya sabéis, no perdais el camino de Bonneval.

—Descuidad, y buenas noches, señores.

Gourdon y Pampelonne, rendidos de fatiga, se envolvieron en sus capas, dejaron la brida sobre el cuello del caballo, y no tardaron en dormirse con ese sueño amodorrado que conocen y detestan todos los guerreros. No obstante, para naturalezas tan bien templadas como las de nuestros bravos gascones, un medio sueño era más que suficiente.

Acostumbrados á la vida agitada de los campos, fuertes contra los rigores de la estación, contra la sed y el hambre, familiarizados con los grandes peligros, eran todos rudos soldados aquellos soldados bearnese que por su resolucion, su audacia, su abnegacion, llevaron su jefe inteligente desde el castillo de Nerac á Louvre y del trono de Navarra al trono de Francia.

El contraste era completo entre los hugonotes y las tropas del Rey. El ejército de Enrique III estaba vestido con más lujo que severidad militar; sus oficiales iban cubiertos de brocado; sus armas eran adamascadas; montaban caballo más de parada que de combate, y se entregaban con más frecuencia á los festines que á los ejercicios: autorizados por los ejemplos de los jefes y de la corte, en la tropa cundía la disciplina y puede decirse que no tenían más condicion guerrera que el valor innato de aquella época en todos los corazones.

Los ligneros tenían tropas entusiastas, pero formadas de las masas del pueblo, instruidas á la ligera, mal uniformadas y regidas por jefes inespertos, formando un conjunto heterogéneo una multitud más numerosa que imponente. Los que se desbandaban de uno ú otro campo, se dejaban llevar fácilmente de la sed de rapiña, sembrando por do quiera desolacion y luto. Las costumbres soldadescas se desencadenaban sin freno, porque como el dinero faltaba para pagarles tenían que tolerar sus atropellos.

El ejército del rey de Navarra se hacia notar por el contrario por sus arriesgadas victorias, su humanidad, su disciplina, y sobre todo

por su confianza en el porvenir del grande hombre que le conducia. Todos los regimientos, mandados por jefes ilustrados, rivalizaban en celo y abnegacion, y cuando se ponian en linea todos aquellos valientes, cuya mayor parte habian combatido bajo Coligny, y habian combatido en Contras, producian un efecto mágico, y su sola presencia decidia la victoria.

La columna conducida por Clermont caminaba hacia dos horas sin que ningun accidente hubiera marcado su camino. El dia comenzaba á despuntar, los gallos cantaban en las granjas y los pájaros se despertaban entre el follaje.

—¡Eh! ¿Mr. de Pampelonne? Caballero, dijo Clermont sacudiendo al gascon por un brazo.

—¡Eh! ¡eh! ya estoy... ¿qué ocurre? ¿cargamos? dijo Pampelonne frotándose los ojos.

—¿Cómo habeis pasado la noche?

—Muy bien; ¿y es para eso para lo que me despertais?

—No tal; pero soy cortés y principio por donde debo la conversacion.

—Enhorabuena: ¿por dónde la vais á concluir?

—Tengo buena vista y acabo de apercibir

una masa negra que se ha deslizado en aquel bosque; por allí á quinientos pasos á nuestra derecha.

—Muchas gracias. A mi treinta de los mejores, dijo Pampelonne en voz baja, y sobre todo nada de ruido con Mr. de Clermont: tomad á la derecha con quince de esos valientes, que yo tomaré á la izquierda con otros quince; partir y envolvámoslos.

—¿No despertais al vizconde?

—¿Para qué? está tan dormido que seria una lástima.

—Lo creo, y haceis bien: es económico.

—¿Qué! ¿qué quereis decir?

—Que si vos pereciéseis en el encuentro que vamos á tener, siempre me quedará Mr. de Gourdon, y no lo perderé todo.

—¿Qué diablo de hombre! murmuró el gascon, conduciendo á su pequeña fuerza: ¡podia ocuparse de no morir él!

Al cabo de diez minutos, los treinta ginetes volvian á reunirse despues de haber desarmado á unos diez arcabuceros que una partida de ligueros enviaba de esplotadores.

Gourdon que abria sus párpados cuando regresaban, se enfadó muy de veras con Pampelonne, porque habia marchado sin él. Clermont reconcilió á los dos amigos; Pampelonne

condujo á sus prisioneros á Chatillon, y por las noticias que estos dieron de que un escuadrón de cuatrocientos caballos, mandados por el conde de Saveuse, estaba una legua de allí en direccion de Bonneval, los calvinistas continuaron al trote su camino.

La casualidad quiso que Saveuse, instruido por sus espías de la salida de Chatillon, se adelantaba en buen orden á su encuentro; de suerte que al volver una colina ambas columnas se vieron frente á frente, separadas tan solo por unos cien pasos.

Detuviéronse y fué un magnífico espectáculo, uno de esos momentos en que cada minuto comprende cien diversas emociones; momentos que forman el encanto de la vida del soldado, porque en ellos se encierra toda la poesía de su vida aventurera.

Todos los corazones latian, no de temor, sino de un ardor febril; la muerte desplegaba, sacudiendo sus negras alas sobre todos aquellos hombres llenos de fuerza y de valor. Los caballeros estrechaban las filas; los ginetes, afianzándose en los estribos, recorrían con la vista por última vez sus armas, como la coqueta, que al sentir los pasos de su amante, prende su última flor ó ensaya su más graciosa sonrisa.

Los caballos de ambas columnas, agitados por la marcha que habian hecho, piafaban con impaciencia, aspiraban con fuerza y los más ardientes cubrian de una blanca espuma la brida que los sujetaba.

—¿Vuestras pistolas están montadas, Mr. de Gourdon? exclamó Clermont, acariciando con su espada el caballo del vizconde.

Este no se cuidó de responder.

—Mr. de Pampelonne, exclamó el cortesano con su chistosa importunidad, cuidad de que vuestra silla no se escurra y os deje caer.

—¡Por Dios, Mr. de Clermont! exclamó amostazado el gascon, cuidad de vos y dejadnos en paz; ¿qué os importa que yo me rompa la crisma?

—¡Me importa mucho! ¡Daría cien mil escudos porque no aconteciese tal desgracia!

—¡Siempre el mismo! No temais, despues de esta danza arreglaremos la nuestra.

—Tomo acta de vuestras palabras; ¿despues de esta danza?

—Sí.

Los ligveros eran cuatrocientos, segun habian dicho los prisioneros, y lo más escogido del campo de la liga; allí iban Saveuse, Montgomery, Maintenon, Dalonvill, todos animados para el combate. Chatillon, Rosny,

Gourdon y Pampelonne, tomaron precipitadamente sus disposiciones, y apenas habían concluido de dar sus órdenes, empezó á hostilizarles el enemigo. Los cornetas de ambos campos tocaron paso de carga, y unos y otros se adelantaron lanza en ristre y espada en mano. ¡El primer choque fué terrible! Un rumor sordo y prolongado resonó en la concavidad del valle y la yerba recibió infinidad de caballos heridos y caballeros desmontados.

Gourdon, que llevaba del Delfinado el arte de combatir de Lesdigniere, había dejado la lanza sirviéndose de su pesada tizona, para abrir un semicírculo en las filas enemigas, desde el cual descargaba golpes cortando cada uno la vida á un hombre.

Pampelonne había cargado sobre un oficial lujosamente vestido, cuyo casco y coraza deslumbraba al resplandor del sol.

La espada del gascon fué hábilmente parada; el golpe le dió en falso, y al rehacerse el caballero para un segundo, el liguero, que era de elevada estatura, encabritó su caballo arrojándole sobre el contrario, que cayó á tierra con el jinete.

Clermont, que á corta distancia presenciaba esta escena, repuso:

— ¡A nosotros! ¡Pampelonne, socorro!

Y ayudó al caballero á levantar el caballo y montar en él.

¡Cosa extraña! El liguero habia contemplado estático este episodio, sin aprovechar la ventaja de tener á su contrario en tierra y hacerle prisionero. Contemplóle cómo se rehacía, contentándose él con tener su espada á la defensiva.

—¡Muchas gracias, caballero! murmuró Pampelonne dirigiéndose á Clermont que le habia ayudado. No dudeis que tengo buena memoria de los servicios que me prestan. ¿Dónde está ese tunante que ha sabido acostarme tan bien?

—¡Héle ahí, caballero! Pero por Dios no os abandonéis: pensad que no os perteneceis.

—¡Que no me llame Pampelonne, si no tomo venganza de este hecho!

Y descargó una de sus pistolas sobre el liguero que hizo una pirueta con su caballo se tendió sobre él y se enderezó sano y salvo despues de haber esquivado aquella descarga á quema-ropa.

—¿Eres hechicero, ganapan? repuso el caballero atacándole espada en mano.

—Puesto que sois Mr. de Pampelonne, repuso el liguero parando sus golpes con maravillosa prevision, permitidme que os salude.

—¿Quién sois vos? repuso el gascon parando por un momento sus golpes.

—¡Per Bacco! Mi querido amigo, soy el marqués de Fabiani, de feliz memoria.

—¡La Gazette! ¡Ah! Tunante, ladrón, goloso; espera, espera.

Y el combate prosiguió más encarnizado que ántes.

—¡Tened cuidado! Mi querido caballero, vais á volver á molestar á mi caballo y tiene muy mal genio, os lo prevengo; mirad que está rabioso, que muerde.

—¡Tú sí que estás rabioso, miserable villano! ¡No huyas, detente!

Pero La Gazette sin darle oídos metió espuelas á su caballo, empeñándose en lo más recio de la pelea, aunque sin cambiar de táctica; su caballo peleaba por él.

—¡Virgen santa! murmuraba para sí el normando; si yo no hubiera contraído aquel estúpido compromiso con la marquesa, hubiera devuelto á ese endiablado gascon la estocada que de él recibí en Venecia.

—¡Traidor, cobarde! esc!amaba Pampe-lonne persiguiéndole.

En aquel momento el combate era tan encarnizado, que los ginetes de uno y otro bando estaban mezclados y confundidos.

Los realistas habían sufrido pérdidas considerables; Rosny había perdido su caballo; Chatillon estaba herido; el número iba á triunfar del valor y la abnegacion. Gourdon, Pampelonne y Clermont reunieron cinco veces su escuadron para hacerle entrar á la carga.

Gourdon estaba cubierto de sangre y de polvo; Pampelonne se le reunió, diciéndole rápidamente:

—Vizconde: ¿veis aquel oficial con penacho blanco, caballo negro, ese ginete original que no lleva un golpe y los para todos?

—Sí.

—Pues bien, es La Gazette, mi normando en cuestion.

—¿De veras?

—El mismo; es preciso desarmarle; pero no le matemos, su captura será pagada en diez millones por el Rey.

—Sígueme.

—¡Señores, prudencia! Pensad en mí, repuso Clermont.

—¡Idos al diablo! contestó el caballero. Os vais haciendo muy monótono, amigo.

El cortesano no tuvo tiempo de responder á este cumplido, porque fué atacado por el conde de Saveuse, su enemigo personal.

La armadura del conde estaba acribillada

de golpes y destrozada en muchos puntos lo cual probaba su temeridad, el ciego arrojo que le impulsaba en aquellas luchas desesperadas. Había reconocido al favorito del Rey que peleaba á cara descubierta y se había lanzado sobre él pareciéndole que al descargar sobre él su furia la descargaba sobre Enrique III.

Ambos campeones eran dignos uno de otro y el combate fué por largo rato calurosamente sostenido.

Por fin, Clermont, introduciendo su espada por la union de la celada con el casco de su adversario, la retiró bañada en sangre.

El conde de Saveuse cayó del caballo á tierra.

Entonces Clermont corrió junto á Pampe-lonne y Gourdon, que sostenian un sitio en regla junto á La Gazette.

El normando, ayudado de algunos de los suyos, ocupaba el centro de un círculo formado por Gourdon, Pampelonne, Laprairie y una docena de hugonotes; con el cuerpo inclinado, la espada enarbolada, paraba los golpes más hábiles, recibiendo los otros en su armadura que despedía un sonido metálico.

De vez en cuando animaba á su caballo con estas frases: «¡Valor, Pompello!» Y el no-

ble animal se lanzaba sobre aquellos que hostilizaban á su señor.

—¿Qué os parece de esto, vizconde? esclamaba Pampelonne fuera de sí.

—Que en mi vida he visto coraza más sólida, caballo más valiente, ni ginete más original.

—Señores, murmuró llegando Mr. de Clermont, acabo de dar muerte al conde de Savenese; pero nuestra izquierda está casi envuelta, y si no desarmamos á este peloton no tardaremos en ser derrotadós.

—¡El consejo es chistoso! repuso Pampelonne, ¿no veis que este peloton es toda una fortaleza defendida con trincheras de espadas?

—¡Dejadme! Atacad de frente los dos y no me perdais de vista.

Y diciendo esto Clermont se alejó, y mientras Gourdon y Pampelonne calan de nuevo sobre el normando, él se acercó tambien, pero por detrás, y empinándose sobre su silla se lanzó de un salto á la grupa de La Gazette con la ligereza de una ardilla, abrazándole por mitad del cuerpo.

—¡Demonio! exclamó el gascon: ¿cómo no he tenido yo esta idea?

Sorprendido, pero no derrotado, el nor-

mando encabritó de nuevo á su bravo Pompeyo, que se colocó casi vertical; pero Clermont era jóven, ágil, estaba bien sujeto y no se movió.

— ¡Tenedle bien! ¡Tenedle bien! exclamó Pampelonne; amigo, es nuestro; cojámosle vivo.

En aquel momento condió la noticia de que el conde de Saveuse habia muerto.

— ¡Muerto Saveuse! Amigos, «¡Salvese quien pueda!» exclamó La Gazette.

Y metiendo vigorosamente espuelas á su caballo franqueó de un salto el círculo que le envolvía, soltó brida y partió como un rayo llevando siempre á la grupa á Clermont, prisionero ya, en vez de vencedor.

Esta fué la señal de la derrota de los ligueros, que fueron vencidos ó dispersados; Pampelonne y Gourdon se pusieron á perseguir á La Gazette, pero sin poderle dar alcance, porque el deber les ordenaba reunirse á sus tropas que habian quedado sin jefes y en medio de un país enemigo.

El conde de Saveuse, que no habia muerto, rehusó dejar vendar sus numerosas heridas, arrancando por su propia mano las ligaduras, que á pesar suyo le pusieron. La vergüenza de haber sido vencido; el odio que le

animaba contra Enrique III y todo cuanto le rodeaba, le produjeron una fiebre acompañada de delirio, y espiró murmurando:

—¡Viva la liga! ¡Muera el Valois!

—Si Mayena tuviera mil soldados, como Saveuse y La Gazette, dijo Gourdon á su amigo, no sería posible entrar en Paris.

—¿Olvidais que debemos estar en él ántes de ocho dias, á ménos de incurrir en el enojo de nuestras venecianas?

—No lo olvido; ¿pero seremos bastante dichosos para conseguirlo?

—¡Bah! La dicha viene cuando ménos se espera. Testigo ese pobre Clermont. Y pensar que si yo hubiera tenido su ocurrencia estaria á estas horas camino de Paris á las ancas de Pompeyo, y teniendo entre mis brazos al bribon de La Gazette... ¡Mis dos sueños realizados á la par! Ver á Venecia y recobrar... ¡Calle! ya iba á deciros todos mis secretos... Vizconde, enterremos nuestros muertos, reunamos los heridos y partamos á Gergean, donde nos aguarda el rey de Navarra. Allí decidiremos lo que Dios quiera.

IX.

La Gazette.

La Gazette era demasiado hábil y vigoroso para dejarse desarmar por el intrépido caballero que llevaba á la espalda; los altos, el galope del caballo, habian dado harto que hacer á Clermont para ocuparse de más que de no caerse del valiente Pompello. Cuando La Gazette se vió ya libre de los peligros del combate, cogió con sus manos nervudas los brazos delicados de Clermont, condenándole á una inmovilidad absoluta. Pompeyo siguió galopando durante un cuarto de hora, después pasó á un trote regular, y por último tomó el

paso, levantando entonces La Gazette la visera de su casco, volviéndose hácia su prisionero y esclamando:

—¿Me direis á quién tengo el honor de hablar?

—A Mr. de Clermont, oficial de S. M. el rey de Francia.

—Del rey de Francia... es un poco vago lo que me decís.

—¡Cómo!

—¡Pardiez! Hay tres reyes para este pobre reinado, y el me apurais un poco contames hasta media docena. Mr. de Mayena es uno, el cardenal de Borbon es otro, la masa de los diez y seis otro, la duquesa de Montpensier forma el cuarto, Enrique de Navarra el quinto, y el Valois el sexto. Ya veis que no cuento ni al Papa, ni al español Felipe II; por consecuencia, vuestra respuesta no es categórica; sois, no obstante, Mr. de Clermont, oficial y noble sin duda... esto es lo importante; pues bien, Mr. de Clermont, ¿cómo encontráis esta campaña? Deliciosa, ¿no es verdad?

—Convengo en que lo será; pero dejadme disfrutar de ella alojando vuestros dedos que se clavan en mis brazos como dos tenazas.

—¿Os lastimo, por ventura?

—Por ventura, no señor; por desgracia me estais destrozando los brazos.

—Pues no me habia apercibido.

—¡Ay... ay... ay!... Por favor, caballero, ¿os agradan los prisioneros mancos? Ved lo que haceis; si me rompéis un brazo, mi rescate será ménos crecido.

—Basta entenderse; ¿es decir, que os entregais á discrecion?

—¡Buena pregunta! Cuando hace una hora que estoy sujeto por tenazas y conducido no sé á dónde ni por quién.

—Pareceis aficionado á las respuestas ambiguas; ¿os entregais bajo vuestra palabra, sí ó no?

—Sí, me entrego bajo palabrai ¡Soltadme por todos ios santos!

—Eso es hablar como Dios manda, dijo el normando abriendo sus manos. Caballero, ¿qué tal es vuestra fortuna? Manifestádmela en cifras claras y no reñiremos por unos doblones más ó menos.

Clermont se rascó la oreja, y dijo:

—Por el pronto tengo dos fortunas.

—Mucho mejor, mucho mejor; así tuviérais tres; la primera...

—La primera es la ménos considerable.

—Asciende...

—A doscientos mil escudos en bienes raíces, á saber: una selva y un castillo.

—¡Bravo: ¡Bravo! como dicen los italianos.

—Sí, pero el castillo está confiscado por Mayena.

—Eso es lo malo; lo que Mayena pilla no lo suelta. La selva.

—En cuanto á esa está ardiendo hace ocho días, porque Mr. de Aumale la mandó pegar fuego para vengarse de la derrota que sufrió ante los muros de Senlis.

—¡Entonces, caballero, estais arruinado! ¿Qué me podeis ofrecer con vuestros doscientos mil escudos?

—¡Arruinado! ¿Vos creéis que Mayena se quedará para siempre con mi castillo? ¿Que mi selva no se volverá á poblar?

—Sois filósofo; yo soy positivo. Pasemos á otros bienes.

—Mi segunda fortuna es colossal.

—Enhorabuena; en metálico, ¿eh!

—De todo hay.

—¡Cómo de todo!

—Soy el primero de los favoritos del Rey.

—¡Bsh! ¿Y qué más?

—¿Y es eso todo?

—Sois difícil de contentar.

—¡Y vos sois divertido! Veo, Mr. de Cler-

mont, que he hecho mala presa con vos. No teneis dinero ni cosa que lo valga, y lo que yo he de sacar de vos no bastará á pagar la misa de mi entierro.

—Creed que cuando el Rey esté en el Louvre...

—Cuando el Rey esté en el Louvre y Mr. de Mayena no lo esté... Vaya... vaya. A la verdad, no sé qué hacer de vos; no me servís más que de estorbo.

—En ese caso devolvedme la libertad.

—¡Buen remedio! No tal: os conduciré á Paris, donde á falta de dinero me dareis un poco de honra. No respondo de que no os quemem.

—¿Vos creéis...

—Es una presuncion...

—Nada lisonjera, por cierto.

—¡Soy de vuestra opinion! Pero vuestra cautividad escusará en parte mi conducta, y creed que no me disgusta encontrar un medio de disculparla.

—En efecto, teneis un modo extraño de pelear.

—¿Verdad que sí?

—Me ha sorprendido.

—Y á mi tambien.

—Esplicáos.

—Para qué... Vamos, Pompeyo, amigo un poco de trote, ya es tiempo de llegar.

—Teneis un caballo magnífico, monsieur de... de... ¿Vuestro nombre?

—El baron de La Gazette.

—Bonito nombre, á fé mia.

—Lo será más dentro de poco.

—No lo dudo; ¿á dónde vamos de este trote, baron?

—A Paris, os lo he dicho.

—¿Os empeñais absolutamente?

—¡Absolutamente!

—Vaya por Paris; no siento volver á visitar mi ciudad favorita... ¿Pero haremos alto en alguna parte?

—Al punto.

—¿Y dónde, si no es indiscrecion?

—¡En mi casa! replicó con énfasis el normando.

La Gazette tomó entonces una senda de travesía; al cabo de una media hora, Clermont, que venia guardando un profundo silencio, lanzó un suspiro.

—¿Qué teneis? preguntó el normando.

—Nada, ó casi nada; un recuerdo que me aflige.

—¿Veis aquellos torreones que destacan en el fondo de verdura?

—¿Pardiez? ¡si los veo! Hace un rato que no miro más que á ellos.

—Pues allí es adonde vamos.

—¡Bah!

—A mi casa.

—¡Eh!

—¡A mi casa, á mi castillo, mi baronía, mi futuro ducado!

—¿Qué cuento me venis á urdir?

—¿Cuento decís?

—Ese castillo con cuatro torreones, cercado de castaños y de acacias; ese parque...

—¿Y bien?

—¿Es esa vuestra casa?

—La misma.

—¡Voto á mil diablos! esa es la mía.

—¿Vuestro castillo confiscado?

—¡Eh! basta de chanzas. Mi castillo de Dourdan heredado de mi tío el marqués de Longjumeau.

—Preguntad á Mr. de Mayena si no le he pagado por él sesenta mil escudos.

—Lo siento por vos: ya conocéis aquel proverbio: «Cada uno toma lo suyo donde piensa que lo encuentra.»

—Mr. de Clermont, seréis descuartizado por cuatro caballos en cuanto llegemos á Pa-

trs: ahora no lo pongo en duda, os quemarían y...

—Comprendo.

—Vuestra será la culpa: vos sois inteligente y no os digo más. Hemos llegado; mis criados salen á mi encuentro; en mi castillo teneis una magnífica habitacion preparada, mi querido huésped.

Clermont saltó á tierra con viveza, mientras La Gazette, servido por cuatro lacayos, descendía del caballo con toda la importancia de un príncipe rodeado de sus vasallos.

—Si quereis seguir á ese criado, dijo el normando á su prisionero, él os conducirá á vuestra habitacion, y en cuanto hayais refrescado vue tro traje daremos un paseo por mis jardines: despues cenaremos, dormiremos, y mañana al ser de día continuaremos á Paris, donde lo que os aguarda no es divertido.

Clermont se armó de resignacion, y se separó de su huésped saludándole. En su habitacion encontró un traje elegante, esencias, perfumes y todo un lujo sibarítico, lo que neutralizó completamente su mal humor de prisionero. Cuando volvió á reunirse con el nuevo señor de sus dominios, habia recobrado su buen humor ó se habia por lo ménos propuesto aparentar que le tenía.

El baron de La Gazette; este titulo agradaba tanto al aventurero, que le tomaba por anticipado; estaba en su gran salon envuelto en un túnico de raso de ramajos y gorro con plumas sobre la oreja haciendo justicia á algunos de sus arrendadores; los que reconociendo á Clermont por su antiguo señor le saludaron profundamente, homenaje que desagradó completamente al nuevo poseedor.

—¿Cómo encontráis esta habitacion? mi querido Mr. de Clermont, dijo.

—Perfectamente: ¿cómo no lo he de encontrar bien, si no habeis cambiado ni aun mis retratos de familia?

—Sí... todos esos retratos hacen bien, y los dejo hasta que me hayan enviado de Normandía la coleccion de mis abuelos. Solo entonces los cambiaré.

—Ehorabuena; vengo á buscaros para que demos un paseo por mí.... por vuestro.... parque.

—Ehorabuena; pero hacedme el gusto de no ver aquí nada que os pertenezca, ó devolvedme mis sesenta mil escudos.

—¡Gran Dios! ¡qué bellísimas fuentes, señor baron!

—¿Y qué decís de esos bosques de follaje?

—Que quisiera pasar en ellos mi vida.

— ¡Pardiez! pues no vais á hacer otra cosa: pensadlo bien: os quedan cuarenta y ocho horas de vida: mañana no perteneceréis ya á este mundo, y hasta mañana permaneceréis aquí... por consecuencia pasáis el resto de vuestra vida.

— Es verdad... ¡Ah! ¡qué magnífico vergel! ¡qué magnífico césped! habeis comprado todo esto por un pedazo de pan, baron; y Mr. de Mayena no es tan tirano como quieren decir.

Despues de un paseo que desgraciadamente no podemos seguir, y durante el cual la urbanidad un poco burlona de Clermont rivalizó con la falsa importancia de La Gazette, este condujo á su huésped á un magnífico salon donde no tardó en servirseles una esquisita cena.

— ¡Baron! dijo el prisionero fijando su vista en el rico servicio y en las lujosas libreas de los criados: las tierras de Dourdan no rentan ni la cuarta parte de lo que vos necesitáis para sostener este lujo. Debeis ser muy rico.

— No soy enteramente pobre.

— Creo que mi fortuna es al lado de la vuestra lo que una gota de agua en la mar, y siendo así, no vees por qué no me devolveis mi libertad gratis.

—¡Qué quereis! Es por no faltar á mis principios; no se debe descuidar el oficio.

—Hay medio de conciliarlo todo: escuchadme.

—Escucho.

—¿Os encontráis bien en este castillo, no es verdad?

—No se puede estar mejor; no ambiciono más.

—¿Y no teméis que os le confiscuen, como me ha sucedido á mí?

—No abrigo tal temor.

—¿No creéis que alguien podría arrabataros estas tierras?

—El diablo solo.

—¿Y el Rey?

—¿Qué Rey?

—El Valois.

—El diablo y el Valois forman uno solo.

—Sea; pero si el Rey vuelve á Paris, yo volveré á este castillo, y entonces vos...

—No hablemos de vos, querido: mañana á estas horas estareis ardiendo.

—Corriente; pero yo tengo herederos.

—¿Teneis herederos?

—Infinitos; y el rey Santan ó el Valois, como queráis llamar á S. M., restituirá más bienes á mi familia.

—¡Cómo, cómo! vos creéis...

—Creo que en lugar de conducirme al preboste de la liga, deberíais devolverme sano y salvo al ejército real, y en cambio de esta generosidad yo os abandonaría por escrito la posesión de estos dominios.

—¡Hablaís de perlas! mi querido amigo, acepto. Vamos á concluir al momento este negocio. ¡Hola! llamad á mi intendente, que nos traiga su escribanía.

Clermont escribió y firmó su renuncia de aquellas tierras en favor del baron de La Gazette y ambos contratantes brindaron por su mútua salud con escelente Jerez.

—Monseñor, dijo un criado entrando en el salon: tres damas que viajan á caballo, acompañadas de tres criados, acaban de entrar en el patio del castillo y desean hablar á vuestra gracia.

—¡Tres damas! ¿Se han nombrado?

—Una de ellas nada más: se llama la marquesa Fabiani.

—¡La marquesa Fabiani! exclamó el favorito de Enrique III. ¡Qué singular encuentro! ¿De dónde conocéis á esa dama, baron?

—De Venecia, ¿y vos?

—De Beaugency: decidle que teudré una

satisfacción en ofrecerle mis servicios, y si los rehusa, como es probable, añadid que tengo que darle noticias interesantes y recientes del caballero de Pampelonne.

La Gazette salió encontrándose con las tres damas que le habían anunciado. La marquesa y Venecia se habían descubierto el rostro: la tercera dama permaneció encubierta.

—He sabido que este castillo os pertenece, baron, dijo la marquesa, y como nuestros caballos estaban fatigados, y la noche oscura, he venido á que nos deis hospitalidad hasta mañana.

—Todo está aquí á vuestras órdenes, señora; y si quereis, pasad á este salon mientras se preparan vuestras habitaciones...

—Gracias, pero no os molesteis mucho por nosotras: una habitacion para Venecia y para mí: otra para esta dama; avena para nuestros caballos, y nada más.

—Ya lo habeis oido, señor intendente, dijo La Gazette volviéndose al suyo que salió al punto á ejecutar estas órdenes.

—Despues tengo que hablaros, continuó la marquesa: pasareis media hora á nuestra habitacion.

—Todo el tiempo que os agrade. Cuando habeis llegado, cenaba con un noble católico,

un prisionero que hice esta mañana en Bonneval, á quien vos debeis conocer, porque me ha dicho que Jesúaba ofreceréis sus respetos.

—¿Su nombre?

—Mr. de Clermont, un delicioso original.

—¿Mr. de Clermont? En efecto, murmuró la Veneciana, conozco ese nombre, pertenece á uno de los favoritos de... no quiero verle.

—El habia previsto ese rigor, y me ha rogado que os dijese que tenia que daros noticias interesantes de Mr. de Pampelonne.

A este nombre, las tres mujeres se estremecieron; la encubierta fué la primera que se dominó, fijando en sus dos compañeras, y principalmente en la marquesa, una mirada inquieta, recelosa.

—¿Qué venga! repuso vivamente la Veneciana, le aguardamos.

La Gazette salió á buscar á Clermont.

—Perdonad, señora, dijo la marquesa á la otra dama, si os detenemos haciéndoos presenciar incidentes que no pueden tener para vos el menor interés.

—No os cuideis de mí; obrad como si yo no estuviera, y si os estorbo, me retiraré.

—De ningun modo: quedaos.

Clermont entró, saludó á las tres damas

con una inclinacion, y dirigiéndose á la marquesa dijo:

—Vos habreis comprendido sin duda que al solicitar el honor de seros presentado, trataba de reparar mis faltas y merecer vuestra indulgencia.

—Recibo vuestras disculpas y olvido el ultraje; pero me habian dicho que teniais que darme noticias de Pampelonne.

—Es verdad, señora; nadie puede hablaros de él mejor que yo, que bajo un rencor pertinaz, le profeso una estimacion verdadera; ya comprenderéis señora, que despues de la escena en que os prestó auxilio, se habrá derramado mucha sangre.

—Sí, lo comprendo... ¿pero á Mr. de Pampelonne le ha sucedido alguna desgracia? responded por favor.

—Señora, el caballero ha muerto á Mr. de Lansac y me ha desarmado á mí.

—¿Y él no está herido?

—¡Ni un arañazo! su testigo Mr. de...

—No quiero saber más: os doy gracias. Las noticias que me habeis dado reaniman, consuelan mi espíritu. Si volveis á ver al caballero ántes que yo, decidle que mi reconocimiento iguala á mi admiracion; que el servicio que me ha prestado en Beaugency, así como

el que me prestó en Angeres, no se borrarán nunca de mi memoria. Baron, vuestras gentes aguardan, no quiero entretenerlas más; conducidme á mi habitación.

—Señora, os deseo todo el reposo de que teneis necesidad.

—¡Seguidme! murmuró rápidamente la dama encubierta al oído de Mr. Clermont, mientras La Gazette salía dando el brazo á la marquesa, seguidos de Venecia y de dos criados.

Cuando la otra dama encubierta hizo entrar sigilosamente á Clermont en su cuarto, descubrió su rostro, quedando él sorprendido de tanta hermosura.

Era Mme. de Fresne.

X.

La idea fija de Clermont.

Mme. de Fresne era siempre la hermosa rubia, cuyo retrato hicimos al principio de esta historia; no obstante, su rostro estaba algo más enjuto, y sus ojos algo más hundidos, sin que por eso hubiesen perdido su viveza provocativa, su languidez insinuante, ni los rayos de fuego, según el pensamiento de cólera ó amor que querían expresar.

Llevaba un traje de camino de color sombrío, pero que á despecho de su severidad dejaba comprender la preocupacion constante de la mujer elegante; todo en él parecía más aju-

tado á la vanidad que á lo propio. Mme. de Fresne, desde que la hemos perdido de vista, habia hecho lo posible por olvidar á Pampelonne, pero ni aun en medio de su agitada vida, habia podido vencer su orgullo herido que habia provocado un odio mortal á su infiel caballero.

Entregado á una vida azorosa é inquieta, Mr. de Pampelonne no era de esas gentes que se encuentran en cuanto se quieren buscar, y la viuda de Fresne, así como el sobrino de Halot, no habian podido dar con nuestro caballero. Mme. de Fresne, á quien sus caprichos amorosos colocaban tan pronto del lado de la liga, como del lado del Rey, estaba en Beaugency cuando la llegada de la marquesa, y como el duelo de Pampelonne habia dado tanto que hablar, Mad. de Fresne se puso en persecucion de aquellas dos damas, por quien tan valientemente se habia portado el caballero, suponiendo con razon que no tardaria éste en reunirse á las viajeras, tropezando de este modo con él.

Habiendo alcanzado á la marquesa y Venecia en las cercanías del castillo de Dourdan, habia rogado á las italianas que la admitiesen en su compañía afirmando que se moria de miedo en aquel pais lleno de soldados por to-

das partes. Prudente en todo, había podido conservar su máscara para evitar el encuentro con ciertas gentes que ya la habían perseguido y podrían molestarlas, inventando para todo esto una historia que la marquesa creyó, compadeciéndose de aquella pobre abandonada y ofreciendo acompañarla á Paris, puesto que ambas se dirigian al mismo punto.

Mad. de Fresne se había, pues, unido á la marquesa, y para desempeñar mejor su papel, se había guardado de hacer preguntas indiscretas, esperando deber á la casualidad las explicaciones que anhelaba.

El encuentro con Mr. de Clermont le había parecido de maravillosa oportunidad, citándole á su habitación, donde para fascinarle más había descubierto su rostro, mostrando á los ojos admirados del cortesano todas sus gracias de sirena.

—Mi proceder dejará de pareceros extraño cuando sepais que me impulsa un interés más caro, murmuró.

—Yo no he tenido ni la más remota idea de interrogaros. Todo noble francés se debe al servicio del sexo á quien sirve de rodillas, y soy harto dichoso con mi papel en este momento para pensar en pedir os cuentas.

—Os creo por vuestra palabra, caballero;

asi, sin más preámbulos, puesto que vuestra delicadeza se adelanta á mis deseos, decidme lo que sabéis del caballero de Pampelonne, de quien hablábais hace un instante. Creo que es un caballero calvinista, ¿no es cierto?

—Si tal, pero lo que puedo deciros se reduce á pocas palabras; que es enamorado como Cupido, valiente como un leon, ingenioso como cuatro, y que le quiero con toda el alma.

—¡Ah! ¿Le quereis? dijo Mme. de Fresno con una sonrisa irónica.

—Tanto como se puede querer á un hombre á quien se espera matar en breve.

—¡No os comprendo!

—Mr. de Pampelonne y yo estamos empeñados en un lance, y aunque profese á mi adversario grande estimacion, debéis suponer que me tengo á mi en bastante estima para desear salir vencedor, porque la derrota es la muerte.

—¿Y de qué ha nacido ese lance? me interesais.

—La noche última, dos mujeres cayeron por casualidad en una emboscada de doce aturdidos de buenas casas... yo era uno de ellos: las dos damas fueron tratadas con poca atención... llegaron cuando acabábamos de beber,

de jugar... estábamos alegres y no en nuestro cabal juicio, y á la verdad ningun bicho en los bosques se encontró más de cerca acosado por el cazador que lo estuvieron aquellas dos pobres prisioneras: estaban sin refugio, sin defensa, cuando apareció el caballero de Pampelonne... Ya adivinareis lo demas.

—¡Lo adivino! pero continuad: una de esas damas era la marquesa Fabiani.

—Y la otra esa hermosa jóven que la acompaña. Mr. de Pampelonne, despues de haber saludado humildemente á la marquesa, nos declaró que la tomaba bajo su proteccion, y nos desafió. ¡Doce duelos provocaba en uno! Aceptamos, y principió el combate... Me permitireis no entrar en detalles, porque no nos favorecen mucho. Básteos saber, que tres de mis amigos murieron en el acto; que el cuarto habrá muerto á estas horas, y que yo tenia la espada en la mano, cuando una orden del Rey nos envió á pelear contra el baron de La Gazette, en cuyas manos he caido prisionero. Ya veis, señora, que á menos de tener un alma mezquina, debo estimar á un amigo tan valiente, y á menos de ser un cobarde, debo desear reñirme á él y matarle en memoria de mis compañeros.

—¡Y creéis que Mr. de Pampelonne se haya

lanzado cual caballero andante á la defensa de esas dos damas sin conocerlas?

—¡Bah! lcs caballeros andantes no los hay ya más que en los libros; era preciso haber visto la mirada de Mr. de Pampelonne al reconocer á la marquesa, y haber presenciado sobre todo la insolencia de su provocacion. Basta sobre todo haber admirado ese duelo desigual para estar convencido... yo apostaría mi cabeza que Mr. de Pampelonne es el amante, harto dichoso, á fé mia, de la hermosa marquesa en cuya compañía viajáis.

—¡No estais seguro! repuso Mme. de Fresne con impaciente vivacidad.

—Que la Montpensier no sea quemada, que Mayena no se vea decapitado, que los diez y seis no los cuelguen, ni yo ponga nunca los piés en el Louvre, si me engaño.

—Pues bien, caballero, repuso brusca mente Mme. de Fresne, mis votos sostendrán vuestra espada en el combate. ¡Dios será con nosotros! os doy gracias por vuestra comunicacion: si teneis necesidad en cambio de mí, para poder ajustar vuestro rescate, hablad.

—Ya lo he tratado con el baron, señora, y estoy libre; vuestra bondad me confunde.

—Si la suerte de la guerra os es contraria,

acordaos de mí: el prior de los Jacobinos os dirá quién soy.

Mme. de Fresne saludó, y Clermont salló de la estancia haciendo cortesías y diciéndose á sí mismo, si no era un majadero al batirse en retirada en medio de la noche, y solo con una de las mujeres más lindas que habia encontrado jamás.

De reflexion en reflexion, de comentario en comentario; Clermont llegó ante la puerta de su habitacion, y como las fatigas que habia pasado desde la vispera habian abatido su afeeminada naturaleza, convino en que lo que mejor podia hacer, era acostarse y se acostó.

Durante la noche, Mme. de Fresne fué victima de violenta agitacion, paseándose por su cuarto, golpeando el suelo con su diminuto pié y formando en su imaginacion ardiente mil proyectos de venganza. Cuando el alba iluminó los cristales de su ventana, la encontró vestida y despierta como la habia dejado el crepúsculo anterior.

Entonces oyó ruido de pasos hácia su puerta y reconoció la voz de Venecia, que dirigiéndose á la marquesa decia:

—¡Querida madrina, esta tarde llegaremos á Paris á donde en breve irá él.

—¡Y yo tambien! murmuró Mme. de Fres-

ne herida en medio del corazón por estas palabras, como una gacela por el plomo del cazador.

Y se apresuró á reunirse á sus compañeras de viaje que la aguardaban en el salón.

Antes de pasar más adelante, debemos dar cuenta de lo que habia pasado entre el nor-mando y la marquesa en la entrevista que ésta habia pedido á su huésped.

La Gazette habia entrado en la habitación de la marquesa con aire triunfante: al verte marchar con la cabeza erguida, la frente alta, jugando con una mano con la cadena de oro de un magnífico puñal, y con la otra con los cordones que tenia su largo túnico, se le hubiera tomado por un príncipe en cuanto á la fortuna y por un héroe en cuanto á la arrogancia.

Venecla sonrió á pesar suyo y ofreció una silla al aventurero.

—¿Y bien, baron? repuso la marquesa con tono afectuoso y protector. Contadnos lo que habeis hecho desde que no nos vemos. Según las apariencias, nuestras condiciones no han sido fielmente observadas.

—¡Por todos los santos del cielo, señora! Ningun cristiano viejo ha cumplido mejor su

palabra, y quiero, si no es así, ser quemado en este mundo y en el otro.

—Pues y ese prisionero, ¿quién le ha hecho?

—Os juro por mi vida que se ha hecho él solo.

Y La Gazette refirió entonces todo lo acaecido en el combate, terminando así:

—Ya comprendéis que para proceder de este modo me he achicharrado la sangre; veinte veces he tenido el brazo levantado para quitar de en medio á ese gascon, á ese Pampelonne, mi enemigo personal...

—¡La casualidad os ha salvado! interrumpió impetuosamente Venecia. Porque si hubiérais tocado á un solo cabello de Pampelonne os hubiera costado caro.

El normando volvió sus ojos asombrados á la gitana.

—Os prohibo en todas ocasiones ser hostil á Mr. de Pampelonne, dijo con aire de autoridad la marquesa.

La Gazette volvió entonces sus ojos á la Veneciana y murmuró:

—¡Ya lo creo que me lo prohibís! Sin esto no lo contaría ya ese mozo. ¿No hemos concertado esto al precio que vos sabeis, habiendo hecho yo para merecerlo un verdadero

milagro? Señora, no vacilo en deciros que no hay bsrón en Francia á quien haya costado su título un sacrificio semejante al mio.

—Pues bien, ahora os digo que no tendreis el pergamino que os haga baron, sino cuando hayais hecho todo lo contrario.

—¡Cómo! Perdonad, señora, perdonad, creed que tengo bastante clara mi razon, pero si abusais de ella de ese modo... decid...

—Digo, que en lugar de volver la espalda á los realistas, exijo que les ataqueis de frente y sustituyais el grito de «sálvese quien pueda,» con el de «adelante, adelante.»

—¡Misericordia! ¡Y para eso me habeis hecho perder tan magnífica ocasion? ¡Hablais ahora con formalidad? ¡Vuestra política es estraña!

—¡Qué os importa?

—Perdonad, me importa mucho. Si el Valois vuelve al Louvre, pierdo las garantías que me aseguraba nuestro tratado.

—No perdereis nada en ese cambio de papel; ¡contad conmigo! Si la liga debe en parte á vuestro valor la derrota del tirano, os hará duque, par, todo lo que querais.

—Despues de todo eso me gusta más eso de hacerme derrotar por el enemigo... ¡Pero

la suma de cien mil escudos queda siempre en pié?

—Siempre.

—¿Y vuestro palacio de Venecia tambien?

—¿Dudais de mi lealtad?

—No tal; pero como se dice que las damas son volubles, ya comprendeis...

—Mi resolucion esta vez es irrevocable; creo que sereis tan amable que nos escoltareis hasta Paris.

—¡Ya lo creo! Deseo solicitar una comandancia en la cual repare el tiempo perdido.

—La tendreis.

—Pero, señora, ¿tan poderosa sois en nuestro país?

—El tiempo os lo dirá.

La Gazette se retiró; las dos viajeras, despues de formar mil proyectos fundados en sus esperanzas, cedieron al sueño, la marquesa en un sillón, y Venecia en un taburete con la cabeza sobre las rodillas de su señora. El diálogo que precedió al sueño, será un misterio para el lector, únicamente le diremos que Venecia depositó en el corazón de su madrina el secreto que guardaba en el suyo, y que en su sueño aquellas dos mujeres soñaron la una con amor, la otra con venganza.

La Gazette, aprovechando el silencio que

reinaba en el castillo, bajó sigilosamente á visitar un escondite practicado en el espesor del muro de una cueva, y allí acariciando con su mirada impregnada de ternura los diamantes de la gitana, exclamó suspirando:

—¡La casualidad os acerca con harta frecuencia á aquella á quien perteneceis! ¿Pero tan descontentos estaríais de este nuevo amo, que os quiere, os guarda, os acaricia? ¿Consentiríais en abandonarle?

Y al hablar así el normando tenia casi lagrimas en los ojos; aquel hombre era solo sensible cuando descendia á su cueva, y fijando la vista en su tesoro se imaginaba que podría perderle.

El alba despuntaba apenas cuando La Gazette estaba armado de punta en blanco y dispuesto á montar. Mientras se disponian los caballos de las tres damas y sus escuderos, La Gazette se encaminó á visitar á su prisionero, al que tuvo necesidad de mover violentamente porque dormia á pierna suelta.

—¿Qué pasa? ¿Qué teneis? murmuró Clermont sin abrir los ojos.

— Vengo á deciros que me voy, monsieur de Clermont.

—¡Pues buen viaje! Yo me quedo y duermo.

—¡Me fio en vuestra lealtad, en vuestra palabra, en vuestra firma!

—Cualquiera de esas tres garantías bastaría á un turco. ¿Vos sois más que un turco, señor baron?

—Os lo he probado.

—No mucho.

—¿Cómo no mucho? ¡Y os dejo escapar gratis!

—¿Gratis? ¡Pardiez! ¿Y mi castillo? murmuró Clermont, acomodándose mejor sobre la almohada.

—¡Vuestro castillo! Un poco aventurada es la frase.

—¡Sea! El castillo es vuestro, yo soy vuestro, el globo entero os pertenece; pero mi sueño es mio. ¡Con mil diablos, dejadme dormir!

—¡No teneis un despertar muy dulce que digamos! Mr. de Clermont, os dejo en mi castillo, disfrutad de él como os plazca, y si, como estoy léjos de creer, las tropas reales viniesen por aquí, haced respetar mis árboles y mis plantas.

—¡Bien, bien! Buenas noches. Soy vuestro mayordomo en jefe... Cuidaré de vuestro corral, de vuestras cuadras, de vuestros establos... ¿Teneis algo más que mandarme?... Que el

cielo os bendiga y á mi tambien... Agur... Ya no digo nada.

La Gazette salió sonriendo; á su parecer habla dado un golpe maestro estableciendo tan buena guarnición en su castillo; su manera de obrar para con el prisionero era la de un gran señor; su hospitalidad magnífica servía á sus propios intereses.

Al oír resonar los caballos que partían, el favorito del Rey se incorporó, y dirigiéndose hácia el camino que debieron haber tomado los viajeros, murmuró con gravedad cómica:

—¡Pardiez! mi querido baron, ya que me habeis dejado por dueño aquí, vcy á vivir como un sardanápalo, y en tres dias me voy á comer vuestro castillo desde la cueva al granero. Los bosques, los prados, las viñas, ¡todo pasará!

Y volviendo á acomodarse en la almohada, Clermont se entregó de nuevo á un sueño dulce, tranquilo, como si hubiera estado en su propio lecho, y el castillo de Dourdan con su parque, sus fuentes, sus granjas, sus pájaros y sus flores, no hubiera cambiado de dueño.

A cosa de mediodía, Clermont se hizo vestir, dirigiéndose á pasear bajo la calle de castaños que adornaba la entrada del castillo.

No había dado cien pasos, cuando percibió dos caballeros montados que adelantaban hacia él entre una nube de polvo.

Aquellos dos hombres llevaban delante y detrás enormes fardos, que les daban la apariencia de mercaderes ambulantes.

Clermont aguardó, y cuando les tuvo cerca exclamó para matar el tiempo:

—¿Qué lleváis ahí, buenas gentes?

—Una franca carcajada respondió á estas frases.

—¡Gran Dios! exclamó uno de los fingidos mercaderes. ¡Qué dichoso encuentro!

—¡Mr. de Pampelonne! murmuró Clermont. ¡La alegría me ahoga!

—Tengo el honor de saludaros, repuso laconicamente el otro viajero.

—¡Mr. de Gourdon! repuso Clermont; ¡qué dicha! Señores, echad plé á tierra; deseo daros un abrazo á cada uno.

Pampelonne y su amigo abandonaron sus indignas cabalgaduras y estrecharon la mano de Clermont.

—Pero sois el diablo. ¿Dónde habeis adquirido esos trajes raidos? ¿ese aspecto de honrados mercaderes? ¿De dónde venís? ¿á dónde vais?

—Decidnos ántes en casa de quién estamos.

—Estais en el castillo de Dourdan: estais en mi casa; es decir, esto no es enteramente exacto; pero os encontrareis como ea mi casa, ó más bien, como en la vuestra.

—¡La Providencia nos protege! dijo Pampelonne. Ella sin duda ha puesto este castillo en el camino de Paris, adonde vamos.

Todos los criados del normando acudieron á la voz de Clermont, que habiendo ya pedido para él un festin de lúculo, dió nuevas órdenes al mayordomo para hacer mejor los honores á los huéspedes.

—¿Por qué casualidad no estais muerto ó prisionero? preguntó Gourdon.

—Porque el ente original que de un modo tan gracioso me sacó del campo de batalla, me condejo en derechura á estos dominios, que á pesar mio le pertenecen.

—¿Cómo! exclamó Pampelonne. ¿Estoy en casa de La Gazette?

—¿Conoceis al señor baron?

—¿Qué baron?

—¡El baron de La Gazette, pardiez!

Gourdon y Pampelonne soltaron la carcajada.

—Señores, ¿á qué viene esa risa? ¿me lo quereis decir? No veo nada extraño en lo que digo.

—Vuestro La Gazette no es más que un estafador, un aventurero, repuso Gourdon.

—¡Un tunante! ¡Un lacayo! ¡Un canalla, digno de saco y de cuerda! añadió Pampelonne.

—¿Es decir que me han engañado?

—Mucho lo temo.

—Me ha engañado él, y me han engañado ellas.

—¿Quién son ellas?

—¡Pardiez! Esta noche pasada, aquí mismo, la hermosa Veneciana, causa de nuestra querella, la marquesa Fabiani ha llamado delante de mí á vuestro La Gazette, señor baron.

—¿La marquesa está aquí? exclamó vivamente Gourdon.

—Ya no está.

—¿Y su compañera, la otra veneciana? exclamó tímidamente Pampelonne.

—Estaba tambien: ambas han salido para Paris acompañadas de otra dama, que á fé mia no las desmerece. ¡Es hermosa como un ángel! Las escolta el baron.

—¿Y esas damas llamaban por su título á La Gazette?

—Cierto.

—¡Caigo de mi altura! dijo el caballero mirando á su amigo.

—Nada me asombra; ese aventurero ha pasado ya por su padre.

—En fin, todo eso no nos importa, repuso Clermont; demos un paseo mientras nos preparan la comida: caballero, os diré en confianza, que una de las tres damas se interesa por vos.

—¡Bah! repuso el caballero afectando indiferencia.

—Pero no es la que pensais, sin duda, añadió Clermont.

—¡Eh!

—¡No es la marquesa!

—Así lo creo, dijo Gourdon.

—¿Os agrada, eh?

—Es la otra.

—¿Qué otra?

—No sé su nombre; pero he visto su rostro, y lo que es por él os felicito.

—¡Explicaos!

Clermont refirió entonces su conversacion con la hermosa viuda.

—¿Y le habeis dejado creer que amo á la marquesa?

—Así lo creia.

—Si, es natural, pero hacedme el retrato do esa hermosura.

Clermont hizo un retrato tan apasionado,

tan poco veraz, que hubiera sido preciso ir á buscar el modelo al cielo, inventado por el profeta, entre aquellas vírgenes que aguardan la resurreccion de los justos, adornadas de una juventud eterna.

Pampelonne entonces dió rienda suelta á su lengua, variando de asunto la conversacion.

—Señores, dijo Clermont parándose bajo una alameda de acacias que embalsamaban su parque: ¿cómo encontráis esto?

—¡Encantador!

—¡Delicioso!

—¡Esa es mi opinion, y Dios lo ha hecho sin duda para nosotros! Ved: bajo esta hermosa arboleda puede uno afirmar los plés, y sin que el sol hiera la vista, avanzar ó retroceder, parar un golpe y tirarse á fondo... ¡no hay sol, no hay polvo, no hay piedras!... En los tiempos en que yo era aquí el amo, no pasaba jamás por esta alameda sin pensar que mi mausoleo estaria aquí bien colocado; pero como no soy egoísta, le cederia de buen grado á cualquiera de vosotros ó á los dos juntos. Creo que para el sueño eterno no se puede hallar lugar más oportuno.

—¡Qué poético estais! repuso Pampelonne sonriendo.

—Qué quereis, soy algo poeta; hé aquí por qué no puedo mirar sin conmoverme la fresca enramada, ni oír con indiferencia el canto del ruiseñor ó el susurrar del arroyuelo: á ese arrullo me dormiria de buen grado hasta el día de la resurreccion.

—¡Qué ideas tan fúnebres teneis!

—¡Bah! siempre hay algo alegre, aun en las cosas más tristes.

—¿A dónde quereis ir á parar?

—A nuestro lance pendiente, caballero.

—¡Cómo! ¿Todavía pensais en ello?

—¿Qué si pienso? ¿En qué habia de pensar si no fuera en esto? ¿No es la idea fija de los tres?

—En cuanto á mi idea fija, repuso Pampelonne, no es otra en este instante que sentarme á la mesa.

—Cierto, repuso el vizconde, estamos un poco débiles.

—Como os agrade, señores; mi principal objeto es que paseis bien vuestros últimos momentos: os estimo mucho y os tengo por lo que sois, por valientes camaradas.

—Creo que nos llaman á comer: vamos á hacer les honores á la cueva del nuevo señor baron.

—¿Con que este sitio, dijo Clermont deteniéndose despues de haber dado algunos pasos, os parece á propósito? ¿Os conviene?

—Tanto que volveré á él con gusto dentro de una ó dos horas, dijo Gourdon.

—¡Magnífico! A ver si por fin arreglamos nuestras cuentas, dijo Clermont dirigiéndose hácia el castillo.

La comida que ofreció Mr. de Clermont á sus huéspedes fué succulenta; los vinos más estraños llenaron las copas de los convidados, y la más franca alegría animó su conversacion.

—Vamos, dijo de repente Clermont levantándose de la mesa; hace dos horas que comemos y bebemos, ya es tiempo de pensar en otra diversion: advierto, señores, que no tenéis espada, tomad en esas manoplias las que os agraden, y volvamos al parque.

—Ordenad que nos ensillen nuestros caballos, repuso Pampelonne con imperturbable aplomo; hace tiempo que deberiamos estar en marcha.

—¡Cómo! ¿Qué decis? repuso Clermont estupefacto.

—Amigo mio, añadió Gourdon, nuestro tiempo no nos pertenece, ni nuestra vida tampoco.

—¡Explicacs!

—Estamos encargados el vizconde y yo, dijo Pampelonne, de una mision urgente y delicada, y ya comprendeis que no hemos de esponernos á engañar la confianza de los dos reyes, batiéndonos por nuestro interés particular. Dilatemos nuestro lance para dentro de unos dias... ¡Qué diablo! teneis el humor demasiado belicoso, y como debemos una explicacion categórica á un huésped tan galante como vos, añadió Pampelonne, os diremos que vamos á Paris á ganar al jefe de una de las puertas de la ciudad; ya veis que la mision es de toda confianza.

—¡Qué lástima! no encontraremos otra ocasion mejor, murmuró Clermont.

—Vos no teneis deberes que llenar aqui: S. M. católica Enrique III estará dentro de algunas horas en este castillo, y vos teneis que hacerle los honores.

—¡Ehorrabuena! Eso me distraerá: voy á entretenerme en arruinar á La Gazette, voy á saquear su castillo... no obstante, respetaré el sitio elegido para nuestro lance; cuento con vuestra actividad, despachad lo más pronto posible esos asuntos del Rey... ¡Tengo deseo de ver levantarse aqui un sepulcro gótico! ¡Qué blén estará!... Hola, añadió volviéndose

á los criados, preparad los caballos de estos señores, y disponeos vosotros á preparar el castillo para hacer al Rey la acogida que le debo.

Ambos amigos continuaron su camino.

—¿Habeis visto un hombre más chistoso? dijo el caballero á Gourdon.

—¡Es original!

—Cierto; pero uno ú otro nos vamos á ver obligados al fin y al cabo á matarle, en lo cual tendré un sentimiento.

—El se habrá tenido la culpa.

—Sí, porque no entiende de rehusar. En fin, dejémosle y hablemos de nuestros amores.

Mientras los dos viajeros formaban mil proyectos para el porvenir, Clermont hacia disponer el castillo de Dourdan, removiéndolo todo para hacer una acogida digna de príncipe á su Rey.

Esta acogida costó muy buenas sumas al baron.

XI.

Odio.

La duquesa de Montpensier habitaba en la calle de Tournon actual, en el palacio últimamente ocupado por un escuadrón de guardias republicanos. Este edificio, que ha cambiado tantas veces de destino desde los Guisa hasta hoy, era en 1589 una de las casas más suntuosas de París: el orgullo de los príncipes de Lorena les imponía crecidos dispendios y un fausto real, que si no estaba en armonía con su fortuna, sostenía su popularidad.

La duquesa, cuando la elevación de su hermano Mayena á la dignidad de lugar-teniente de Francia, se retiró á Pampelonne.

niente general del reino, se había trasladado al Louvre; pero si la vanidad le había aconsejado este paso, no por eso había prescindido de su casa y su barrio, en el que su presencia escitaba el entusiasmo popular, ocupando el Louvre solo en los días de ceremonia.

La duquesa estaba en su gabinete, porque esta mujer activa é infatigable, que manejaba la política como un hombre de Estado, dictaba á varios secretarios á la vez y trabajaba en los asuntos de la liga más que ninguno de sus jefes. La duquesa, sentada en un sillón de elevado respaldo, abría y leía rápidamente algunos despachos que acababan de entregarla, turbándola vivamente su lectura.

De plé y apoyado en el tablero de la chimenea, un religioso miraba con más familiaridad que respeto á la princesa; este hombre, que jugaba con las cuentas de un largo rosario suspenso á su cintura, era el reverendo P. Bourgoing, prior de los Jacobinos, uno de los actores más fanatizados de esta época siniestra, que muriendo descuartizado para expiar el asesinato de Enrique III, no lanzó un grito en la tortura, no sintió el menor remordimiento y exhaló el último suspiro maldiciendo la memoria del Valois y glorificando la del asesino.

El prior miraba á la duquesa con curiosidad, interrogándola de vez en cuando para saber lo que contenian los despachos.

—¡Un nuevo descalabro! exclamó la duquesa de Montpensier. Saveuse ha perecido y La Gazette ha sido envuelto por esos condenados, sin que se sepa lo que ha sido de él.

—¿Y el Valois qué hace?

—Segun este despacho, leed, padre, leed... Dentro de algunos días seremos sitiados por esos dos monarcas herejes.

Bourgoing tomó el despacho que le presentó la duquesa con mano trémula, y le recorrió rápidamente.

—Mejor, mucho mejor; el filisteo avanza en busca de su ruina. ¡Paris sitiado, el Valois es muerto!

—Yo soy menos crédula que vos, padre mio; el pueblo no sabrá mantener una larga resistencia: además, no tenemos provisiones para un sitio largo.

—Si tuviésemos, la guerra se prolongaría más de lo necesario: es fuerza que el hambre y la miseria impulsen al pueblo á buscar un pronto desenlace. Solo ella nos hará encontrar un fanático.

—¡No le hallareis! Todos estos ciudadanos son cobardes.

—Calumnias á mi querido Clemente, señora.

—¡Vuestro Clemente es un loco! No se puede contar con él.

—¿Puede él contar con nosotros?

—¿Lo dudais? Por mi parte sabeis que no hay sacrificio de que no sea capaz para deshacernos del tirano.

—Entonces respondo de Clemente.

—¿Le habeis visto desde ayer?

—Le veo á todas horas; su valor se sostiene, y desde la noche última está más animado que nunca: nuestra estratagema ha tenido un éxito feliz y está completamente fascinado: vuestra voz ejerce sobre él un poderoso imperio, y no dudo que al fin llegará al límite que deseamos.

—¿Qué os ha dicho esta mañana?

—Me ha contado su sueño: ha venido á buscarme á mi oratorio, se ha hincado de rodillas y me ha hecho una confidencia que para mí no tenia nada de nueva. Padre, me ha dicho, es preciso que descargue mi alma confiándoos los tormentos que la agitan. He soñado hace quince dias que libertaba á la Francia de su tirano, hundiendo un puñal en el seno de Enrique III: desperté sobresaltado: pasé la mano por mi frente empapada en

sudor, y caí de rodillas, pidiendo á Dios que me diese un sueño más tranquilo.

—Hijo mio, le dije, no desoigais advertencias que bajan de tan alto. ¿Habeis comunicado á alguien vuestro sueño?

—A nadie más que á vos.

—¿Y desde esa noche no habeis vuelto á ser visitado por el espíritu divino?

—Esta última noche dormía con un sueño pacífico, mi celda estaba cerrada, habia dicho mis oraciones con fervor, y sano de cuerpo y de espíritu, un sueño bienhechor habia cerrado mis párpados. De repente una voz dulce y armoniosa como si fuese un canto celeste, me despertó diciéndome estas palabras: «Elegido de Dios, arma tu brazo, salva á tus hermanos y lava las culpas del Valois en su propia sangre.»

—¿Estais seguro, le dije asombrado, de haber oído todo eso? ¡No será un nuevo sueño!

—No, padre mio, no era un sueño, estaba yo bien despierto: hay mas, esta voz no era nueva para mí, vibra sin cesar en mis oídos; siempre ha ejercido para mí una influencia fatal; siempre he tenido que huir de ella, porque me domina á pesar mio... Esta voz pertenece á una mujer, á un ángel quizá; pero que yo la he oído hablar que la conozco.

—Vuestro fanático, murmuró la duquesa, tiene ideas algo mundanas.

—Creo haberos dicho que su juventud ha sido tempestuosa; no obstante, el dominio que sobre él ejerce esa mujer es puramente espiritual; la cree un ángel enviado por Dios sobre la tierra para cumplir alguna estraña misión.

—¡Cosa singular!

—Aun no he concluido: la persona que sobre él ejerce tal dominio sois vos, puesto que vuestra voz ha sido la que ha reconocido esta noche.

—¡Oh, no! ¡Ya comprendo! ¡No es mi voz la que Clemente ha creído reconocer; no soy yo á quien Clemente cree ver y oír en sueños; es aquella mujer que en Etampes arrancó de las llamas la imagen del Rey, y que tiene una voz igual á la mía; ya recordais, aquella pobre loca de quién os hablé!

—Si así fuera, convendría buscar á esa mujer.

—¿Y dónde hallarla?

—¡Es preciso, es indispensable! Ella sola puede impulsar á Clemente al acto desesperado que nos salvará á todos; su exaltación es ya hermana de la locura; que la vea, que la

hable, y su fanatismo le arrastrará á todo. ¿quién es esa mujer?

—Ignoro su nombre, la creo italiana y me ha parecido tambien animada de un odio profundo contra el Valois: á juzgar por sus maneras, pertenece á un rango elevado. La buscaremos, y entre tanto que parece, continuaré yo el manejo que tan buen éxito ha tenido esta noche, volveré al convento, y vuestro fanático escuchará de nuevo la órden que le trastorna; ya que mi voz providencialmente es á sus oídos mensajera de Dios, no veo por qué no nos hemos de aprovechar de esta casualidad. Todo esto parece una revelacion celeste, una esperanza infalible. Esta noche, entre once y doce, estaré en el convento.

Al ir á retirarse el prior, una de las doncellas de la duquesa entró en su gabinete, y dijo:

—Señora, el capitan La Gazette llega de Bonneval y quiere hablar á vuestra alteza.

—Que entre: vos, padre, entrad en ese gabinete y oid las preguntas que voy hacer al capitan La Gazette; él, si no me engaño, conoce á la mujer que buscamos.

Apenas habia quedado sola la duquesa, entró La Gazette.

—¿Cómo es eso, caballero? repuso la du-

quesa con tono desdeñoso; parece que vuestro caballo tiene una viveza envidiable, y que vos teneis una habilidad pasmosa para hacerle correr.

Este apóstrofe asesinó al normando, y como en todas las situaciones difíciles, no reveló su emoción más que por un gesto que aumentó su fealdad.

—¿Cómo habéis podido abrir tan gran brecha á vuestra reputacion, capitán?

—Señora, la guerra tiene caprichos muy raros y no siempre los vencidos quedan deshonrados.

—Los que sucumben peleando, no; pero, ¿cómo esplicarse que un valiente como vos haya podido dar el grito de «sálvese quien pueda?»

—A ese medio acuden los más valientes cuando tratan de tomar una revancha; esta máxima está escrita en todos los libros de la guerra. ¿No teneis noticia del célebre combate de los horacios?... y sin más léjos, ¿no veis al jabalí hacer presa hasta en los perros? Señora, el conde de Saveuse ha sido batido y muerto. La Gazette ha sido batido, y vive, lo que vale infinitamente más.

—Para vos, no lo dudo.

—Y para vos, señora? yo os traigo la prueba.

—¿Qué prueba?

—Que he escoltado de Dourdan á Paris tres damas que se dejarían todas matar por la liga: una de las tres desea seros presentada, y pretende que su cooperacion será muy útil á nuestra causa.

—¿Quién es esa mujer?

—Pertenece á una familia ilustre de Venecia: es la marquesa Fabiani.

—Recuerdo ese nombre, creo habersele oído pronunciar á mi desgraciado hermano Enrique.

—V. A. ha tenido ya ocasion de ver á la marquesa.

—Yo, ¿dónde?

—En Etampes.

—¿Cómo en Etampes? ¿La loca de Etampes está en Paris?

—Y en vuestra antecámara; pero á fé mia, si vuestra alteza la cree loca, se engaña.

—Id á buscarla, capitán, traedla y podéis contar por hecha vuestra fortuna.

La Gazette salió en busca de la marquessa, murmurando:

—¡A fé mia que esta mujer es á la par la lluvia y el buen tiempo! Ahora sí que no dudo que seré baron y par, y todo lo que ella quiera.

Bourgoing entreabrió la puerta del gabinete donde se había encerrado, y dijo á la duquesa.

—Creo que Dios nos protege; no precipiteis nada, aguardad.

La Gazette volvió, precediendo á la marquesa Fabiani y á Venecia.

—Marquesa, dijo la duquesa levantándose y tendiendo la mano á la recién llegada; debería enojarme con vos por el incógnito que usásteis conmigo en Etampes.

—Tenia razones graves, señora, que no tardareis en conocer; hoy me presento á vos tal como soy, como una amiga, ó más bien como una humilde servidora de V. A.

—Bien decís, como una amiga; vuestro padre fué compañero de armas de mi desgraciado hermano, y vos seréis para mí una compañera, una amiga.

La marquesa se inclinó.

—Creo que teneis que hablarme de cosas graves; descansad á vuestras órdenes.

—¡Oh! señora, lo que tengo que comunicaros no puede sufrir la menor dilacion.

—¿Deseais entonces que nos dejen solas?

—Sí señora, solas, á escepcion de esta jóven, mi compañera, mi amiga.

La duquesa hizo á La Gazette seña de que

saliese: la marquesa le detuvo un instante, y dijo:

—Contando con la bondad de V. A., me permito recomendarle á este valiente oficial, á quien debo señalados servicios: la protección de V. A. no estará nunca mejor colocada.

—Basta que vos os intereséis por él. ¿Qué desea el capitán?

—La comandancia de Poissy, vacante en este momento, y un título de baron.

La Gazette abrió extraordinariamente los ojos, como si por ellos quisiera oír mejor la respuesta de la duquesa.

—No lo creo difícil; sin embargo, tengo necesidad de consultar algunos papeles. Señor capitán, aguardad un instante.

La duquesa pasó á la pieza inmediata, donde aguardaba el prior.

—Y bien, padre, dijo en voz baja: ¿debemos revelar nuestro secreto? ¿Qué debemos hacer?

—No propongais nada, no habéis de nada hasta explorar el terreno; en cuanto á ese ambicioso, hacedle baron, hacedle conde; nada perdemos en ello.

—Vuestra demanda está admitida, señor baron, dijo la duquesa saliendo del gabinete

Venid á recibir dentro de algunas horas el despacho que os conferirá el puesto que anhelais como premio á vuestros servicios.

La Gazette salió retrocediendo y haciendo cortesías; en su rostro mostraba un júbilo estremado, creía soñar y se palpaba á ver si estaba en efecto despierto.

— Señora, dijo la marquesa sentándose en un sillón que la duquesa la indicaba; cuando me visteis en Etampes me tomásteis por loca sin duda.

— Yo... no tal, murmuró la duquesa.

— No lo negueis, yo estaba loca en efecto, y para no conocerlo hubiérais debido estar sorda ó ciega.

La exaltacion que se pintó en el rostro de la Veneciana al pronunciar estas frases, hizo creer á la duquesa que su interlocutora, como en Etampes, no estaba en su cabal juicio.

— Me pareceis muy agitada, señora; ¿qué pesar os aflige? ¡Si yo hubiera sabido vuestro nombre cuando os conocí!

— Basta que le conozcais ahora; soy la hija del marqués de Fabiani, amigo en efecto de vuestro ilustre hermano, y vengo á unir-me á vos para conseguir una venganza implacable, sangrienta, para lo cual os ofrezco mi odio, mi cólera, la razon que me asiste,

y os lo ofrezco á vos, porque ambas perseguimos al mismo tirano.

—¡Pobre mujer! exclamó la duquesa un tanto conmovida. ¡Tambien vos acariciáis proyectos de odio, de venganza. Quereis marchar por la via funesta, donde hace tiempo se deslizan mis pasos. ¡Oh! no sabeis vos qué ultrajes, qué tormentos desgarran mi alma; no sabeis que la imágen de los dos hermanos queridos pasan dia y noche ante mis ojos, que me tienden sus brazos ensangrentados... ¡No sabeis que el monstruo á quien persigo tiene una corona, y aunque debiera bajar á arrebatársela al mismo infierno, se la arrancaría?

—Lo sé; sé más aun...

La duquesa hizo un gesto de sorpresa, y continuó:

—Sin duda á vos no os anima más que el espíritu de justicia que defiende nuestra causa; vos no tendreis enemigo personal en el campo de nuestros contrarios.

—¿No os he dicho que vos y yo abrigamos el mismo odio y perseguimos al mismo tirano?

—¡Cómo! ¿Al Valois?

—Sí á Enrique III.

—¿Cómo se explica entonces?...

—Escuchad: cuando me lancé á las llamas para salvar de ellas la imagen de Enrique III: cuando me presenté á vos, no era el odio, no era la venganza la que me exaltaba... no debia á esos sentimientos mi fuerza, mi audacia.

—¿A qué, pues, desdichada?

La marquesa recorrió el cuarto con la vista, como para asegurarse de que nadie la oia, y haciendo un esfuerzo sobre sí misma, murmuró:

—A la piedad, al vértigo... Vos sois mujer, preguntad á vuestro corazon qué sentimiento nos impulsa á nuestras más locas acciones.

—¡El amor!

—El amor, sí, repuso la marquesa con calma mirando á Venecia, que la animó con una sonrisa. No podia creer en la vergüenza del que amaba, y mi primer impulso fué socorrerle: hé aquí por qué esponiendo mi vida salvé su imagen de las llamas; hé aquí por qué me presenté á vos para convencerme de la idealidad de ese miserable, sin fé y sin honor; hé aquí por qué he hecho los imposibles para proteger su causa, combatiendo contra la vuestra.

—Pero el origen de ese amor...

La marquesa refirió entonces con dignidad

y sentimiento la historia del pretendido conde de Saveuse, la superchería del indigno rey de Polonia, su viaje á Francia, su cautividad en Angeres, y por último, el ultraje que había sufrido en Beaugency.

—Ya veis, señora, añadió con una altanería que sentaba á su frente mejor que una diadema, que la hija del marqués de Fabiani no tiene nada que envidiar á la hermana de los Guisa: ahora vereis que podemos marchar por la misma via y animadas por la cólera. He realizado ántes de salir de Venecia casi toda la fortuna que me dejó mi padre; mi oro, mis diamantes, pertenecerán al partido que proteja mis deseos: y si he venido á veros á vos, es que creo que como yo necesitais su sangre.

—Habeis hecho bien, podemos darnos la mano; pero os advierto que la hermana de los Guisa no se detiene ante mezquinas consideraciones. Vuestra resolución, ¿es como la mía?

—Vos juzgareis.

—Está bien, guardad el más profundo secreto sobre todo esto: el día del triunfo no está casi lejano. Vivireis aquí en mi misma casa, á mi lado, y esta misma tarde os enteraré de mis proyectos.

Al decir esto la duquesa tocó á un timbre y una de sus camareras entró en el gabinete.

—Conducid á esta dama á las habitaciones de la otra parte, y que cada uno la sirva aquí como á mí mismo. Hasta despues, marquesa; hasta despues.

La marquesa Fabiani besó la mano de la duquesa y se retiró con Venecia.

—Creo que esta mujer nos será de grande utilidad, dijo el prior saliendo de su escondite.

—Creo con vos, padre, que el Valois es muerto.

—Quiéralo Dios: preparad á vuestra italiana para la escena importante que necesitamos: es preciso que Clemente la oiga, la vea, pero no como á una mujer vulgar, sino de un modo fantástico, semejante á una aparicion celeste. Si lo conseguimos creo como vos, que el Valois tiene un pié en la sepultura. Adios, señora: prudencia y acierto.

—Hasta la noche, pues; entre once y doce estaré allí.

Cuando estuvo sola la duquesa, dejó caer el rostro entre las manos, y murmuró:

—La ha amado, me ha envilecido sin duda á sus ojos, puesto que tanto confia en mi odio... ¡Oh! ¡Enrique, Enrique! ¡Aunque estuviera emponzoñado, besaria el acero que te arrancase la vida!

XII.

La celda.

Estaba el convento de los jacobinos en la calle de San Antonio, apercibiéndose de lejos su campanario, de una arquitectura pesada y falto de gusto, sus muros ennegrecidos y tristes, su ancho portalon cerrado con fuerte verja de hierro, semejante á la puerta de una prision, sus espesas rejas, y por último, el muro que cercaba todo el edificio coronado de puntas de hierro y pedazos de vidrio. La entrada principal no se abria más que para las grandes ceremonias, procesiones, etc. Los jacobinos, como otras Ordenes religiosas, no oser-

vaban una disciplina severa en aquellos tiempos de anarquía, yendo con harta frecuencia desde el convento á la ciudad, y ocupándose á la par de los asuntos religiosos y los políticos. En el ángulo de la calle de Castex y calle de San Antonio, se vela una puertecilla humilde, abierta constantemente para dar salida á los monges y entrada á los que visitaban el convento.

El día mismo de la llegada de la marquesa Fabiani al palacio de la duquesa de Montpensier, una mujer enmascarada, reclinada en el fondo de una litera, aguardaba hacia más de una hora á la puerta del convento, en la que clavaba miradas inquietas.

Principiaba á tender la noche su manto: uno de los cargadores de la litera había entrado hacia rato en el convento, mientras el otro aguardaba con los brazos cruzados.

Por fin aparecieron en el dintel de la puerta dos hombres, el uno vestido con hábitos, el otro con traje grosero.

Eran Jacobo Clemente y el mozo que había entrado á buscarle.

Clemente se aproximó á la litera: la dama que aguardaba abrió, entablándose entre ambos el siguiente diálogo:

—Buenos días, Clemente, dijo madama de

Fresne descubriéndose el rostro; mucho tiempo hacia que no nos veíamos.

—Cierto, dijo el jacobino manifestando alguna contrariedad.

—¡Con frialdad lo decís! Esperaba más expansión de vuestra parte.

—Me alegro de veros buena, como siempre.

—¿Y nada más?

—¿Qué más?

Mme. de Fresne fijó una mirada penetrante en el religioso para leer en su pensamiento.

—¿Os habriais convertido?

—Quizá.

—¡Os felicito por ese milagro! Pero habeis olvidado nuestro pacto.

—¿Qué pacto?

—¿Habeis perdido la razon? repuso la dama con vehemencia. ¿No os acordais de monsieur de Pampelonne?

—Sí, el verdugo de mi tío.

—¿Qué habeis jurado á vuestro tío?

—La muerte de Pampelonne.

—¡Y bien!

—Habia casi olvidado esta antigua historia.

Al acabar estas palabras, Jacobo Clemente

levantó los ojos al cielo; Mme. de Fresne sintió un estremecimiento nervioso en todo su cuerpo; pero demasiado hábil para dejar adivinar su agitacion, continuó con frialdad glacial:

—Yo creía que en pago del servicio que os presté en Angeres, sacándoos de la cueva del castillo, podría contar con vos para el logro de mis proyectos. Pampelonne está en Francia, quizá en Paris dentro de algunos momentos...

—Que esté: que vaya ó venga á donde se le antoje. Le he olvidado también.

—¿Y vuestro juramento hecho sobre el cadáver de vuestro tío?

—Dios me lo perdonará, en gracia de mi arrepentimiento: miras más elevadas me preocupan, repuso el monge levantando los ojos al cielo.

—¡Hipocresía! Guardad esas razones para los novicios de vuestro convento.

—¡Hipocresía! Os juro que no lo es: repuso el monge con vehemencia. Cuando formamos nuestro pacto uniéndoos para perseguir á los asesinos de Halot, yo estaba dominado por un solo sentimiento: la avaricia...

—Continuad.

—Pues bien; la sed de oro ya no me ator-

menta; desprecio esas riquezas mundanas: el odio que sentia por los enemigos de mi tío, se ha convertido en una religiosa uncion que acaso me llevara al abismo, ¡acaso al cielo! El enemigo en quien están fijas mis miradas no es Pampelonne: enemigo tan pequeño no es digno de mí: mi mision no es satisfacer mezquinas venganzas personales, es vengar á un pueblo, libertarle de su esclavitud... Así, pues, todo nos separa, no os conozco: cuando haya cumplido el santo deber que el cielo me ordena por boca de uno de sus ángeles en la tierra. Si no sucumbo como mártir en mi noble empresa, volveré los ojos á la venganza de mi tío: para lograrla, no os necesito. Así, pues, no os conozco.

—¡Silencio! exclamó vivamente madame de Fresne apoyando su mano en el brazo del monge.

En aquel momento, un caballero montado en un caballo, pasaba junto á la litera apostrofando á los mozos que no le dejaban pasar, con un acento gascon que no pertenecia más que á Pampelonne.

—¡Eh! ganapanes, pensáis ocupar toda la calle? Echaos á un lado si no quereis que os aplaste mi corcel.

—¡Adios, adios! dijo rápidamente madame

de Fresne, y Dios os perdone vuestra impertinente arrogancia. En cuanto á mí, no la olvidaré.

El jacobino se inclinó en silencio, y la litera partió, volviendo al mismo tiempo Pampelonne la cabeza y apercibiendo al monge que se habia quedado clavado en su sitio.

—¡Juraría, murmuró para sí Pampelonne, que ese pajarraco es mi enemigo mortal!

—No perdais de vista á ese caballero, decia entre tanto Mme. de Fresne á los mozos que la llevaban y no os detengais hasta saber á donde va.

Pampelonne retrocedió pasando rápidamente junto á la puertecilla de la litera, inclinándose á mirar en su fondo, y Mme. de Fresne no pudo ocultarse tan rápidamente que el gascon no la apercibiera.

—¡Pardiez, que tiene gracia! La de Fresne y el jacobino; ¡esto es, mis dos enemigos mortales! sigámosla y veamos por lo ménos á dónde va ésta.

Así, siguiéndose uno á otro, dieron infinitas vueltas por las calles de Paris cuando el gascon se detenía, se detenía la silla: cuando este avanzaba, avanzaba aquella, hasta que el caballero, cansándose de aquel pesado juego, exclamó:

—No tengo tiempo de andar trotando toda la noche como una liebre.

Y metiendo espuelas al caballo, se acercó á la portezuela de la litera exclamando:

—Señora, podeis descubririros; os he reconocido perfectamente: vuestros bellos ojos no se olvidan.

—¿Qué me queréis? dijo la dama con arrogancia descubriéndose el rostro.

—Eso era precisamente lo que yo iba á preguntaros: estamos jugando hace rato al escondite con muy mal éxito.

—No tengo que daros cuenta de mis acciones.

—Ni yo lo exijo; pero como creo que en este momento os proponéis saber á donde yo iba, quiero tener el gusto de deciroslo: en esto os probaré que no he cambiado ni en cortesía ni en el desden que me inspiran mis enemigos. Voy á casa de la duquesa de Montpensier; ¿me podríais vos decir dónde vive?

—Cualquiera os mostrará el camino.

—Muchas gracias; ¿y vos á dónde vais?

—La pregunta es indiscreta para quien como vos se precia de listo.

—Teneis razon; buenas noches: perdonad que os deje, tengo prisa.

Y Pampelonne, picando espuelas, se alejó

rápídamente; entonces Mme. de Fresne sacó la cabeza por la ventanilla, y dijo á los mozos: —A la embajada.

Al dejar á Mme. de Fresne, Jacobo Clemente volvió á entrar en su convento.

Tiempo es ya de decir algo del jacobino, que desempeña un papel tan tristemente célebre en la historia de su tiempo.

Después de haber soñado mucho tiempo con recuperar el tesoro que había creído hallar en la cueva de Angeres, Jacobo Clemente se había entregado en cuerpo y alma á la liga, manejando las armas como un guerrero, lo que le había hecho adquirir el sobrenombre del capitán Clemente. Arriesgado, ardiente, el joven religioso no tardó en llamar sobre él la atención de sus jefes, que le confiaron los puestos más importantes, las empresas más atrevidas.

De repente el hermano Clemente cambió de conducta: rehusó tomar parte en los combates, hacer guardias, cumplir, en una palabra, con su misión de monje y de guerrero. Abstúvose de parecer en público, observó ayunos de anacoreta, se impuso severas penitencias, caminó con la frente inclinada y tomó un aire de predestinación que llamó la atención de todos sus compañeros.

Pasaba horas enteras en éxtasis y en devoción; no hablaba más que con un tono enfático; no abría la boca más que para dejar salir palabras sentenciosas, escepto con el prior, al que había confiado los sueños que agitaban su espíritu.

Dueño de esta confianza el prior, sabemos que había concertado con la duquesa de Montpensier los medios de escitar aquella fascinación y lanzarle al extremo que apetecía.

No ignoramos que la duquesa le había dirigido las frases que en medio de la noche había atribuido a la mujer que ejercía sobre él un imperio sobrenatural, sin que el espíritu grosero de Jacobo Clemente comprendiera el pélagos que se le tendía, creyendo obedecer á Dios con su fanatismo ofensivo.

Al entrar en su convento Jacobo Clemente, encontró en los claustros al prior, que se paseaba con aspecto preocupado.

—Os saludo, padre mio, dijo el jóven religioso con respeto.

—Os aguardaba, seguidme; tengo que hablaros de cosas graves: sin cesar me preocupode vos y os veo siempre con gusto.

—Favoreceis en extremo á este humilde servidor del Todopoderoso.

—Sí, en efecto, sois su elegido, como decís; yo debería prosternarme ante vos: seguidme.

En cuanto el prior y Clemente estuvieron encerrados en su celda, el primero repuso lentamente:

—Hijo mio, repetidme esas palabras que habeis creído oír durante vuestro sueño.

Jacobo Clemente obedeció.

—¿Y estais seguro de haber reconocido esa voz? ¿de que pertenece á la mujer que en Etampes se os apareció en medio de las llamas como un prodigio celeste?

—Sí, padre mio: ¿cómo podría engañarme? He reconocido su voz, la reconocería entre mil, porque resuena en mis oídos como una celeste armonía indicándome el medio de llegar á la inmortalidad por el martirio.

—Pues si es así, si tan claro se os presenta vuestro camino, fuerza es seguirle; y si vuestro triunfo se ve coronado por el martirio, no dudeis que el ángel que se os ha aparecido os reserva vuestra recompensa en la morada de los justos. El Valois llegará dentro de tres dias á Paris, la Providencia os le envía; reunid vuestro celo y vuestras fuerzas. ¿Cuándo pensais obedecer á la voz que os anima?

—Partiría al punto á su dulce esperanza no me detuvo
—¿Qué esperanza, hijo mío?
—Quiero pasar una última celda; quiero rogar, quiero dor-
perar; ¡quizá seré aun visitado!

—Quizá no, hijo mío; cuando es incrédulo para obedecer, Dios
—¡Una noche nada más, padre!

—Cúmplase vuestra voluntad; ¡ese pueblo sumido en el dolor, el han-
guerra civil!

—¡Mañana, mañana!

Y Jacobo Clemente huyó precipitadamente, encerrándose en su celda y cayendo de rodillas como poseído de un vértigo.

—¡Será verdad! murmuraba; ¿será la voluntad de Dios, que entregando mi cabeza al verdugo cambie en un momento los destinos de este pueblo, haciendo caer la corona de la frente de un ambicioso? ¿Soy yo, pues, el elegido de Dios, yo?...

Y despues de permanecer largo rato en sombría meditacion, murmuró:

—Cierto es que mi alma ha tenido una juventud borrascosa: ¿pero quién sondea los

—¿Quién sabe si es á mí
eros á quien no cree capaz
—Sí, en efecto el sacrificio de su vida?
eis; yo debería quiere hacerme expiar mis
guidme.

En cuanto se levantó dando paseos agita-
encerrados en encia; despues cayó en una pro-
tamente: oía, escuchó los latidos de su

—Hijo nó el fuego de la fiebre correr por
habels crekátó por fin de buscar reposo en el

Jacobgó su lamparilla y se recogió como

—¿Y mejor la voz que no dudaba volver á
voz? ¿d?

Etamp
mas noche estaba avanzada y el barrio todo
n Antonio sumido en el más profundo
ncio.

De repente una luz rojiza penetró en la
celda del Jacobinc, y una voz dulce y grave
pronunció estas palabras:

—«Elegido de Dios, arma tu brazo, salva
á tus hermanos y lava las culpas del Valois
con su propia sangre.»

Jacobo Clemente se incorporó en la tarima
que le servia de lecho, con la frente empapa-
da en sudor, la boca entreabierta; volvió el
rostro y apercibió en uno de los ángulos su-
periores de su celda el rostro de la marquesa

Fabiani, envuelto en nubes de humo perfumado. Los labios de la Veneciana temblaban aun; Clemente creyó apercibir el último eco que ellos habían dejado escapar; quiso responder, quiso preguntar, quiso suplicar, pero sus labios se negaron á todo movimiento y no pudo más que clavar una mirada de espanto en aquella vision dulce y terrible á la par.

La nube se fué desvaneciendo poco á poco, la luz se fué borrando por grados, en breve el rostro de la italiana no fué más que una sombra que desapareció por fin, dejando la celda sumida en las tinieblas y el silencio.

Entonces el jacobino recobró el uso de la palabra, pero le recobró para lanzar un gemido desgarrador, al que siguieron estas palabras:

—¡Dios mio! ¡Dios mio! ¡No es sueño, lo he visto, y lo he oido! Sus facciones... su voz... sus ojos... ¡Oh, Dios mio! Si vos me lo mandais por su boca, será.

La puerta de la celda se abrió en aquel momento, el prior entró con una linterna en la mano, y dirigiéndose con interés paternal á Jacobo Clemente, murmuró:

—Habels lanzado un grito horroroso. ¿Qué os pasa? Tened confianza en mí.

El religioso miró primero al prior con ojos estúpidos, lanzó en torno suyo una mirada sombría, y como hablando aun con la vision que acababa de desaparecer, murmuró:

—¡Será!

Y levantando despues con arrogancia su cabeza, se volvió al prior, diciéndole con entereza:

—¡Padre, mañana partiré!

XIII.

La hosteria de Pelicano.

Al separarse de Mme. de Fresne, Pampe-
lonne se dijo:

—Si quiero llegar á casa de la duquesa de
Montpensier, no tengo sino dirigirme al pa-
lacio de los reyes de Francia: los de Lorena
son harto ambiciosos para habitar en otra
parte.

Y se dirigió hácia el Louvre.

No obstante, como nuestro gascon no ha-
bla estado en Paris más que una vez en su
vida, no tardó en estraviarse por aquel labe-
rinto de callejuelas, y como no era amigo de

perder el tiempo, se acercó á un transeunte y le dijo con la política que exigía su falsa profesión:

—Caballero, soy un comisionista al servicio de nuestra augusta duquesa, llego del extranjero y no conozco esta gran ciudad: ¿queriais vos enseñarme el camino del Louvre?

—Con mucho gusto; pero correis el riesgo de no encontrar á la princesa en palacio si es á ella á quien debéis ver.

—¿Y á dónde es preciso que vaya?

—A su palacio, junto á San Sulpicio; todo el mundo os le indicará: tomad esta calle á la izquierda y marchar siempre en línea recta.

Pampelonne saludó, y despues de haber caminado más de un cuarto de hora, preguntó á otro que pasaba, el cual le dijo:

—Tomad esa calle á la derecha y no la dejéis.

Sentado en uno de los enormes bancos de piedra colocados á derecha é izquierda de la puerta, el vizconde de Gourdon aguardaba impaciente á su amigo, teniendo con una mano la brida de su caballo y sosteniendo con la otra su frente.

Pampelonne se acercó y le dió en el hombro.

—¡Maldita ciudad! exclamó. He creído que no salía de ese indigno laberinto; tomad á la derecha, tomad á la izquierda... andad cien pasos... andad mil... ¡Qué demonio! ¿Cómo os entendéis en esta Babel?

—¡Habiendo pasado en ella nuestra infancia! Pero no es esto lo que nos importa. Ya estamos en casa de la duquesa en su misma puerta... ¿Cómo vamos á introducirnos? Veamos, tú, el hombre de los recursos, ¿cuál es tu plan?

—Si he de hablar francamente, no tengo ninguno.

—¡Pues me gusta! ¿Piensas que permanezcamos sitiando la puerta hasta que entre ó salga por casualidad la marquesa?

—El medio no es divertido ni ingenioso.

—¿Encuentras tú uno mejor?

—Hasta ahora no; pero convenid en que si está algo embotada mi imaginación, vos tenéis la culpa. Desde que nos conocemos he puesto en juego tantas estratagemas por vos, que mi ingenio está agotado... Mientras me ocurre algo, vamos á descansar en la hostería de en frente, cuya enseña balancea el viento. Tengo piedad de nuestros pobres caballos y de nuestros estómagos. Cuando se trata de ayunos soy el hombre mas débil que conozco.

Gourdon convino con su amigo, porque se levantó, tomó su caballo por la brida y siguió á Pampelonne.

A cien pasos del palacio de Montpensier, en la misma calle, se leía en una bandera que flotaba el viento:

«Maese Baltasar: hostería de Pelicano.»

Encima de esta leyenda se veía un trasparente pintado, representando aquel pájaro con las alas abiertas bajo las cuales se cobijaban una multitud, compuesta de capuchinos, soldados y ciudadanos.

Este emblema grotesco de la liga obtenía gran favor en aquella época.

—Esperemos que Pelicano nos ofrezca algo más sólido que lo que la muestra representa, dijo Pampelonne llamando fuertemente á la puerta de la hostería.

Despres de un pequeño diálogo entre los viajeros y el que llegaba á abrirlos, la puerta giró majestuosamente sobre sus goznes.

—¿Dónde está el amo? dijo el vizconde al mozo que abría.

—Héle aquí.

—¿Qué buscals? repuso maese Baltasar, hombre de cabeza cuadrada, vientre de tonel y piernas de arco.

—Queremos un buen cuarto, respondió

Pampelonne, dos buenas camas, una buena cena y buena cuadra para nuestros caballos; queremos, en fin, que nos tratéis como á buenos ligeros que somos.

—Nada hay malo en mi casa, replicó el huésped; todo es bueno y muy bueno: ¿podremos decir lo mismo de vuestro dinero? repuso Baltasar examinando con insolencia el rostro de los recién llegados.

—¿Parecéisme algo insolente! repuso Pampelonne: pronto sabreis que no tratáis con canalla; conducidnos á nuestro cuarto, y que nos suban nuestros fardos.

—Seguidme, señores.

Gourdon y Pampelonne subieron precedidos por su guía al primer piso, despues al segundo, despues al tercero y por último á un cuarto.

—¿Cuándo llegamos? murmuró Gourdon.

—Hoy no, seguramente; añadió el caballero.

—Estais instalados, señores, dijo el huésped enjugándose la frente y respirando con dificultad. Disfrutareis un aire puro.

—¿Ya lo creo! pero advierto que no disfrutaremos más, añadió Pampelonne paseando su vista por el desmantelado cuarto en el que

había una sola cama. ¿No veo más que un lecho?

—No tenemos ninguna habitación con dos.

—Corriente; pero esta chimenea arroja todo el humo á la habitación.

—Eso no vale nada, ni lo hace más que en invierno cuando se enciende fuego: dejareis las ventanas entreabiertas.

Gourdon miró amostazado al hostelero suponiendo que se trataba de burlarse; pero el infeliz era cándido hasta el extremo.

—¿De dónde viene este humo? dijo el caballero despues de reconocer la chimenea, en la que no había fuego.

—Viene de la habitación de abajo, en la que habita desde hace mucho tiempo un sábio, un alquimista español, un hombre que estremece; siempre con la nariz sobre los hornillos, y los ojos sobre los libros! No tardareis en oírle hablar solo, en voz alta; es un hombre de maravillosa ciencia, á quien se viene á consultar á todas horas. ¿Sabeis el hebreo, el griego?...

—¡Sois prodigiosamente original maese Baltasar! ¿A qué alojarnos tan alto, tan mal, en un cuarto lleno de humo, y donde además tendremos que escuchar una gerga de griego y hebreo?

—¿Y qué quereis que haga?

—Alojarnos en otra parte.

—Más arriba es imposible.

—¡Ya lo creo, pardiez! Estamos en las nubes; pero más abajo...

—No puede ser, todo está ocupado. Tenéis que quedaros aquí ó volveros en medio de la calle.

Ambos amigos cambiaron una mirada.

—Nos quedaremos, dijo el vizconde.

—Haceis muy bien; algunos encopetados señores no han rehusado este hospedaje. Ahora mismo vais á reemplazar á un noble señor, al baron de La Gazette.

—¡Eh! repuso vivamente Pampelonne.

El baron de La Gazette, que ha salido de aquí hace unas dos horas.

—Para ir...

—A fé mia no lo sé.

Dichas estas palabras, el huésped hizo ademán de retirarse.

—Dadnos de cenar al punto.

—¡Al fin y al cabo encontraré á ese tunante de La Gazette; á fuerza de ir siempre pisándole los talones! Aquel día, pobre de él.

—Deja tú La Gazette y piensa en el medio de entrar en casa de la duquesa.

En breve les subieron los fardos y se les

— sirvió una cena no muy apetitosa, acompañada de un vino pasable.

Gourdon estaba pensativo, silencioso, comía poco; pero preocupado como lo estaba, no cesaba de llenar el vaso á Pampelonne, que siempre alegre hacia los honores por los dos.

Habia esta diferencia entre el vizconde y el caballero, ambos enamorados, ambos impacientes por ver al objeto de su amor; habia la diferencia de que el vizconde buscaba en su triste preocupacion los medios de acercarse á la marquesa, y Pampelonne los buscaba tambien en su buen humor.

—Y bien, ¿discurres algo?

—Voy discurrendo.

—Vamos, el tiempo apura.

—Mi querido vizconde, si habeis entrado y salido en el castillo de Angeres, ha sido gracias á mi; si habeis encontrado las huellas de vuestra italiana, me lo debeis tambien á mi, y yo soy quien os ha hecho entrar en Paris por la puerta de Santiago, mientras yo entraba por la de San Antonio para evitar sospechas.

—¡Al grano, al grano!

—El grano es que debeis tener en mí una confianza ciega; así, pues, quedaos aquí,

aguardadme y permita Dios que abrace la ligi si no consigo esta noche dar impulsos á nuestros negocios.

—¡Cómo! ¿Quieres que me quede aquí cruzado de brazos en este ahumado caramanchon.

—¡No estareis solo, os deajo con el sábio químico, que Dios me perdone! Pero creo que ha empezado ya su charla.

En efecto, se oia por el cañon de la chimenea una voz aguda y chillona que pronunciaba palabras estrañas, interrumpidas con frecuencia por una tocesilla seca.

—¡Deliciosa música! dijo Gourdon.

—Os deajo, vizconde; ántes de una hora estoy de vuelta. Tened un poco de paciencia, y alumbradme, no me rompa la crisma en casa de maese Baltasar.

Pampelonne cargó al hombro uno de los fardos que llevaban; estrechó la mano de su amigo, y desapareció en las revueltas de la tortuosa escalera.

El vizconde no interrogó á su amigo; al verlo tomar el fardo, le conocia bien, y sabia que en el todo estaba admirablemente calculado.

Vuelto á su habitacion, el vizconde se dejó caer en una silla, y para distraerse prestó

oido al lenguaje extraño del alquimista. Al cabo de algunos instantes, el monólogo que escuchaba cesó, pareciéndole despues que otra voz respondia á la que hasta entonces habia oido, llegando hasta él algunas palabras en francés, que le llamaron doblemente la atencion, porque las pronunciaba una mujer.

En aquella época no se presumia de discrecion como en nuestros dias, y los que tomaban parte en los asuntos públicos combatian por todos los medios, y echaban mano de todas las armas. Así, pues, nadie se asombrará de ver al vizconde de Gourdon, tipo de lealtad caballeresca, aplicar el oido al cañon de la chimenea, lo que apenas haria hoy un espía prestó atencion al siguiente diálogo:

—Dad treguas á vuestros experimentos científicos por un rato, señor Barbastro, y apagad esos hornillos: no se puede respirar aquí.

—¡Ah, señora me interrumpió en un momento precioso; cuando iba á obtener el resultado de mi trigésima tercera combinacion, y llegaba á obtener el rojo pálido.

—Dejad vuestros hornillos y crisoles, y no me trateis como una desconocida, si no queris incurrir en el desagrado de su excelencia el embajador.

—Su excelencia el embajador de España es el hombre á quien estimo, temo y amo más en el mundo; á quien viene de su parte nada puedo rehusar. Hé aquí mi fuego apagado: ¿de qué se trata?

—Ante todo de recibir este bolsillo: ved lo que contiene.

—Cien doblones. Es un bonito presente; y á juzgar por él, no es un servicio pequeño el que venís á exigir de mí.

—Os engaÑáis; se trata de poca cosa.

—Me asombro; pero no importa: poco ó mucho estoy dispuesto: hablad.

—Sois el inventor, me ha dicho su excelencia, de un veneno que, segun la dosis, mata lentamente, ó administrado en mayor cantidad, produce una muerte instantánea.

—Sí señora; un veneno terrible.

—Esplicadme sus efectos.

—El agua amarilla, que así la llamaremos para omitir un nombre científico que os seria difícil retener, tiene la ventaja de no dar sino un color imperceptible al líquido á que se mezcla, tanto que seria imposible reconocerlo á la vista, teniendo además la condicion de carecer de olor y de gusto. Vertiendo cuatro gotas en un vaso de agua, produce una languidez invencible; y durante seis meses, quien

tal vaso de agua beba, arrastra una vida exánime: pasados esos seis meses, el enfermo recobra sus fuerzas, sin que le haya producido el veneno ningún efecto peligroso. Ocho gotas en la misma cantidad de agua producen el mismo entumecimiento, y al cabo de tres ó cuatro meses, muerte de consunción. Triplicando la dosis, el que la bebiere caería como vos habeis dicho, lanzando un grito, pero un grito terrible, como si le arrancaran las entrañas con tenazas ardiendo. Hé aquí lo que es el agua amarilla.

—¿No podriais hacer delante de mí algún experimento en uno de esos animales que tenéis ahí?

—No hay inconveniente; pero debo advertiros que las dosis que os he indicado están rigurosamente calculadas para un hombre, mientras que para una mujer...

—Y bien; ¿para una mujer?...

—En lugar de cuatro, son necesarias solas tres gotas, porque el sistema nervioso de la mujer está mucho más desarrollado, y es más susceptible, más irritable. Así, pues, continuó el químico sacando un frasquito de una caja cuidadosamente cerrada con cadenas; hé aquí un perro de un temperamento linfático: en lugar de hacerle beber cuatro gotas de ve-

— neno en un vaso de agua, voy a dejarle caer una sola gota de veneno sobre la lengua; aqui, Piramo, aqui.

Un magnífico perro se acercó a su amo, lamiéndole cariñosamente las manos: en cuanto el veneno cayó en su lengua, gimió dulcemente, volvió a su sitio, se acostó, y se durmió respirando con dificultad.

— Ahora, repusc el químico acariciando la piel sedosa de una gata, que al llamarla él se había subido sobre sus rodillas, moviendo su larga cola, vereis cómo seis gotas de este liquido bastan a tender muerto a nuestros piés a este pobre animal.

En efecto; apenas habian caido en su boca las seis gotas de veneno, la gata dió un maullido lastimero, y quedó tendida con los miembros rígidos y la boca espumosa.

— Está bien; aun una palabra: si yo no quisiera obtener la muerte que me propongo, sino al cabo de ocho ó quince dias...

— Se necesitaria combinar la mezcla de modo que un medio vaso de cualquier bebida contuviese para un hombre diez gotas; para una mujer, nueve.

— Está bien; dadme ese frasco.

— ¡Ah, señora! Es un arma terrible la que

me pedís: juradme que es su excelencia el embajador quien os envía.

—¿No sabéis quién soy?

—Lo sé: sé que sois su amiga, su amada... sin eso, ¿cómo conoceríais el secreto de este veneno?

—Pues bien; ¿qué vacilais?

—Juradme al ménos que no es contra él contra quien vais á obrar.

—¡Miserable! Sois bien insolente en abrigar semejante sospecha; sabed, puesto que tenéis escrúpulos, que su excelencia quiere servirse de nuestro invento, obedeciendo á las órdenes de su Rey, para desembarazarse de un enemigo político que le estorba favoreciendo á la liga. Por su orden y en su nombre estoy aquí; el veneno será empleado en corta dosis: se quiere inutilizar á un enemigo, y no matarle.

—Gracias por esa esplicacion, señora; hé aquí el frasco. Que su virtud haga triunfar la causa de España, y sirva á los proyectos de nuestro gran Rey.

—Ni una palabra de todo esto: hé aquí doscientos doblones más para pagar vuestro silencio.

—S ré mudo como un muerto; asegurádselo así á su excelencia.

—¡Adios! Volved á vuestros hornillos. No tengo necesidad de luz.

—¿Qué significa esto? pensó Gourdon cuando terminó el dialogo. ¿A quién quiere asesinar el embajador de España? ¡Infamia, villanía! Yo hubiera debido salir al encuentro de esa mujer; hubiera debido...

—¡Eh! vizconde, abrid, ¡qué diablo! Tropezó en todas partes; ¿quereis que me rompa la crisma? exclamó Pampelonne acabando ya de subir la escalera.

El vizconde corrió á la puerta del cuarto, la abrió, y entró el gascon con aire radiante.

—¿Ya de vuelta? dijo el vizconde.

—¿Cómo ya?... ¡Ah! vamos. ¡Habels echado un sueño, y yo que temia haceros esperar! Si lo hubiera sabido, no me doy tanta prisa. ¡Ay, amigo! ¡Qué mujer, qué ángel de bondad! ¡Qué corazon tan intrépido, tan impresionable!

—¿La has visto?

—Sí.

—¿A la marquesa?

—No.

—Pues ¿á quién?

—¿A Venecia, pardiez!

—¡Es verdad! dijo el vizconde sonriendo:

olvidaba que tú estás, por lo ménos, tan enamorado como yo.

Pampelonne miró á su amigo con sorpresa y dió:

—¿Estais dispuesto á escucharme? Teneis así el aspecto de un alma en pena.

—Te escucho; pero habla pronto: la matquesa...

—«Piano,» querido, «piano;» yo no empiezo nunca una historia por el fin. Hé aquí todo lo que me ha pasado: cuando salí, me dirigí resueltamente á llamar á la puerta de la duquesa de Montpensier; se me dejó esperar más de diez minutos; pero como ya parecia dispuesto á echarla abajo á fuerza de golpes, el portero vino á abrirme.

—¿A quién buscas? me dijo este con no muy buenos modos.

—A la señora duquesa de Montpensier, que me espera; conducidme ante su alteza.

—No lo esperes. Su alteza no recibe á un cualquiera por la noche: ¿qué la quieres?

—Eso no os importa: quiero hablarla.

—Pues bien; la hablarás mañana, porque su alteza ha salido.

—¿Ha salido?

—¿Esto te contraría, eh?

—Ya lo creo... pero no importa; es preciso

que yo entre. Traigo en este fardo todo un tesoro que entregarle.

—¿Quién eres?

—El saberlo os impediría seguirme tuteando, amigo; ya deberíais haber advertido que no somos de la misma condición.

Aquí el portero cambió de tono.

—Puesto que conocéis á la duquesa, decidme alguna particularidad que pruebe lo que me decís.

—Con mucho gusto... Si su alteza ha salido, conducidme ante su amiga la marquesa Fabiani, instalada desde esta mañana, según creo, en este palacio.

—La marquesa ha salido con la señora.

—¡Cuánto contratiempo! Entonces, conducidme junto á la joven compañera de la marquesa, la señora Venecia... Os repito que en todo esto se cruzan los intereses más caros de la casa de Lorena. Si el coronel Strozzi habla á su alteza antes que yo...

—¿Quién es ese coronel?

—Un hombre disfrazado como yo de mercader; quizá está ya en París.

—He visto, en efecto, á la caída de la tarde un hombre de elevada estatura, vestido como vos, que ha estado parado largo rato á nuestra puerta.

—¡Desgraciado! Obedecedme al punto: si se me adelanta, todo se ha perdido, y vos correis el riesgo de ser ahorcado!

—¡Virgen Santa! Venid, venid, y no digais siquiera que os he detenido.

Después de algunos minutos de esperar en un magnífico salón, vi llegar por una galería á la hermosa Venecia; aunque no la hubiera visto, hubiera adivinado sus pasos. ¡Esta mujer me ha hechizado decididamente! Entró en el salón; me tendió la mano con encantadora sonrisa, que me trastornará toda la noche la cabeza, y me dijo:

—Gracias, caballero; os esperaba.

Esta acogida me turbó, lo confieso: había pronunciado estas palabras con el mismo tono que se dice «buenos días» á un amigo á quien se hubiera dejado la vispera. Parece no adivinar los peligros que he corrido para llegar hasta ella, y encuentra mi conducta natural y fácil. Yo contaba con una acogida llena de reconocimiento y de amor, y no me encontré más que con una sonrisa afectuosa; demasiado orgulloso para dejar adivinar mi sorpresa, me apresuré á responder:

—Había prometido venir, señorita, y en nada he reparado para cumplir mi palabra.

—Habeis confirmado la opinion que de vos tenia, caballero; opinion fundada en mis sentimientos; mi corazon no se engaña nunca. Estareis en medio de Paris tan seguro como entre vuestros compañeros de armas.

—Permitid que lo dude, señorita; el servicio de mi Rey exige que me ocupe de una intriga política por dos dias, que quizá hará imposible mi incógnito.

—Y cuando la concluyais, ¿qué pensais hacer?

—Deciros adios con el alma más ó ménos triste; esto es, dispuesto á cubrirme de gloria ó á hacerme matar.

La jóven fijó entonces en mí una mirada que hubiera dado ánimo al más tímido de los hombres, y continué:

—Ya veis, señora, que tengo poco tiempo disponible para dar feliz cima á mi empresa; es fuerza que me arroje á ciegas en la senda á donde me llaman el deber y... la esperanza. Comenzando por lo que me parece más difícil, empiezo por vos. No habreis olvidado...

—Sed en política tan afortunado como en amor, y habreis vencido en todo.

—¡Cómo! ¿Os acordais? Me concedeis...

—Tengo la pretension de ser, por lo ménos, tan franca como vos, y de huir los ro-

deos: si hay mujeres coquetas que gozan en torturar los corazones de que logran hacerse querer, yo no intento parecerme á ellas. Si yo fuera hombre seria tan atrevido como el caballero de Pampelonne; soy mujer, y procuraré imitarle al menos en su franqueza. Debo, no obstante, ántes de contraer un compromiso con vos, manifestaros quién soy, contaros toda mi historia, á fin de que me conozcais como me conozco yo misma. Os aguardo aquí mañana por la mañana, y os hablaré de todo esto delante de la marquesa, mi segunda madre, mi ángel tutelar. Hé aquí ahora mi mano; es la de una amiga... que ella os proporcione ventura durante estas breves horas de separacion. Adios.

He depositado veinte besos en su mano blanca, y héme aquí. ¿Estais satisfecho?

— ¡Te encuentro divertido, á fé mia!

— ¡Cómo!

— ¡Es así como procuras por mis asuntos?

— La marquesa no estaba.

— Pero pudiste dejarle razon de dónde estaba yo.

— ¡Y no es más que eso? Tranquillizaos: al despedirme de mi querida Venecia, he hecho de vos un pomposo elogio, diciendo que que-

dábais punto ménos que á la intemperie en la hostería de Pelicano.

—¿Y qué te han dicho?

—Que mañana á las diez podremos entrar los dos en el palacio de la duquesa, como si fuera nuestro.

—Enhorabuena; ahora escucha.

—Hablad, repuso Pampelonne acabando de vaciar un vaso que habia llenado.

Gourdon refirió á su amigo, palabra por palabra, la conversacion que habia sorprendido.

—¿Y bien? dijo Pampelonne; ¿qué podemos hacer nosotros?

—Bajar al cuarto de ese infame envenenador, y atravesarle de una estocada, despues de haberle arrancado el nombre de esa infame mujer.

—¿Para qué?

—¿Cómo para qué!

—Sí.

—¿Para impedir un crimen!

—¿Me haceis gracia! Con que porque el rey de España quiera envenenar al duque de Mayena ó á su hermana, ¿iremos á impedirlo? ¡Pardiez! ¡Buen modo teneis de hacer la guerra! Si hubiera una cuerda bastante larga para ahorcar á todos esos condenados ligeros, en-

cargaría al Ingenioso La Gazette que la buscara, seguro de que la encontraría. Creedme; dejad á Felipe II el cuidado de desembarazarnos de nuestros enemigos... ¡no habrá hecho nada mejor en su vida!

—¿Olvidas que las que amamos son de la liga?

— Cierto; pero esto no va contra ellas. Además tenemos hartos en que ocuparnos para meterlos en más. Si damos parte de este hecho no ganaremos más que ponernos en evidencia y ganar un baño en el Sena, metidos en un saco; y como yo no sé nadar de ese modo, prefiero dormir pensando en mi amada. Esto es más agradable, más lógico. Imitadme.

—¡Ah! Pampelonne, ¡mi conciencia me dice que ejecutamos una mala acción!

—La mía me dice que tiene sueño; y como es una dama imperiosa, á quien no sé rehusar nada... la obedezco. ¡Buenas noches!

Los esponsales.

Ya se sabe lo que pasaba en el convento de los Jacobinos, mientras Pampelonne, encantado de su entrevista, dormía como un bienaventurado con el corazón en el paraíso, y Gourdon, no muy satisfecho de su conducta, se esforzaba en vano por imitarle. A pesar suyo, el diálogo escuchado por el cañón de la chimenea oprimía su corazón.

Una hora después que Pampelonne se hubiera separado de Venecia, una litera, precedida de cuatro criados con antorchas, entraba en el patio del palacio de la duquesa, baján-

dose de ella la duquesa de Montpensier, que venia con ella.

—¡Gracias, gracias mil veces! dijo la princesa á la Veneciana abrazándola tiernamente á la puerta de su habitacion. Os reitero de nuevo mi gratitud por haberos prestado á nuestra inocente estratajema: en breve recogeremos los resultados de vuestro celo. ¡El servicio que esta noche habeis hecho á la liga será cimiento de vuestra venganza! En cuanto á mí, voy á saborear en el reposo de mi habitacion la primera alegría que ha sentido mi corazon desde la muerte de mis desgraciados hermanos.

—Señora, me encontrareis siempre dócil á vuestras órdenes, repuso la marquesa; os he abierto mi corazon, conocéis mi secreto y mis dolores: nada omitiré para adquirir la venganza del que me ha humillado; pero á la verdad, quisiera que me hiciéseis una confianza más completa; no he comprendido bien el papel pueril que acabo de representar. Dignaos...

—Mañana, amiga mia, mañana os instruiré de todo; ahora retiraos y dormid.

La marquesa inclinó su frente, que la duquesa besó cariñosamente, penetrando despues en la habitacion suntuosa que la duque-

sa le había hecho preparar: dos camareras con antorchas encendidas la precedían, y pidieron sus órdenes.

Venecia esperaba en aquella habitación con los brazos cruzados, apoyada en el respaldo de una silla y la cabeza inclinada sobre su seno, como si aun estuviera extasiada con la conversacion tenida con Pampelonne: ¡su espíritu viajaba por el mundo de los sueños, que amor preside! Al reconocer los pasos de su madrina, se adelantó á su encuentro, cubriendo su mano de apasionados besos.

—Os doy gracias por vuestros servicios, dijo la marquesa á las dos mujeres que la acompañaban: mañana vendreis á recibir mis órdenes.

En cuanto se vió sola con su compañera, su amiga, la marquesa cerró la puerta, corrió los cerrojos y se arrojó en brazos de Venecia, dejando correr su llanto.

—¡Llorais, madrina, llorais? repuso la jóven entre colérica y asombrada: ¿qué os pasa? ¿qué os sucede?

—Nada que deba alarmarte, hija mia, perdona este momento de debilidad.

—¡Lo comprendo! Os han comunicado los enemigos del Valois algun proyecto inicuo, alguna trama culpable, y os arrepentís, va-

—cilais... olvidais la reparacion que hemos venido á buscar al seno de esta liga, justamente implacable... ¿Vuestros nuevos amigos os dan miedo?

—No; tranquilizate, no he olvidado ni la afrenta, ni la humillacion, ni la venganza; pero al echarme en brazos de la liga obedecí á un instinto de cólera, sin pretender nunca hacer causa comun con esos guerreros de mala ley: he creído dar mis bienes, mis votos y mis oraciones, á un ejército guerrero, y envolverme con él si era preciso en su ruina.

—¿Y bien?

—Pues bien, creo estar en un campo de asesinos, de oscuros asesinos.

—¿Qué os importa! ¿Vais á tener compasion quizá del mónstruo que os ha vendido? Que muera herido en un combate ó por una mano traidora, con una espada ó con un puñal, ¿qué os importa, siempre que muera? Si os dejáseis guiar de lo que llamais mi salvaje inspiracion, deseariais que la muerte del caballero deshonrado, y anhelariais que vuestro enemigo muriese, no gloriosamente en un combate, sino á manos de un regicida.

—¿De ser asi, nadie más que yo debia asesinarle ese golpe vengador!

—No querais engañaros á vos misma ga-

nando tiempo; sabéis que ninguna mujer puede acercarse al Rey, que si una vez hemos tenido esa suerte, ha sido un verdadero milagro. Vamos, madrina, recobrad vuestra energía, pensad en vuestra dignidad, en la ofensa recibida...

—Dices bien: además que ya no es tiempo de retroceder; pero esta misma dignidad que me recuerdas, se opone á la farsa que he representado esta noche.

—Contadme lo que habeis hecho, madrina.

—Me ha conducido la duquesa á un convento, creo que el de Jacobinos; hemos sido recibidas en él por el prior, hombre de rostro duro, continente austero, y que me ha parecido más animado en contra del Valois que la misma duquesa de Montpensier y que yo: hemos aguardado en el oratorio del prior durante una hora, manifestándome este y la duquesa las más cariñosas atenciones, y exagerando ambos el inmenso servicio que yo iba á hacer á la liga y á la Francia. El prior nos dejó solas un momento, y entretanto me dijo rápidamente la duquesa:—«Lo que exigimos de vos es una cosa muy fútil: que representeis un sencillo papel en una farsa cuyos resultados

serán muy ventajosos.» Como yo deseaba conocer mi papel, la duquesa continuó:—«Os vamos á llevar por una estrecha galería, por la que caminareis procurando apagar el ruido de vuestros pasos, y obedeciendo á una seña nuestra presentareis vuestro rostro delante de un espejo que aparecerá ante vos, y pronunciareis lentamente y con énfasis estas palabras: «Elegido de Dios, arma tu brazo, salva á tus hermanos y lava las culpas del Valois en su propia sangre.» La duquesa me las repitió tres veces, y yo prometí decirlas, aunque esta comedia me pareciese algo indigna de mi carácter. Despues la duquesa, me dijo:—«¿Me permitireis, querida amiga, que aumente si es posible la hermosura que á Dios debeis?» Y sacando de un cofrecillo, en que yo no había reparado, collares, diadema y un velo blanco, me adornó como á manera de imágen.

—¿Parece un cuento de hadas lo que me referís?

—Un cuento de hadas, es verdad; pero por desgracia no lo es. Pasados algunos instantes volvió el religioso y nos dijo:

—Todo está pronto, venid.

—Me condujeron, en efecto, por una galería cuya espesa alfombra apagaba el ruido de

nuestros pasos, y llegados á un recodo me colocaron en frente de un espejo, que á su vez daba frente á una cortina corrida en el muro: encendieron muchas luces en torno mio, descorrieron la cortina, que entonces vi que ocultaba una ventana, y á una seña de la duquesa recité, un tanto turbada por aquella escena fantástica, la lección que me habían enseñado: oí un grito, las luces que me cercaban se fueron apagando poco á poco, el humo perfumado que me envolvía se fué disipando, corrióse la cortina, quedamos todos sumidos en la sombra, y volvimos sigilosamente al sitio mismo de donde habíamos partido.

—¡Jesus, Jesus! ¿Y qué significa todo eso? exclamó la gitana con el seno oprimido y palpitante.

— Eso significa que se está fascinando á un hombre, que se me elige por instrumento...

—¡Ah, sí! comprendo. Se quiere estraviar la razón de un hombre, convirtiéndole en asesino: os presentan á vos como una aparición sobrenatural.

—¡Horror! exclamó escandalizada la altiva dama: ¿debo yo, la noble marquesa Fabiani, prestarme á semejantes infamias; autorizar tales sacrilegios?

—¿Qué os importa? Vos no lo inventais.

—¿Lo consiento, y ultrajo la Majestad Divina!

—¿Pero os vengais! Todo cuesta algo en el mundo, repuso impetuosamente la jóven. Escoged: ó tolerar vuestra vergüenza sin lavar vuestro ultraje, ó prestaros á una estravagancia que inventan en vuestro provecho los enemigos de Valois. Sea cualquiera vuestra eleccion, yo seré como hasta aquí vuestra fiel esclava; pero por la memoria de mi madre Juro que si el papel que de vos se exigiera de mí, le desempeñaria por vengaros.

La marquesa estrechó en sus brazos á la jóven impetuosa, y murmuró:

—¡Gracias! me recuerdas mi deber: no escucharé más que á mi indignacion. La suerte está echada.

—Así os quiero; pero escuchadme, señora; si esos recursos os parecen odiosos, tenemos un medio más digno para llegar al mismo fin.

—¿Cuál.

—Boh-mil.

—No te comprendo.

—Vuestro Boh-mil es un hombre leal y valiente; un verdadero caballero que Dios atra-

vesó en vuestro camino hace cosa de tres años.

—¿El vizconde de Gourdon? murmuró conmovida la marquesa.

—Está aquí.

—¿En Paris? ¿desde cuándo?... ¡me asustas!

—Está en Paris con... con el caballero de Pampelonne, balbuceó la jóven bajando los ojos. Han llegado esta tarde; los vereis mañana.

—¿Quién te ha dado esas noticias?

—El mismo caballero que ha estado aquí esta noche y le he hablado en el salon inmediato. ¡Oh! ¡qué amigos tan nobles teneis en ellos!

—Amigos imprudentes.

—¿No los habeis llamado?

—Sin duda; cometí esa falta en un momento de locura: el odio me cegaba, y buscaba apoyo en todas partes; al presente he reflexionado, y el vizconde y su amigo no pueden haber entrado en Paris sino arrojando mil peligros.

—¿Y no se considerarán dichosos al arros-trarlos, si en cambio anima una dulce esperanza su corazon?

—¡Comprendo, pobre niña! Hablas por ti,

y eres demasiado dichosa para que yo trate de mezclar ideas sombrías en tus primeros ensueños de amor. No he olvidado tus confianzas, y no dudes que al depositar tu mano en la de tu noble amante, experimentaré el único consuelo que ya me es dado alcanzar en el mundo. En cuanto al vizconde.

—A él debéis confiarle vuestra venganza, como hizo la gloriosa hija de los Incas.

—¡Nunca! Si no puedo amar al vizconde; si mi corazón es de mármol para él como para los demás; le estimo demasiado para que trate de envilecer su noble espada: no me hagas semejantes proposiciones; me ofendes.

—Obedeceré, madrina; pero yo, que no tengo tanta delicadeza de intención, y juro no unirme al hombre que amo hasta que haya muerto el Valois, sea por la mano de ese ser á quien es tal fanatizando, sea por otra que yo me procure.

La marquesa sonrió tristemente, hizo sentar á la joven á sus piés, pasó la mano por los negros cabellos de la joven, y murmuró dulcemente:

—Hija mía, háblame de tus amores: distrae con ellos los pesares de mi alma.

—¡Eso es; pasaremos así la noche! Imposible; vuestros bellos ojos tienen necesidad de

dormir: mañana se presentarán nuestros caballeros, y quiero que vuestro rostro no haya perdido nada de su hermosura.

—¿Le amas mucho?

—Casi tanto como á vos.

—Dios proteja vuestros nobles corazones, y os conceda la dicha que me ha negado á mí.

La marquesa y Venecia pronunciaron despues sus oraciones, y segun costumbre, la jóven se acostó en un lecho provisional que hacia disponer siempre al pié del de su protectora.

El sueño de la jóven fué intranquillo, y desde que el alba empezó á iluminar los cristales de la ventana, se levantó empezando en silencio su tocado.

—¿Has dado las órdenes necesarias para que se les deje entrar hasta aqui? preguntó la marquesa.

—He querido ántes tener vuestro permiso.

—Ve, pues, á prevenir al portero y á los guardas de la duquesa para que no tropiecen con ningun obstáculo cuando vengan. Dirás tambien á las doncellas que me ha destinado la duquesa que las aguardo.

Venecia corrió hácia la marquesa, besó sus

manos y su frente, como una hija cariñosa las de su madre, y despues acabó de vestirse, y salió.

Las doncellas que aguardaban en la pieza vecina, entraron: la marquesa se dejó vestir y peinar, y les dijo:

—Quisiera tomar algunas criadas á mi servicio: si teneis personas conocidas que busquen colocacion, podeis traérmelas.

Las dos camareras ofrecieron hacerlo asi.

Venecia volvió: la marquesa quiso ella misma ocuparse del tocado de su protegida para ponerla muy bella.

A las diez, con esa exactitud que los amantes disputan á los relojes, ambos amigos se presentaron en el palacio de la duquesa, y fueron anunciados á la marquesa Fabiani, que se adelantó con Venecia á recibirlos en su salon.

El vizconde y el caballero no habian podido resignarse á presentarse con sus trajes de mercaderes, y arrastrados por la vanidad se presentaban de caballeros. Gourdon llevaba un traje de terciopelo negro: Pampelonne de raso color de violeta, y ambos, no sin repugnancia, habian puesto sobre sus capas la cruz de Lorena, á fin de que se les tomase por ardientes ligueros.

No hubieran podido dar un paso en Paris sin esta precaucion.

—Deberia, señores, veros con terror en medio de vuestros enemigos, repuso la marquesa conmovida; pero este temor seria indigno de vuestros corazones y le rechazo: sed bien venidos; vuestra mano, vizconde; vuestra mano, caballero.

Pampelonne y Gourdon se inclinaron, sin encontrar una frase que decir, y la marquesa continuó:

—Seguidme, Mr. de Gourdon; somos antiguos amigos y tenemos mucho que hablar.

Trémulo de alegría el vizconde, pasó á la otra cámara con la duquesa, mientras Pampelonne, turbado como no lo habia estado nunca, permanecia en contemplacion delante de Venecia.

Aquel corazon de leon, aquella organizacion intrepida, aquel hombre que habia tratado á todas las mujeres con una desenvoltura singular, al verse en frente de un amor verdadero, casto y profundo, se encontraba tan debil como un niño.

Venecia se adelantó á él, exclamando:

—Hubiera deseado, caballero, que la marquesa hubiese presenciado nuestra entrevista. Os he prometido el relato fiel de mi vida hasta

hoy, y como la marquesa, mi protectora, no se ha separado de mí desde mi infancia, hubiera querido que su lábio confirmase lo que va á deciros el mio.

—¿Me haceis la injuria de creer que necesita otro testimonio que el vuestro? Además, ¿quién os pide esa confianza? Vuestra vida la conozco; no existís para mí más que desde el día en que os ví por primera vez, día que bendeciré eternamente.

—Vuestra lealtad me dicta mi deber: sois de noble cuna y no podeis uniros sino á una mujer digna del nombre que llevais.

—Escucharé, señora, puesto que lo queréis: vuestra voz tiene para mí tal encanto, que no puedo resistir más tiempo; enseñadme á querer vuestro nacimiento, vuestra infancia, como quiero los míos.

Venecia hizo sentar á su lado al caballero y le refirió á grandes rasgos la historia de su familia.

El fuego, la energia, los vivos colores de su relato hicieron al caballero palpitar bajo el encanto de su palabra: al llegar al episodio del cofrecillo de piedras preciosas que habian arrebataado á su madre, la frente del caballero se cubrió de sudor, y dijo:

—¿Y no habeis vuelto á oír hablar de ese tesoro?

—Nunca.

—¿Y el capitán La Gazette os condujo á Angeres por su propia voluntad?

—Sí, no conociamos la Francia y seguimos el itinerario que él nos trazó.

—¿Y habeis observado que despues de vuestra morada en Angeres, el capitán pobre en Venecia y más pobre en Francia, vive con gran ostentacion?

—Nos la ha explicado por una serie de herencias y ricos botines.

—Señora, La Gazette os ha robado vuestros diamantes: estaban enterrados en una cueva del castillo de Angeres. Cómo se hallaban allí, lo ignoro; es un secreto de que seré dueño ántes de poco.

—Es extraño lo que me decís.

—Es, sin embargo, la verdad.

El caballero refirió entonces su duelo en Venecia; la causa de quedarse el en el castillo de Angeres y la persecucion que desde entonces sostenia contra los diamantes.

—Pero, continuó, ese astuto normando desbarata mis planes mejor combinados; se me escapa cuando creo tenerle más seguro, y paso mi vida en ir pisándole los talones; ayer

estaba en el castillo de Dourdon, y llegué yo á las dos horas de partir él; ayer tambien estaba en la hosteria de en frente y he llegado yo á ocupar su cuarto despues de una hora que habia partido él, no sé á dónde.

—Yo sí; para irse á encerrar en Poissy, cuyo mando le ha confiado Mr. de Mayena con orden de dejarse matar ántes que rendirse.

—¡Y se hará matar el miserable! es valiente y arrojado y se hará matar aunque no fuese más que por jugarme esa última partida. Señora: no tengo otra fortuna que mi espada; vos sois millonaria, y me encuentro demasiado pobre para pretender vuestra mano á ménos que mi espada, mi único bien, no logre devolveros el que os pertenece: es un partido igual.

Iba á contestar Venecia, cuando la marquesa se presentó dando la mano al vizconde. Pampelonne habia ya recobrado su habitual aplomo y su esperanza de hacerse digno del objeto de su amor le hacia ya creerse en Poissy, abrir brecha y arrancar al normando la plaza y el secreto que defendia.

El vizconde de Gourdon formaba absoluto contraste con su amigo por su aire de abatimiento: una ansiedad visible se pintaba en su

rostro, miró á su amigo tristemente, y una sonrisa se divisó en sus lábios.

— Mr. de Pampelonne: dijo la marquesa ligeramente conmovida; no tengo nada que preguntaros, porque adivino de antemano vuestras respuestas: amais á esta niña que está bajo mi proteccion, y que tiene como único patrimonio un corazon que debe ser el orgullo de su esposo: yo además la doto en cien mil escudos y la nombro mi única heredera.

Venecia se arrojó entonces en el seno de su señora, y no procuró contener las dulces lágrimas que se escapaban de sus ojos.

Pampelonne dió gracias á la marquesa fijando en Gourdon una mirada de sorpresa.

En aquel momento, una de las doncellas de la marquesa entró á decir que la duquesa de Montpensier la rogaba que pasase á su cuarto.

—Adios, señores, dijo la Veneciana: os espero esta noche á las diez, y no acompañareis á cenar.

Y diciendo esto, tendió su mano á Pampelonne, que se inclinó profundamente, y tomó á su amigo por el brazo saliendo con él de la estancia.

—¿Qué es esto, mi querido vizconde? dijo Pampelonne á su amigo cuando estuvieron

fuera del palacio. ¿Qué significa ese rostro tan abatido?

—¡Ay! amigo mio, ¡soy muy desgraciado!

—¿Es ingrata á vuestro amor la marquesa?

—Ingrata no: no puedo acusarla porque no me ama. Al verla reconocer á Venecia por su única heredera, has debido comprender que rehusaba mi mano.

—Sí, me parece bastante claro; pero sabéis que vuestra marquesa es muy difícil de contentar? Despreciar al más apuesto caballero de Francia y de Navarra! En fin, ¿qué os ha dicho?

—Nada.

—¿Cómo nada? ¿No os habeis estado dos horas en conversacion? Yo he tenido tiempo de aprender toda la historia del Perú y algunas otras.

—He adivinado que la marquesa queria confiarme un secreto grave: pero su palabra espiraba en sus lábios cada vez que intentaba esta confidencia, que debe ser terrible, funesta, á juzgar por los esfuerzos que ha hecho para vencerse. Por fin no he podido sacar en lipio más sino que tengo que renunciar al amor de esa mujer adorable: «Un abismo nos separa, me ha dicho. Esta noche tendré más valor para deciroslo todo; venid con vuestro

amigo, os debo una explicacion, que seria una cobardía en mí retardar por más tiempo; esta noche lo sabreis todo y mañana nos separaremos para siempre. Esto es lo que me ha dicho. Ya ves, mi querido Pampelonne; que no soy dichoso para confidencias, y que hay otros tan discretos como tú.

—Pues bien, voy á probaros que una vez siquiera soy charlatan: oid un gran secreto; Venecia... ya sabeis... la que yo amo, me ha contado su vida; no he quedado muy satisfecho en el fondo; yo no sabia precisamente quién era, y los Pampelonne han huido siempre de alianza desiguales.

—La proteccion que le dispensa la marquesa la basta, y si no es noble...

—¿Qué decís?

—Digo que si no lo es, tú la ennoblecerás, tú la amas, merecerá tu amor; ¿no basta esto?

—Vos no conoceis su origen.

—Sé que desciende de una peruana, pero...

—¡Ay, amigo mio! Yo soy nieto de un noble caballero. Venecia es en línea recta nieta del sol; de modo que casi me vais á decir que es infinitamente de más elevado origen que yo; en fin, dejemos esto: sabed que hace muchos años arrebataron á su madre un cofreci-

llo lleno de diamantes, del que no ha vuelto á saber más.

—Lo sabia, repuso el vizconde sonriendo.

—¿Lo sabiais? exclamó Pampelonne estupefacto; ¿lo sabiais y nada me habeis dicho?

—¡Pardiez! Si tú haces misterios de todo. ¿Podia yo suponer que esa simpleza te interesaba?

—¿Llamais á eso simpleza? ¡Ah! Sabed que si he asaltado el castillo de Angeres, si estoy corriendo de un lado á otro como un desesperado detrás de La Gazette hace más de tres años, es que tenia, que tengo prometidos al Rey de Navarra esos diamantes, y que La Gazette es el que ha despojado de ellos á la noble peruana.

—¡Caigo de mi altura! ¿Y qué piensas hacer?

—Partir mañana mismo para Poissy, cuya plaza defiende el normando en nombre de la liga, arrebatarle la plaza y hacerle declarar su secreto.

—¡Cuenta conmigo para esa empresa! No encontraré ocasion mejor para hacerme matar.

—Si haceis seme ante estupidez arruino á mi mujer para levantar vuestro mausoleo. Corramos ahora á ocuparnos de los negocios del bearnes; que tenemos hartos abandonados á mi juicio.

XV.

La velada.

Aquella misma tarde, una de las doncellas que estaban al servicio de la marquesa Fabiani habia entrado á decir á la noble Veneciana:

—La señora marquesa me encargó esta mañana que proporcionase algunos criados, y ahora mismo vengo á proponerle uno: si la señora marquesa quiere verle, aguarda.

—Sí tal: ¿es un hombre?

—No señora, una mujer; y parece excelente á juzgar por su aspecto.

—Que entre.

Acto continuo tuvo lugar la presentacion, quedando la marquesa muy complacida de la nueva camarera que le ofrecia sus servicios: era muy linda, de buenos modales y parecia de una educacion superior á su clase.

—¿Cómo os llamris? preguntó la marquesa.

—Clemencia.

—¿Habeis servido ya?

—En las mejores casas de provincias, señora; creo saber lo bastante para agradaros.

—Está bien; os tomo desde luego sin más informes, y os destino á mi servicio particular.

Venecia entonces, que presenciaba contrariada esta escena, se ruborizó, y dijo con sentimiento:

—¿Cómo, madrina, ¿Desechais los servicios de vuestra protegida? ¿de vuestra humilde servidora?

La marquesa hizo seña á las criadas de que salieran; y cuando estuvo sola con la jóven murmuró:

—Tú no has sido nunca mi servidora, querida niña; tú eres y serás siempre mi mejor mi única amiga; pero vas á cambiar de posicion, vas á ser gran señora, y yo quiero arreglar por mi misma tu servidumbre. Esta camarera que acabo de tomar es para tí, aunque

la tomo á mis servicios hasta el día que te cases, para irte instruyendo. Hago por ti todo cuanto haria por una hija, porque te amo, Venecia mia, como si lo fueras.

La jóven cubrió las manos de su madrina de besos y de lágrimas.

—No olvidemos, prosiguió la marquesa tratando de dar otro giro á la conversacion, que esta noche ofrecemos una cena á tu prometido: te encargo la direccion de esta velada, que forma una pequeña fiesta de familia: dirige, ordena manda; te cedo todos mis derechos.

Venecia salió para ocuparse de sus nuevas funciones de ama de casa, entendiéndose para todo con Clemencia, á quien encontró inteligente y activa.

El resto del día fué intranquilo para todos nuestros personajes: la duquesa de Montpensier contaba las horas con impaciencia, temiendo que Jacobo Clemente, que habia fijado su partida para aquella noche se arrepintiese, y clavaba con ansiedad sus ojos en el reloj, cuyo movimiento hubiera querido acelerar. La marquesa, por el contrario, al pensar en la confesion que tenia que hacer al vizconde, sentía desfallecer su espíritu, y hubiera querido dilatar las horas: esta confesion,

que impulsada por un sentimiento de venganza habia hecho á la duquesa sin violencia, al tratarse del vizconde de Gourdon, sentia una casta repugnancia; temia perder, no su amor sino su estimacion, causándole de todos modos un pesar que no merecia. En cuanto á Venecia todos comprenderan su emocion: ¿quién no ha experimentado la impaciencia febril del primer amor, guardando su santo y delicioso recuerdo?

Otro personaje de esta trágica historia aguardaba aun con mas agitacion que los anteriores que llegase la noche era Jacobo Clemente.

La noche tan codiciada por todos llegó por fin.

La marquesa estaba ricamente vestida de luto como siempre; Venecia por el contrario, llevaba un traje sencillo, pero fresco y risueño, que hacia resaltar más aun su juvenil hermosura. La marquesa estaba pálida y todo en ella revelaba un sufrimiento interior.

Estaba en su salon reclinada en un sofá, y como de costumbre, prodigaba sus caricias á su fiel compañera.

Clemencia entró, anunciando al vizconde de Gourdon.

—¿Cómo, vizconde! ¿Venís solo? dijo la

marquesa con acento de reconvencion. Eso es querer esponeros á una mala acogida.

—El caballero de Pampelonne se ha quedado rezagado por la política; pero tranquilizáos, señora; su amor está con él y le traerá en breve.

Clemencia oyó esta respuesta, y su mirada, que era sombría, se iluminó de repente; una sonrisa satánica entreabrió sus lábios y desapareció.

Veneia salió también á dar algunas últimas órdenes, y la marquesa, que se quedó sola con el vizconde, reunió todo su valar para decirle:

—He deseado veros por última vez, señor vizconde, para no dilatar más una esplicacion indispensable á vuestro reposo y á mi dignidad: me habeis hecho la confesion franca y leal de vuestro amor, y mi delicadeza debe mostraros el camino que debeis seguir. Quisiera poder amaros consagraros toda mi vida; pero Dios me ha privado de tanta dicha: si, ese sentimiento dulce y sagrado seria un crimen en mi corazon.

—¡Un crimen! Me aterrais, señora. Si la confidencia que debeis hacerme os es demasiado penosa; si ha de abrir heridas aun mal cerradas, en ese corazon que no he podido

conquistar, guardar vuestro secreto; dejadme amaros en mis sueños! ¡La flor embalsamada de mí amor morirá conmigo!

—Noble amigo mio... ¡Ah! ¡Por qué no os conocí más pronto? ¡Cuando yo era digna de vuestra mano, de vuestro nombre, de vuestra gloria!

Aquí la marquesa se detuvo: una tosecilla seca, efecto quizá de la agitación que se sentía la impidió continuar, y tocó en un timbre. Clemencia que debía estar en la habitación inmediata, se presentó al punto.

—Traedme el refresco que acostumbro á tomar: él disipará esta tos, que me impide continuar.

Clemencia volvió en breve, colocando al lado de su señora, en una mesita un vaso de plata, que la marquesa desocupó hasta la mitad.

La tos se calmó: Clemencia se retiró; pero permaneció junto á la puerta entreabierta, observando lo que pasaba en el salon.

—Perdonadme esta agitación, producida por el recuerdo de mis desgracias: este calmante y la confianza que os voy á hacer, me volverán la tranquilidad.

Al acabar estas palabras, la acometió otro acceso de tos, y la marquesa acabó de beber

el liquido que el vaso contenia. Al punto sus megillas se animaron, sus ojos brillaron de un modo extraño, y sus labios se entorpecieron.

—¡Dios mio! murmuró; no sé lo que me pasa; mi rostro echa fuego y mis párpados pesan horribilmente... no será nada... la tos ha pasado; pero no obstante...

El vizconde se adelantó hácia la marquesa: ¡un recuerdo espantoso acababa de asaltar su mente! Al ver las megillas pálidas de la Veneciana teñirse de súbito carmin; al advertir la cristalinacion de sus pupilas, el entorpecimiento de todos sus miembros, recordó el veneno del químico español y se estremeció. En aquel momento, el caballero de Pampelonne entró, anunciado por otra de las doncellas: la puerta por donde habia desaparecido Clemencia se cerró vivamente.

—¡Pampelonne, amigo mio, socorro! murmuró el vizconde. ¡Socorro!

—¡Socorro! ¿Para qué? ¿Qué sucede? ¿Que os pasa?

—¡El veneno... desgraciados! ¿No os acordais? ¡El veneno... anoche... el químico! Miradla.

El vizconde estaba fuera de sí, y gruesas lágrimas caian de sus ojos, que el fuego de la

batalla no habia hecho nunca bajar.

Pampelonne comprendió estas palabras viendo á la marquesa tendida sin movimiento sobre el sofá.

—¿Sois vos, caballero? murmuró la marquesa luchando contra el sueño que la entumecía; sed bien venido.

—¡Por piedad, señora! exclamó Gourdon fuera de sí; ¿quién es esa mujer que os sirve?

—Lo ignoro; está á mi servicio solo desde esta tarde; ¿pero por qué asustaros así? ¿No veis que estoy mejor.?

—¡En nombre del cielo! Llamad á esa mujer, que vuelva á traeros un brevaje igual á ese que habeis bebido.

La marquesa trató de llamar; pero en vano: ¡su brazo no tenia fuerza! Pampelonne se lanzó sobre el timbre y tocó; Clemencia se presentó con la cabeza inclinada, ocultando el rostro.

—Traed para la señora una bebida igual á la que acabais de darle, le dijo el caballero.

En aquel momento entró Venecia, y al ver al vizconde á los pies de su señora, mientras Pampelonne sostenia su cabeza, lanzó un grito desgarrador y se precipitó sobre el seno de la marquesa.

Pampelonne le dijo en breves frases la desgracia que temían, y la pobre jóven cayó de rodillas, retorciéndose los brazos con desesperacion.

La marquesa estaba privada de sentido.

Clemencia abrió la puerta, y con la cabeza erguida presentó una bandeja, en la que iba un vaso de cristal con la bebida indicada. Pampelonne retrocedió á la vista de aquella mujer, como hubiera retrocedido á la de un espectro.

—¡Aquí la de Fresne! murmuró. ¡Ah! ¡Miserable! ¿Se ha consumado el crimen? ¿Quién te ha conducido hasta aquí, mujer infernal!

El rostro de la envenenadora se animó: sus ojos despidieron llamas; su boca se plegó con un gesto de desden, y señalando á la marquesa pronunció estas palabras horribles, que hirieron en medio del corazón á Gourdon y á Venecia.

—¡Asesinaste á Fresne y á Halot, y Fresne y Halot se vengán por mí mano! Tú amas á esa mujer y yo la odio; si tienes memoria me comprenderás. Te dejo con t: prometida, que no ti ne más que ocho dias de vida.

Venecia, con la impetuosidad de la leona, quiso lanzarse sobre aquella mujer; pero madame de Fresne tomando con mano firme el

vaso que aun tenia en la bandeja, le llevó á sus lábios y apuró hasta la última gota, exclamando despues de haber bebido:

—Ved lo que temo vuestra cólera.

—¡Muere, pues, furia infernal! Muere sin haber satisfecho tu venganza, porque mi prometida, mi esposa, es esta, exclamó Pampelonne tomando á Venecia por la mano.

Mme. de Fresne, que aun conservaba el vaso en la mano, helada de espanto le dejó caer; quiso hablar y no pudo; vaciló sobre sus rodillas y cayó sobre la alfombra con el rostro livido, las manos crispadas... fácilmente se veía que en sus últimos momentos luchaba con la desesperacion.

Venecia lloraba de rodillas ante su madrina.

El vizconde contemplaba con sombrío silencio la escena trágica, donde parecia haber hecho justicia la mano severa del Ser Supremo. La amargura y el terror parecian haberle petrificado.

Pampelonne se adelantó á abrazar á su amigo, y le dijo:

—El deber y el servicio del Rey me llaman á Poissy; pero no me separaré de vos en tan doloroso momento. Valor, vizconde, sin duda hay un contraveneno que el mismo químico nos indicará

—Parte á donde tu deber te llama, murmuró el vizconde; puedo separarme de tí por algun tiempo sin quejarme, puesto que me separa la eternidad de mi más dulce tesoro.

Venecia por toda despedida tendió una mano desfallecida al caballero, que la llevó á sus labios, y salió con el vizconde, á quien una dulce esperanza condujo á la hosteria á la habitacion del químico. Pampelonne montó á caballo en el mismo patio de la hosteria y citó á Gourdon al castillo de Dourdon, donde le aconseó conducir á la marquesa y á Venecia, tomando él apresuradamente hácia la calle de San Antonio.

Al pasar el gascon por delante de la puercecilla del convento de Jacobinos, reconoció á la luz de una linterna el rostro sombrío de Jacobo Clemente, á quien despedia en el dintel de la puerta otro religioso.

—¿A dónde vais, hijo mio? dijo éste á Jacobo Clemente.

—A Saint-Cloud, padre, á «cumplir mi misión.»

—¡Por todos los diablos! murmuró Pampelonne, cuando acabaré con esta canalla. Salgo de la de Fresne y tropiezo con este.

Y metió espuelas al caballo, que no abandonó el trote hasta salir de Paris.

XVI.

A normando, gascon.

Provisto del pasaporte que le habia entregado Venecia, Pampelonne franqueó sin dificultad las puertas de la ciudad, no sin sufrir un largo interrogatorio; pero ya conocemos el ingenio de nuestro gascon, sus recursos ingeniosos, y nadie concebirá inquietudes respecto al término de su viaje.

El caballero habia empleado admirablemente el tiempo de su estancia en Paris: habia manejado el amor, la politica, el ingenio, el drama, y no habia salido de la ciudad sino cuando no tenia más que hacer. En cuanto se vió

en el campo, se orientó, tomó un camino de travesía, y se encaminó en derecha á Poissy, á donde llegó al despuntar el día.

Durante su rápido camino, dos ideas preocupaban al gascon. ¿Había caído la ciudad en poder de los realistas? Esto era probable y enfadoso, porque entonces el capitán La Gazette estaba muerto ó prisionero; muerto, se había llevado á la eternidad su secreto; prisionero, estaba en poder de otra persona, y era nueva dificultad llegar hasta él. A una legua de Poissy, mientras nuestro caballero subía la ribera izquierda del Sena, el eco de un cañonazo llegó á reanimar su esperanza; aquel cañonazo fué seguido de una descarga cerrada que anunciaba sostenerse en aquel momento una acción.

—¡Hola, hola! Parece que por allí tienen tanta prisa como yo, dijo Pampelonne, y metió espuelas á su caballo.

El pobre animal estaba ya fatigado; pero hizo un esfuerzo supremo, y agotó las pocas fuerzas que aun le quedaban.

—Mi hombre vive aun, pensó el gascon, puesto que la plaza se resiste... Vamos, esto se presenta bien.

El caballo se paró; hizo dos ó tres esfuer-

zos inútiles para andar, y por fin cayó para no levantarse más. Pampelonne, después de dar dos ó tres revolcones en la arena, se puso en pié, y echó á correr como un desesperado. El tiroteo seguía siempre, y cada nueva detonación parecía estimular al gascon en su carrera: en breve apercibió el campanario de Poissy envuelto en una nube de humo.

— ¡Bien, bravo! exclamaba corriendo Pampelonne; La Gazette, dame solo el tiempo necesario para llegar.

Ya cerca del campamento realista, el caballero vió venir hácia él una columna de arcabuceros, que constaría de unos cuatrocientos hombres: el que mandaba á aquellos soldados iba á su cabeza montado en brioso corcel. Pampelonne le reconoció, y corrió á él.

— ¡Eh, eh! ¡Mr. de Clermont!

— ¡Calle! ¿de dónde venis en ese estado? repuso Clermont cuando se fijó en el traje estropeado del caballero.

— Poco os importa de donde vengo. Voy á Poissy, y esto basta.

— ¡Vais á Poissy? ¡Pardiez! Eso se dice fácilmente; pero yo creo que una bala de cañón es la única que puede entrar impunemente.

— Os repito que voy á Poissy.

— ¡Buen viaje amigo! Pero oid: no os ha-

gais matar como un aturdido. Acordaos del asunto que tenemos que ventilar los dos.

—Bueno, bueno; no hay prisa por ahora. ¿Qué fuerza conducís?

—Doscientos hugonotes y doscientos católicos. Tengo orden de escalar el muro de la izquierda, y posesionarme de él, ó hacer matar hasta el último de mis soldados. Así, pues, quedad con Dios: el tiempo apura.

—Os sigo.

—No, no, por favor.

—¿Por qué?

—¡Porque entonces caeríamos á la par en tierra!

—Razon de más.

—¡Razon de menos! He jurado que no pereceriais más que por mi mano y no quiero faltar á mi juramento.

—Entonces acabemos, y atravesémonos el corazón.

—Ahora no puedo: el honor y el deber me mandan rehusar.

—Entonces os sigo, querais ó no.

—Venid, pues, ya que sois tan terco, y Dios os guarde.

—Gracias.

Entonces Clermont echó pié á tierra para ir en compañía del caballero.

A pesar de lo comprometido de la situación, la conversación continuó medio seria, medio cómica, entre aquellos dos aturdidos que jugaban con la muerte como dos niños.

— Parece que habeis encontrado resistencia en la ciudad.

— ¡Ya lo creo! ¿Sabeis quién la defiende?

— No á fé.

— La Gazette, el baron de La Gazette.

— ¡Bello animal!

— Peleando es un leon, un tigre.

— He jurado apresarle.

— Y yo tambien.

— ¡Vos! ¿Para qué?

— Para negociar su rescate. Es muy rico ese bribon.

— ¿Qué pensais pedirle?

— Mi castillo de Dourdon y su caballo, el ilustre Pompeyo.

— ¿Y nada más?

— Nada más; ¿y vos?

— No sé; vuestro castillo, sin embargo, me agrada.

— ¿Os pareció bien, eh? Pues hagamos alto, y repartamos la fuerza: vos guiad á los hugonotes; yo á los católicos.

— Está bien.

A cien pasos del muro, Pampelonne y Cler-

mont emboscaron la mitad de sus soldados entre unas ruinas, ordenándoles hacer desde allí un fuego nutrido, y marchando á la cabeza de los más arrojados, adelantaron hácia el pié mismo del muro provisto de largas escalas.

Cuando estaban ya al pié de la muralla, una bala de cañon vino á reventar á los piés de Pampelonne, matando á cuatro de sus arcabuceros y cubriéndole á él mismo de tierra y de humo.

Al punto, Mr. de Clermont corrió hácia el caballero que sacudia sus vestidos, exclamando:

—¿Estais herido?

—No por cierto; ¿y vos?

—Tampoco; ¡pero he pasado un miedo al ver caer vuestro sombrero!.. ¡Qué diablo! No vayais tan descubierta: ¡es una imprudencia! Si continuamos de ese modo, no os quedan dos minutos de vida.

Pampelonne, sin responder, aplicó su escalá al muro, y se dispuso á subir por él.

Clermont le imitó en otro sitio.

En aquel momento el muro se cubrió de defensores; Pampelonne tenia ya solo algunos escalones que subir para montar en el muro, cuando un ligero, rápido como el pensamiento, cogió los dos garfios de la escala; la balan-

ceó en los aires, y la arrojó con fuerza: la escala cayó por su peso, oyéndose en el espacio un rumor compuesto de gemidos, juramentos y chocar de armaduras.

— ¡Bien habla yo dicho! repuso Clermont, que se había detenido en su ascension al ver las oscilaciones de ~~una~~ otra escala: ¡mi hombre ha muerto! ¡Adios nuestro duelo!

Y descargó una de sus pistolas sobre un ligüero, que desde la otra parte del muro se disponía á hacer con su escala lo que habían hecho con la de Pampelonne. Atrevido hasta la temeridad, Clermont se lanzó con la espada en una mano y el puñal en la otra sobre el muro, donde le dispararon infinidad de arcabuces.

Pampelonne se había levantado todo magullado, y comenzaba de nuevo su ascension. La casualidad había querido que cayese sobre uno de sus soldados, amortiguando algo esto el golpe recibido. No obstante, tenía graves contusiones. Más dichoso en su segunda ascension, el caballero escaló el muro seguido de unos cincuenta soldados, atacando por la espalda al grupo de ligüeros que sostenía una verdadera lucha con Clermont y los suyos.

Mientras las tropas reales ejecutaban este

atrevido golpe de mano, el mariscal Biron, que mandaba el sitio, había aprovechado la distraccion de las tropas por aquella parte para abrir brecha por otra. De suerte, que la ciudad fué tomada al asalto por sus dos estremidades á la par.

Los ligüeros, viéndose perdidos, asaltaron las casa, y se parapetaron dentro de ellas constituyendo cada una un fuerte inexpugnable. Las balas, las granadas, el agua hirviendo llovian de todas las ventanas, y las mujeres todas, fanatizadas por la liga, lanzaban sobre los sitiadores piedras y muebles. La ciudad se había puesto á saco: clamores siniestros se oian por todas partes, que lo mismo señalaban la derrota que la victoria. Los realistas, furiosos por una resistencia tan obstinada, atropellaban á sus prisioneros, ponian fuego á muchas casas, y cometian toda clase de desórdenes.

Pampelonne perseguia otra cosa que la victoria: perseguia un hombre y una idea.

Hubiera dado á Pol-sy y su palacio, antigua morada de los reyes de Francia, por encontrar á La Gazette y hacerle hablar; así, pues, buscaba al normando con una obstinacion desesperada; preguntaba á los heridos; prometia las mas seductoras recompensas á

quien se le hiciera descubrir, sin poder obtener más que indicaciones muy vagas.

Al volver una calle que Mr. de Biron acababa de barrer con metralla, el caballero encontró á Clermont, que sin sombrero, con los vestidos desgarrados, la espada rota, el rostro cubierto de sangre y de arena, estrechaba entre sus piernas á un magnífico caballo negro de crines flotantes.

—¿Qué nuevas me dáis? preguntó el gascon.

—¡Buenas nuevas á fé mía! Tengo á Pompeyo, al famoso Pompeyo! Le he encontrado suelto en el patio de esa casa que está frente á nosotros.

—¿El caballo de La Gazette?

—El mismo. Así, pues, nada tengo que hacer aquí: esta presa me basta.

—¿Y vuestro castillo de Dourdon?

—Renuncio á él; además, se dice que La Gazette ha muerto.

—¡Voto á mil diablos! ¿Lo creéis vos?

—Sí por cierto, es muy posible; ¡se ha hecho una magnífica carnicería hoy!

—¿Pero cómo el caballo se encontraba dentro de esa casa?

—Porque en ella vivía nuestro baron: un hombre original á fé mía. Es lastima que no

le hayan respetado nuestras tropas: despues de todo yo no le queria mal.

—Sois caritativo. Es una bella virtud la caridad; pero yo la practico raramente por mi cuenta... ¡Quiero mi normando, le necesito!

—Buscadle entre los muertos.

—¿Habeis registrado esa casa?

—De arriba abajo.

—¿Y nada habeis visto?

—Nada que se pareciese al baron.

—¿Ni nada habeis oido?

—Nada.

— Vos no sabeis buscarle; seguidme.

—No, voy á tomar las órdenes del mariscal.

—Adios, pues.

—Adios, caballero. ¡Ah! Ahora que la ciudad está tomada nada me impide aceptar vuestra proposicion.

—¿Cuál?

—¡Gran Dios! ¡Qué mala memoria teneis! ¿No me habeis prometido que nos dariamos de estocadas hoy?

—Ya hablaremos de eso mañana... si tengo tiempo. Y el caballero dió un paso hácia la casa de La Gazette.

—La respuesta es poco caballerosa, replicó Clermont cerrandole el paso.

—¡Id con Dios, y él perdone vuestras impertinencias! ¿No veis que tengo un brazo suspenso en un pañuelo, y que la partida no sería igual? Yo os prometo mataros en cuanto esté bueno; ¿qué más quereis?

—Enhorabuena, pasad... ¡Ah! oid un consejo: os será provechoso. Desconfiad de las cuevas; pasad con precaucion por delante de ellas: esos tunantes hacen fuego por todos los agujeros.

—Gracias.

Pampelonne entró en la casa que parecia desierta; recorrió todas las habitaciones... nadie... Sobió al granero; nadie... Ya iba á retirarse con aire mohino, cuando oyó por la reja de una cueva gemidos débiles que le llamaron la atencion.

—¡Ah, belitre de mí! exclamó el gascon, Ya iba á cometer una torpeza.

Y se lanzó de nuevo en persecucion de su hombre por la escalera que conducia á la cueva de la casa.

La puerta de la cueva estaba cerrada. Pampelonne salió á buscar algunos soldados de los mejores, y cuando volvieron oyeron gritos, juramentos y ruido de cadenas.

—¡Es mi hombre! murmuró el caballero: reconozco su voz. Vamos, amigos, tres hacha-

zos á esa segunda puerta, y tenemos al dueño de esta indigna barraca.

El lector deseará sin duda saber por qué y cómo el capitán La Gazette se hallaba encerrado en su propia cueva, gimiendo de un modo tan estremado, y no podemos rehusarle tan justa esplicacion.

La Gazette era el más bravo aventurero de su época, pero también el más astuto normando de aquellos tiempos. Nombrado gobernador de Poissy, había defendido la plaza con una energía infatigable, combatiendo como jefe y como soldado; había recibido dos heridas graves, una en la cabeza y otra en el hombro, y habla, no obstante, continuado en su puesto, aunque atacado por fuerzas superiores y no muy bien provisto de municiones y de trincheras.

Aquel valiente jefe se había sostenido contra el ejército real durante tres días; todas las ciudades de aquellos contornos habían capitulado, y Poissy aun defendía el importante paso del Sena. Justo es decir que La Gazette contaba con la llegada del duque de Parma ó de Mayena, con socorros, en fin, que no llegaban.

Al cuarto día de ataque, el normando comprendió que la plaza no resistía; pero como él

no quería rendirse y sabía además que le colgarian si era cogido con las armas en la mano, recurrió á su imaginacion, que hacia más de treinta años le sacaba de todos los apuros, é imaginó una estratajema ingeniosa.

Era su ayudante un hombre resuelto, inteligente y arrojado: este hombre, ardiente li-guero, le estorbaba mucho, porque queria morir combatiendo; opinion que el capitán no aprobaba en modo alguno. La buena estrella de La Gazette quiso que su intrépido ayudante fuese muerto al escalar la muralla. En cuanto llegó esta noticia al normando, se frotó las manos con alegría, y corrió seguido de un solo criado á refugiarse en su casa, cuyas puertas cerró. Abandonando su caballo en el patio, La Gazette descendió á la cueva, y entró en una especie de escondite, siempre acompañado de su criado, y sentándose en un poyo. á cuyo lado habia una argolla de hierro y una enorme cadena, dijo al criado, que miraba sorprendido tan singular manioobra:

— Hazme el favor, amigo, de ponerme esta argolla al cuello.

— ¿Quereis que os estrangule, capitán?

— ¡No tal, bruto! Quiero que me aprisio-nes. Ciérrala... así... no tan fuerte... me rom- pes el cuello... Está bien; ahora, hijo mio,

une mis dos piés; cierra las cadenas; muy bien; ¡si te preguntan donde estoy, dirás que he muerto! Si despues me encuentran y te preguntan si no sabias que estaba yo aquí, manifestarás gran sorpresa. Adios; tu silencio será espléndidamente recompensado; déjame aquí, cierra las dos puertas y anda con Dios.

La Gazette estaba hacia una hora en su escondite, cuando oyó el rumor, que hacia Pampelonne, ocupado en recorrer la casa y tirar los trastos.

—¡Este es el momento de hacerme el interesante! dijo La Gazette, y empezó á lanzar gemidos plañideros.

Cuando los soldados de Pampelonne echaron abajo las dos puertas de la cueva, el caballero corrió hácia el capitan, exclamando:

—¡Calle! ¿Sois vos, mi querido señor marqués?

—¡Ay! ¡Sí, yo mismo! exclamó el normando haciendo un gesto original.

El encuentro evidentemente no era de su gusto.

—¡Gran Dios! ¿Qué teneis? Hacéis vos solo mas ruido que un centenar de ahorcados.

—¡Pardiez! Ya veis que tengo razon para quejarme; ¿me creéis acaso sobre un lecho de rosas?

—No tal, os creo en vuestro lugar; pero no se trata de éso: ¿quién os ha puesto ahí?

—¡Es toda una historia! Figuraos, mi valiente caballero, que estoy aquí aprisionado hace más de dos días, como si hubiera cometido un gran pecado. ¡Yo que tengo un alma inocente y sin hiel!

—No somos de la misma opinion; pero esto no es del caso: ¿cómo se esplica que os encuentre en este nicho?

—Desde que la ciudad fué sitiada por las tropas de SS. MM., yo insistí obstinadamente en una honrosa capitulacion: mi ayudante me acusó de traicion, y para desembarazarse de mis consejos y de mi influencia, me hizo aprisionar en este calabozo, tratándome como no se trata á un perro.

—¿Es de veras?

—Y todo porque me resistia á hacer fuego á los soldados del Rey de Navarra, á quien estimo particularmente, y á los soldados del Rey de Francia, del que soy súbdito arrepentido.

—Já... já...

—¡Dios sea loado! Llegais á tiempo de sacarme de este indigno sitio, en el que estoy muy mal alojado.

—¡Sí, eh?

—Mi querido caballero, os ruego que empecéis por arrancarme este corbatín de hierro, que corta mi respiración.

—¿Y qué más?

—Después esta maldita cadena que me deshace las gargantas de los pies... ¡Ah! Dejadme atravesar cuanto antes con mi espada el corazón de mi ayudante. Podíais vos decirme si ha caldo prisionero?

—¡Basta de embustes, señor truhan! Vuestra traza podría pasar para con un tonto, pero no para conmigo.

—¿Cómo? ¿Qué quereis decir?

—Quiero decir que sois normando, ¿no es verdad?

—¡Me alabo de ello!

—Pues yo soy gascon; vos me burlásteis en Angeres: permitidme que tome mi revancha en Polssy.

—¡Pero!...

—¡A normando, gascon, señor ingenioso! No tardeis en saber con qué leña me caliento.

—¡Pues, señor, me ahorcan! dijo para sí La Gazette con una filosofía poco lisonjera.

Pampelonne hizo soltar al capitán, llevándole delante de él como en triunfo.

A cien pasos de la casa, Clermont, que en

su alegría de poseer á Pompeyo no dejaba de pasear por las calles de la ciudad, se encontró con el grupo en que iba el prisionero; le reconoció, hizo unos cuantos paseos bonitos con su caballo y se descubrió diciendo con galantería á La Gazette:

—Pardiez, señor baron, me felicito de hallaros aun vivo para poder mostraros mi caballo.

—¡Vuestro caballo! repuso el normando con un suspiro.

—Digo de Pompeyo, mi caballo, como vos decís de Dourdon, mi castillo. ¡A fé de caballero que si me dan á escoger prefiero á Pompeyo! Parece, Mr. de Pampelonne, que hemos hallado los dos el nido.

Un oficial que corria hácia Pampelonne le dijo:

—Caballero, el Rey de Navarra acaba de llegar al campamento. Ha sabido que vos érais de los nuestros y me ha mandado á decir que os aguarda.

—Decid á S. M. que estaré á su lado dentro de un momento.

—¡Perdonad! El Rey quiere hablaros al punto: tomad mi caballo y partid.

—¡Vayan al diablo todos los reyes! murmuró el gascon. Es fuerza ocuparse de sus

asuntos ántes que de los nuestros. Mr. de Clermont, una palabra; obedezco á las órdenes del Rey; pero exijo de vos un señalado servicio.

—Lo que gustéis.

—No perdais de vista á mi prisionero; hacédle atar, agarrotar, aprisionar; ¡os doy carta blanca para todo, con tal de que no se escape! ¡Ese miserable me importa más que la vida! Estaré de vuelta antes de un cuarto de hora.

—Contad conmigo; pero no tardeis demasiado en volver.

—En muestra de gratitud, os tenderé mi mano, os ofreceré ami tad eterna, y que olvidéis nuestra querella.

—¡Pues me gusta! Entonces dejó al señor baron correr á través de los campos; prometme en todo caso lo contrario.

—Enhorabuena; os detestaré con toda mi alma y nos batiremos «in extremis.»

—Eso es hablar.

—En cuanto á vos, La Gazette, os trato como á caballero y os pido vuestra palabra de que no os escapareis.

—Os la doy.

—Partid, partid, interrumpió el mensajero.

Pampelonne partió.

—Sujetad al señor baron con todas las cuerdas que halleis á mano, repuso Clermont caracoleando con su caballo.

—¡Aun puede que no me ahorquen! murmuró para sí La Gazette. Lo importante es tener ingenio, y á Dios gracias no soy tonto.

XVII.

A lo que se espone un charlatan.

Pampelonne partió como una flecha hácia el campamento católico, adonde llegó á los pocos momentos. El Rey de Navarra, informado de la resistencia de Poissy, habia querido dirigir el sitio por sí mismo, llegando á tiempo de que la ciudad se rendia, y no dejándole ya más que hacer que distribuir elogios á sus tropas.

Pampelonne se presentó.

—Y bien, caballero, dijo el bearnes riendo, ¿es así como desempeñais vuestra misión? Os creia en Paris, trabajando en una elevada mi-

sion diplomática, y os encuentro comprometido en una escaramuza.

— Señor, una palabra aparte, si lo permitis. La misión que me confiásteis, así como al vizconde de Gourdon, ha obtenido el éxito apetecido: los realistas que París encierra responderán á vuestro primer ataque, atacando ellos mismos á los enemigos que os cierran el paso. Esos valientes son en corto número, pero llenos de valor y de energía: he visto á los más importantes, y todo marcha á pedir de boca.

— Está bien, escucha: voy á confiarte un secreto, que te probará mi estimación, mi confianza. He recibido á una legua de aquí la noticia de que la puerta de San Antonio nos será abierta en la noche de 1.º al 2 de agosto próximo, es decir, dentro de dos días; ya comprenderás la alegría que esta nueva me causa; pero quiero que nuestros bearnenses sean los primeros que pongan el pié en París: ¡ellos han puesto lo más, y de ellos debe ser el honor de la victoria! Parte, pues, sin perder un instante, y vé á decir á Rosny que se acerque á Vicennes, y tome sus disposiciones lo más secretamente posible para presentarse á la una de la mañana en dicha puerta de San Antonio de París. Le daras estas órdenes al oído; es un

hombre seguro. Cumplido el mensaje, partirás á Saint-Cloud sin descansar, y te presentarás de mi parte á mi primo, al que nuestros sibaristas hayan tomado sus medidas. Rosny y los suyos estaran en los jardines del Louvre. Adios, en marcha.

—Pero, señor, ¿no podriais confiar á otro el honor de esta mision?

—A nadie mas que á tí: no tengo confianza en nadie. ¡Tu vacilacion me parece estraña!

—¡Ah! señor, tenia yo que ventilar aqui mismo un asunto de la mayor importancia.

—¿De qué se trata?

—¡De los diamantes, señor, de los diamantes!

—¿Los has hallado?

—Tengo en mi poder al ladrón; es mi prisionero: no tengo mas que intimidarle, y me dirá el sitio donde ha escondido su tesoro.

—¿Dónde está ese prisionero? ¿cómo se llama?

—El normendo La Gazette: él defendia á Poissy; se le ha confiado á Mr. de Clermont, pero es astuto, atrevido, y si llega á escaparse seria una verdadera desgracia, porque tan cerca del Louvre como estais, señor, no encuentro con qué poder reemplazar vuestra ropilla, si esa se rompe.

El bearnés se echó a reír, porque todos saben que aquel gran príncipe tenía cierta vanagloria en su pobreza; celebraba el lenguaje de Pampelonne, y provocaba siempre su charla.

—Respondo de tu hombre, ó más bien de nuestro hombre: parte sin miedo; tu ladrón no se me escapará.

—Desde que V. M. lo toma á su cargo no tengo más que obedecer. Pero, por favor, recomendar vos mismo á Mr. de Clermont que no trate á ningun precio del rescate de La Gazette hasta mi vuelta.

—Te lo prometo; anda con Dios.

Pampelonne montó, y partió al trote.

Eran las dos cuando el gascon dejó á Poissy: á las ocho, el infatigable caballero echaba pié á tierra ante una cabaña donde habitaba Monsieur de Rosny, á dos leguas cerca de Vincennes.

Para llegar allí, Pampelonne había tenido que dar un enorme rodeo para evitar los campamentos de ligueros que guardaban las avenidas de Paris.

Cumplida su misión, tomó un caballo fresco, y se puso en camino de Saint Cloud, donde llegó destrozado á las doce de la noche.

En vano intentó que lo introdujeran al pun-

en la estancia de Enrique III; los cuarenta y cinco le cerraron el paso; el Rey dormía, y había encargado que no se le despertase ni aun para anunciarle la toma de su capital.

Pampelonne pateó con impaciencia, sostuvo un altercado con los caballeros de guardia, y por fin, de buen ó mal grado tuvo que batirse en retirada, preguntando á qué hora podía ver á S. M. al día siguiente. Dijéronle que entre siete y ocho, si el Rey recibía, sería recibido.

—Tenéis la segunda audiencia, dijo uno, porque se ha presentado también esta noche un monge, que ha tenido que esperar como vos.

—Creo, señores, que en mi doble cualidad de soldado, gascon y defensor de vuestra misma causa, me hareis pasar el primero.

Después de alguna vacilacion, los cuarenta y cinco lo prometieron así, y le aconsejaron presentarse á las siete en punto.

Pampelonne preguntó si el procurador general La Guise, á quien conocía algo, estaba en Saint Cloud, y como le dijieran que sí, pidió las señas de su morada, y fué allí á pedirle alojamiento.

El procurador le recibió con grandes atenciones, conduciéndole ante todo al comedor.

Al pasar el dintel de la puerta, el gascon se paró y arrugó el entrecejo, señal inequívoca de que algo había visto que le desagradaba.

En efecto; sentado á la mesa, y cortando en aquel momento el pan con un afilado cuchillo, se veía un monge con la capucha echada, y despachando una cena frugal.

Era el jacobino Jacobo Clemente.

—¿Qué hace aquí este ave de mal agüero? murmuró Pampelonne al oído de su huésped.

—Me le he encontrado esta tarde en el camino de Paris; es un excelente varón portador de pliegos importantes del Parlamento para el Rey, que no ha podido ser recibido por S. M. esta noche, y lo será mañana. Le he dado, pues, hospitalidad por esta noche.

Pampelonne se rascó la oreja, y sin preguntar más fué á sentarse á la mesa frente á frente al jacobino.

Jacobo Clemente levantó entonces la cabeza, vió al gascon y no manifestó ni sorpresa ni turbación por este encuentro inesperado. Sin embargo, aunque su rostro permaneció impassible, un frío glacial corrió por todo su cuerpo y su frente se inundó de sudor.

—Señor procurador, dijo el caballero volviéndose á su huésped; puesto que me ofrecéis de cenar, ofrecedme algo más sólido que

las legumbres con que se regala ese buen religioso. Tengo el estómago en los talones.

Trajéronle vino, jamon y frutas.

—Ahora, mi querido huésped, podeis retiraros a descansar; yo pasaré la noche sobre este escabel.

—Voy á hacerlos preparar un lecho de campaña como ese que se le ha preparado al buen padre.

—Gracias; pienso levantarme muy temprano y ya tengo costumbre de dormir envuelto en mi capa.

El procurador se retiró.

—No seria yo poco estúpido, pensó para sí el caballero, si me entregase al sueño al lado de este camarada; mejor dormiria en la boca de un lobo.

Y volviéndose al religioso, exclamó:

—Padre, despues que hayais concluido de comer y rezar, si no tenéis cosa mejor en que pasar el tiempo, contadme como os compusisteis para salir de la cueva de Angeres.

Jacobo Clemente se estremeció, levantó los ojos al cielo y volvió á fijarlos en su Breviario.

—¡Calle! ¡Os habeis vuelto sordo de tres años acá? continuó el aturdido hugonote abrien-

do profundas brechas en el jamon que tenia delante.

El monje calló.

—¡Pardiez! Es lástima: yo hubiera querido saber de vuestro propio lábio lo que concertábais con Mme. de Fresne hace unos cuantos días.

En los ojos del monje brilló una mirada sombría; se contuvo no obstante, y no contestó.

—¡A fé mia, puedo certificar que sois poco amable!

—¿Qué me quereis? dijo por fin Clemente sin poderse contener.

—Enhorabuena; ¡gracias á Dios que me dejais oír vuestra encantadora voz de falsete! ¿Qué os quiero, amigo mio? Saber si sois siempre mi enemigo mortal.

—Siempre.

—Bueno; en ese caso debo advertiros que vuestra asociada, la interesante Mme. de Fresne, no puede auxiliarnos en este mundo al ménos, porque la he visto hacer el gran viaje esta última noche.

—Si ha muerto, interrumpió vivamente el jacobino, vos sereis la causa.

—No sé; pero puedo afirmaros que he he-

cho cuanto ha estado en mi mano para que sufra poco, lo cual prueba mi estimacion.

—Enhorabuena; nada de eso me importa.

—Sí tal; os importa mucho, porque si como la de Fresne, intentais contra mí la menor cosa, como á la de Fresne os aplasto bajo mi pié.

El jacobino fijó una mirada escudriñadora en el caballero.

—Ya comprendéis, continuó el gascon, que gentes tan ruines no merecen mi cólera; así pues, tengo la firme resolucion de no castigaros sino cuando seais bastante imprudente para atentar contra mí: si no me amenazais de un modo claro, podeis comer, beber y dormir en paz. Buenas noches.

—Yo no me ocupo de vos en este momento: tengo un santo deber que cumplir, y este me aparta de vuestro camino: podeis dormir con toda tranquilidad.

—Muchas gracias; pero si me dormiese al lado vuestro, corria el riesgo de despertar en un mundo mejor, como dicen los capuchinos.

—Voy, sin embargo, á daros ejemplo de confianza; repuso Clemente acostándose sobre un lecho provisional que le habian puesto.

—Dicen que quereis hablar al Rey! repuso

Pampelonne sonriendo: ¿os envia acaso la liga á que le confeséis?

— Voy á pedirle la paz en nombre de todo su pueblo.

— Eso es muy cristiano; pero hay el mal de que no creo una palabra.

— No me asombra, sois hereje.

— ¡Gracias á Dios!

Jacobo Clemente, dispuesto á no contestar á nada más, cerró los ojos para dormirse y se durmió en efecto, confiado en el caballero que no habia de asesinarle indefenso, pero el gascon, que no tenia la misma confianza, pasó la noche sentado en el taburete formando castillos en el aire con el amor y los diamantes de Venecia.

Un poco antes de las siete, Pampelone recorrió su traje y salió de casa del procurador.

Pocos minutos despues, el jacobino se despertó, preguntó por el dueño de la casa y se hizo conducir á la presencia del rey.

Enrique III habitaba en Saint Cloud la casa de Gerónimo de Gondy, uno de sus partidarios. Las crónicas y algunos historiadores consignan que la casa de Gondy habia albergado diez y seis años antes á la reina Catalina y al duque de Anjou, despues Enrique III ocu-

paba á la sazón las mismas habitaciones donde el duque de Anjou decidió la horrible matanza del Saint-Barthelemy.

Los escritores calvinistas sacan de aquí que la Providencia armó el brazo de Jacobo Clemente, verdadera creencia de herejes, porque la providencia no se mezcla en las iniquidades de los hombres.

Esta casa pertenecía en 1572 á un comerciante de Paris, nombrado Chapelier; la reina madre la compró en 1573, y se la dió á madama de Gondy que la restauró é hizo una encantadora habitación, donde el Rey se alojó despues en memoria de su madre, ó sencillamente porque era la más elegante de la ciudad.

Pampelonne, gracias á la proteccion de sus compatriotas los cuarenta y cinco, fué inmediatamente introducido á la presencia del Rey que acababa de levantarse; eran las siete y media, el Rey no se había completamente vestido, y parecia de muy buen humor.

—¿Sois, Mr. de Pampelonne, mensajero de nuestro querido primo, segun parece?

— Su más fiel servidor y el vuestro, señor.

— Lo sabemos; ¿venís á comunicarnos algun notable hecho de armas de nuestros bravos bearneses?

— Señor, he venido á deciros en secreto

que esta misma noche, entre doce y una, la puerta de San Antonio de Paris os será entregada.

—¡San Nicolás! he aquí una buena noticia que hará vuestra fortuna, caballero... ¿Qué ruido es ese? dijo el rey interrumpiéndose. Mr. de Angouleme, id a ver de qué proviene ese ruido.

El conde de Angouleme salió y volvió al punto.

—Señor, dijo, es un monje jacobino que presenta Mr. La Guesle, y que solicita hablaros; se dice portador de pliegos importantes del Parlamento.

—Que entre, tengo dicho que se guarde toda clase de consideraciones a los religiosos. Que entre y me aguarde; quedaos vos también, caballero.

Dichas estas frases, el Rey pasó a su gabinete particular, Jacobo Clemente fué introducido, precedido del procurador general, que estrechó la mano de Pampelonne.

Al encontrar a su enemigo en la habitación del Rey, el Jacobino se sintió desfallecer, y su mirada hipócrita no pudo sostener la mirada franca y leal del caballero; ¡creyó ver en este encuentro un aviso de la fatalidad, y se estremeció!

El rey salió de su gabinete pasados algunos minutos, apresurándose á saber qué era lo que el presidente del Parlamento tenía que comunicarle.

Mr. de Angouleme, D'O, Orillon, Espernon, La-Guesle y hasta una docena de nobles estaban en la Cámara real. Enrique III tenía á su izquierda al caballero de Pampelonne y á la derecha al procurador general. Dió un paso hácia el jacobino, y le dijo:

—¿Sois vos, padre, quien me trae un mensaje del Parlamento?

—Sí, señor: dignaos leerle, repuso Clemente avanzando con resolución, doblando una rodilla y presentando una carta al rey.

Enrique III rompió el sello y leyó precipitadamente; todos los circunstantes fijaban con ansiedad sus ojos en el rostro del Rey, observando la espresion de alegría ó descontento que el pliego le producía, sin fijarse ninguno en el jacobino que sacó un afilado cuchillo de la manga de su hábito.

No había leído diez líneas del mensaje, cuando lanzó un agudo chillido y cayó hácia atrás arrancando de su bajo vientre el cuchillo que Jacobo acababa de hundir en su pecho.

—Ah! El villano monje me ha herido!

Pampelonne se lanzó sobre el jacobino atravesándole con su espada; los demás cortesanos acabaron con el miserable, arrojando despues su cadáver por una ventana.

La precipitacion con que Pampelonne hirió al asesino, fué motivo de que se acusase más tarde á los calvinistas de haber hecho morir al Rey desembarazándose en el acto del asesinato para dejar envuelta en el misterio su traicion.

Pasada la primera confusion que ocasionó este crimen, Pampelonne pensó que debia ir á dar esta importante nueva al rey de Navarra. Montó, pues, á caballo y tomó el camino de Polssy.

A un cuarto de legua de Saint-Cloud, el caballero se encontró al Bearnés que se dirigia en persona á ver á Enrique III.

— Señor, dijo el gascon con acento trémulo de emocion: apuesto ciento contra uno á que sois el rey de Francia.

— ¿Estás loco?

El gascon refirió entonces lo que acababa de pasar: el rey de Navarra y su escolta tomaron á galope, y el gascon, corriendo al lado del Rey, le dijo:

— Ahora, señor, que he despachado vuestros negocios, pèrmitireis que me ocupe de los míos.

— ¡Ay Dios mío! ¡Mi pobre Pampelonne! exclamó el Rey; ¡qué aturdido soy!

— ¡Por qué, señor?

— Tu prisionero...

— Y bien.

— Se me ha ido de la memoria y no me he vuelto á acordar de él.

Pampelonne, sin responder, volvió brida y tomó á galope el camino de Poissy.

Volvamos á La Gazette, á quien hemos dejado en un instante de mala fortuna, si el lector recuerda.

Cuando Clermont hubo hecho sujetar bien con cuerdas al normando, le llevó á su habitación, donde le estuvo haciendo obstinadamente compañía por espacio de dos horas: era á la vez un hombre activo y perezoso Mr. de Clermont; es decir, para una acción, para un duelo, para una empresa arriesgada, era atrevido; fuera de esto, era un cortesano voluptuoso, un sibarista que no conocía nada más detestable que el fastidio. Así, pues, el destino de carcelero era muy á propósito para él, y empezó á impacientarse en cuanto pasó la primera media hora, poniéndose después á hablar con su prisionero con un hastío que regocijó el alma de La Gazette.

—Creo que nos aburrirnos los dos, Monsieur de Clermont, dijo con humildad el normando.

—No habeis espresado nunca verdad mas exacta, caballero. Me fastidio, me aburro, y vos teneis la culpa.

—Os pido perdon; pero me parece que el caballero de Pampelonne es aqui el único culpable. En cuanto á mí, no deseo más que irme.

—¿Dónde se ha visto elegir á una persona como yo para centinela?

—Teneis razon; ¡es faltar á todas las leyes de urbanidad faltaros á vos y á mí! Porque en fin, si Mr. de Pampelonne estuviera aqui, trataríamos de mi rescate; yo no soy avaro. ¿Quereis, Mr. de Clermont, enviar á preguntar al mariscal el por ventura el caballero nos ha olvidado?

—Teneis razon, voy á enviar.

Clermont despachó á un soldado á saber de Mr. de Pampelonne, volviendo aquel en breve con la noticia de que el caballero estaba ausente por algunos dias.

—¡Pues me gusta! exclamó el cortesano. Eso es tomarme por un carcelero.

—¡Así parece! repuso con sorna La Gazette.

—Tentaciones me dan de dejaros libre bajo palabra.

—Guardáos de hacerlo, porque yo no he dado al caballero la mia más que por una hora, y me escaparía.

—Entonces os encerraré en un calabozo.

—Corriente, tengo muchos amigos; soy muy rico, y os aseguro que me escaparé también.

—Entonces os haré ahorcar.

—Aunque algo violento el medio, no es malo... sin duda, pero sois demasiado noble para emplearle.

—¡Misericordia! ¿entonces qué queréis que haga? ¿morirme de fastidio á vuestro lado?

—¿No teneis ámplios poderes de Mr. de Pampelonne?

—Si tal, ¿y qué?

—Tratad en su nombre de mi rescate.

—No es mal medio el que me proponéis.

—¿Os agrada, eh? ¿Qué exigis?

—Esperemos hasta mañana, y si no recibimos ninguna nueva del caballero, arreglaremos este negocio.

La noche pasó sin que llegase ninguna nueva. Clermont, que habia cumplido su palabra de ser vigilante centinela, se habia acostado cerca del capitán, al que habia mandado

sujetar en su lecho; le despertó al ser de día, y le dijo:

—Decididamente, el caballero se burla de mí.

—Lo voy sospechando, repuso La Gazette con socarronería.

—¿En cuánto os estimais?

—Tengo muy elevada opinión de mí.

—No lo dudo, pero fijad...

—Teneis razon, abreviemos; creo que mi castillo de Dourdon conviene á Mr. de Pamponne.

—¡Mala bomba! Ya lo creo, y á mí tambien.

—Pues bien, daré ese castillo en cambio de mi libertad. Hé aquí un rescate casi real: esto prueba que me estimo en lo mismo que á vos y esto constituye para mí un pomposo elogio.

—E. tá bien, escribid el acta de donacion.

La Gazette hizo lo que se le pedia, y Clermont le devolvió su espada, lanzando un suspiro.

—¿Suspirais? repuso el normando riendo:

—¿De satisfaccion! ¿no veis que al romper la vuestra rompo mi cadena?

La Gazette, que segun en muchas ocasiones hemos hecho notar, era un charlatan sem-

piterno, se sintió tan á su gusto al verse en libertad que se le desató la lengua y empezó á referir viajes, historias, aventuras y proezas que distrajeron á Mr. de Clermont.

La Gazette estaba en vana y no callaba; ébrio de alegría al verse libre, se despachaba á su gusto y de un discurso ligero pasaba á uno histórico, y de la historia caía en la política. Clermont iba ya sintiéndose aburrido por aquella charlatanería sin fin y veinte veces se había despedido tomando su sombrero para salir sin que el normando cortase el hilo de su conversacion.

— ¡Por Dios, capitán! dijo ya Clermont amostezado, dejadme salir á tomar un poco el aire. Teneis la lengua demasiado suelta, y os estimara más si fuéseis mudo.

— ¡He acabado! ¡He acabado! Mr. de Clermont quería explicaros mi conducta política á fin de que en caso de necesidad, me sirviérais de apoyo cerca del Rey contra quien he combatido por una equivocacion... Creed que yo...

Un oficial del mariscal Biron entró en aquel momento, y dijo:

— Mr. de Clermont, estoy encargado de entregaros este billete de parte del mariscal, y además de prender á este hombre.

—¡Cómo! ¿A mí? exclamó La Gazette. Yo soy libre, caballero.

Clermont leyó en alta voz:

«Los ligueros acaban de quemar vivos á tres oficiales del ejército real que han caído entre sus manos; necesitamos represalias. El comandante de Poissy y cincuenta notables serán ahorcados inmediatamente. Entregadnos á vuestro prisionero.»

—¡Esto no tiene réplica! dijo Clermont á La Gazette. Mi querido capitán, acabareis vuestras historias en el otro mundo, donde quizá vuestro auditorio sea más paciente que en este.

En vano La Gazette reclamó; quiso defenderse, quiso comprar su libertad... Sordos á su voz, le condujeron á una de las plazas de la ciudad, donde le aguardaban sus verdugos.

Mientras el desgraciado capitán atravesaba por un lado la ciudad, Pampelonne entraba á galope por otro: indagó dónde vivía Clermont, lo que le hizo perder un tiempo precioso, y por fin llegó ante su alojamiento á tiempo que aquel, montado sobre Pompeyo, salía á recorrer la ciudad.

—¿Y mi prisionero? exclamó el gascon.

—Pardiez, llegais á punto de verle...

—¡Dios sea loado!

—De verle ahorcado.

—¡Eh!

—Digo que ese pobre diablo baila su última contradanza en este momento en la plaza de armas.

III V X

—¡Voto á mil diablos, caballero, que me pagareis más caro que pensais esta mala-pasada! exclamó Pampelonne fuera de sí.

—No pido otra cosa desde hace ocho dias! Venid: hay detrás de esta casa una linda esplanada que parece hecha á propósito para un duelo.

Sin responder, Pampelonne corrió á la plaza de Armas, en la que vió erigidas infinitas horcas y pendiente de cada una un cadáver.

XVIII.

El escondite del normando.

Llegado á la plaza de Armas, La Gazette lanzó una mirada melancólica y lastimera sobre tantos palos que se elevaban al cielo, y se dibujó en su rostro el gesto que le era familiar en sus situaciones críticas.

Atáronle las manos á la espalda y le pasaron la cuerda corrediza al cuello.

Cincuenta ciudadanos elegidos entre los notables de la villa esperaban formados en línea que los ayudantes del verdugo acabasen sus preparativos. El normando vió claramente que llegaba la hora del asalto mortal; pero

dispuesto á luchar hasta el último momento, quiso hablar al gran presboste esponiéndole que en su cualidad de comandante y noble, debía morir el último, insistiendo en esta prerrogativa á fin, decia, de hacer un detenido exámen de conciencia que debía cerrarle las puertas del infierno y abrirle las del paraiso. El presboste halló admisible la peticion, tanto más que La Gazette la hizo en términos muy corteses. Se destinó, pues, á La Gazette para fin de fiesta.

La dilacion, no obstante, no fué mucha: en aquellos tiempos habia gracia en esta clase de ejercicios, y los ejecutores tenian una destreza pasmosa.

Los cincuenta ciudadanos fueron en breve columpiados en el aire: llególe el turno al normando, y el verdugo, poniéndole la mano en el hombro, dijo:

—¡Vamos!

—Un momento: aun no he concluído. Tengo que acabar el «Yo pecador» y decir algunas oraciones sueltas.

—Acabareis mientras os preparamos.

—No, no tal; ¡no rezaria con fervor! Además, no veo la horca que se me destina.

—¡Héla ahí delante de vos.

—¿Os burlais?

—El momento no es oportuno.

—¿Por quién me tomáis? Yo necesito una hora más elevada que la de toda esa gente-cilla. ¡Soy capitán!

—¡Bah! Un poco más alto ó más bajo no significa nada para que se os apriete bien la nuez.

—Vos podéis apretarla; ¡pero no tenéis derecho para deshonorarla!

—¿Acabareis? gritó el presbote.

La Gazette, que como buen normando era socarrón, se volvió al presbote, y dijo:

—Señor, poneos en mi lugar...

—¡Muchas gracias! ¡Es apetecible vuestro lugar!

—Si os quisieran hacer expliar una falta con vuestros inferiores, ¿no querriais que se os distinguese hasta en el castigo?

—¡Acabad con ese charlatan! dijo el presbote. Se hace tarde.

Los ayudantes y el verdugo se lanzaron sobre La Gazette que se defendía como un desesperado, rompiendo sus ligaduras y emprendiendo á puñetazos con sus verdugos. Por fin se logró sujetarlo y que pusiera el pié sobre el primer escalon.

Aunque reducido á no hacer nada el nor-

mando, no fué reducido al silencio y empezó á ultrajar á gritos á sus opresores.

—Amigo, le dijo el presboste: no consiste todo en ser ahorcado, sino en ser además sufrido.

—¡Idos al diablo! Si os encuentro por allá arriba, ya me las pagareis.

Mientras el pobre paciente se deshacía en denuestos, los ayudantes pasaban la cuerda á su cuello, y diez brazos, tirando del otro extremo de la cuerda, elevaron al pobre capitan, haciéndole perder tierra.

La Gazette lanzó un rugido de hiena, pero hombre esperto, no hizo ningun movimiento á fin de no acelerar la estrangulacion. La esperanza no le abandonaba ni aun al sentir ya la muerte á su lado, y esto no era miedo; era confianza en su buena estrella: esta confianza no le engañó.

En el momento en que el capitan comenzaba su ascension, Pampelonne desembocaba en la plaza de Armas, corrió á la horca de donde pendia La Gazette, al que habla reconocido, y tirando de la espada cortó la cuerda que le suspendia.

El normando que no estaba aun á cuatro piés de tierra, cayó como una masa, y se incorporó restregándose el cuello y diciendo al

caballero con acento torpe y procurando tragar saliva:

—¡Pardiez! caballero, me habeis hecho un gran servicio, y el diablo me lleve si le esperaba de vos. ¡Ay! esos asesinos me han estrangulado casi.

El presboste quiso interponer su autoridad para que se cumpliese la sentencia; pero Pamponne dijo que tenia órdenes del rey de Navarra. El mariscal Biron, que llegó á ver si se ejecutaban sus órdenes, sostuvo que el rey de Navarra no era rey de Francia, y entonces el caballero, hablándole al oído, le probó que quizá era ya uno mismo el rey de Francia y de Navarra.

Entonces el caballero recobró su prisionero, y llevándole aparte, le dijo:

—Os he sacado de un mal paso; pero no creais que es más que para que os ahorquen al fin, y esta vez no será á medias.

—¡Gran Dios! Ya lo temia. Creed que no me satisface entonces vuestro servicio.

—¿Qué has hecho, grandísimo tunante, de los diamantes de Venecia?

La Gazette hizo el gesto peculiar que ya conocemos, y como de costumbre, quiso que le repitieran la pregunta.

—Si no contestais categóricamente os envío otra vez allá arriba, repuso el caballero señalando la horca.

—A fé mia si la riqueza es agradable, murmuró el normando, la vida lo es mucho más. Caballero, los diamantes de que tenéis el honor de hablarme, están muy bien escondidos en un sitio que yo solo conozco; es un secreto que...

—¿Acabareis? repuso Pampelonne, que echaba fuego por los ojos.

Evidentemente; el normando, fiel á sus principios, ganaba tiempo, dejando siempre una frase sin concluir.

—Están, caballero... pero un momento. ¿Me garantizais la vida á fé de caballero?

—Por mi honor, si me decís la verdad, os dejo en libertad de ir á que os desquarticen, donde os plazca.

—Pues están, caballero, en la cueva del castillo de Dourdon, ocultos en un nicho que tiene el muro á mano izquierda; reconoceréis el sitio por una cruz roja pintada en la pared.

—Está bien; vais á seguirme á Dourdon, y si habeis mentido, pobre de vos.

Sin despedirse de Clermont, Pampelonne y La Gazette tomaron caballos frescos y se pusieron en camino; el normando iba desar-

mado, y el caballero, pistola en mano, le hacía caminar delante.

Durante la noche, la luna les prestó una claridad soberbia, lo que impidió á La Gazette evadirse, caso que lo hubiera intentado: debemos decir, en obsequio suyo, que iba de buena fe y resignado.

Al día siguiente, muy de mañana, nuestros viajeros estaban en la calle de castaños que rodeaba el castillo, echando plé á tierra en el patio de honor, donde Venecia bajó la primera al oír las pisadas de sus caballos.

Pampelonne, sin perder de vista á su prisionero, estrechó la mano de su amada, que aquella le abandonó procurando ocultar sus lágrimas.

—Lo adivino, repuso conmovido el caballero y no os interrogo. Comprendo que una horrible desgracia difunde el luto en esta morada. La marquesa...

—¡Existe aun! ¡Ah! contamos los minutos que la bondad del Todopoderoso le concede de vida.

—¿Y Gourdon? ¡Mi pobre Gourdon!

—Su desesperacion nos contrista... venid, caballero, venid; vuestra presencia mitigará en parte su dolor.

—Querida Venecia, el cielo me ha sido

propicio: aunque colocando en nuestro camino esas espinas nos quiere probar que no hay dicha sin pena en este mundo. He realizado mi empresa; traigo á vuestros piés á este culpable... ¡De rodillas, bribon! Pide perdón á esta dama del crimen que has cometido.

La Gazette hizo lo que el gascon exigía: estaba, sin duda, en uno de sus buenos momentos, experimentaba un sentimiento de probidad que casi tenía carácter de milagro, y se arrodilló delante de la jóven y dijo con toda la emoción de que era susceptible:

—Clerto es, hermosa señorita, que os he despojado no muy lentamente; pero puedo dejaros que el diablo se ha mezclado en este asunto, porque yo os contaré toda la historia. Si he manifestado tener un poco ancha la conciencia respecto á vuestros diamantes, es porque mi bolsillo estaba exhausto... Era yo muy pobre en aquella época y vos disfrutábais de la opulencia al lado de vuestra madrina. Mi primera idea fué tomar solo un puñado de aquellas piedras, cuyo número de ellas ignorais quizá vos misma, y entregaros el resto; pero cada vez que me disponía á cumplir tan buen propósito; mi mano que se abría para tomar el puñado consabido, rehusaba cerrarse... ¡En fin! Aquí tenéis la llave del cofreci-

llo. Quien es tan rica como vos, perdona fácilmente á un pobre diablo como yo.

Venecia hizo seña al capitán de que se levantara, y entregando á Pampelonne la llave del tesoro, repuso:

—Esto no pertenece más que á vos, mi dueño y señor.

Gourdon llegó en aquel momento, arrojándose en brazos del caballero, que tuvo largo rato abrazado sobre su pecho. Los dos amigos no se hablaron; un dolor simpático los tenía unidos; pero en aquel silencio elocuente sus corazones se comprendieron y se consolaron.

—¿Puedo verla? preguntó Pampelonne.

—No, amigo mio; en este momento duermo. Venecia, volved á la cabecera de su cama. Os reclama el médico.

Venecia hizo una seña de despedida cariñosa á su prometido, y se retiró.

—El médico que habeis llamado ¿es entendido?

—Es el mismo inventor del veneno, químico español: lucha con energía y desesperación para destruir los efectos del rayo lanzado con su propia mano.

—¿Y qué dice?

—Dice que la dosis empleada ha producido

rápidos efectos; que sin sus cuidados la marquesa hubiera ya sucumbido; pero que ya confía poco en su ciencia; que la muerte se ha apoderado de su víctima... y que mañana... mañana por la mañana el alma de ese ángel subirá al cielo!

Pampelonne por toda respuesta estrechó cariñosamente á su amigo, y después de un rato murmuró:

— ¡Valor, vizconde! Es un impio no acatar la voluntad suprema. Sed grande hasta en vuestro infortunio, y buscad consuelo en el afecto de vuestros amigos y en el esplendor de vuestra gloria.

Gourdon se separó dulcemente de su amigo, y sombrío y meditabundo fué á sentarse sobre un poyo al que prestaba sombra una hermosa enredadera.

— ¡Ese valiente caballero me parte el corazón! dijo La Gazette acariciándose el bigote para disimular su emoción.

Pampelonne suspiró, y repuso como distraído:

— Mostradme el escondite consabido, capitán: acabaremos nuestro negocio.

— Teneis razon; eso nos distraerá.

Llegados á la cueva, el normando se enca-

— 316 —
minó hacia el muro: se detuvo ante la cruz roja pintada en la pared y separó con bastante facilidad la mampostería que simulaba una columna, apareciendo debajo una plancha de hierro que giró apretando el normando un resorte. Entonces el capitán sacó de aquel escondite un cofrecillo de forma cuadrilonga, presentándole á Pampelonne que le llevó á la luz, y abriéndole quedó deslumbrado de las riquezas que contenía; los diamantes, los rubíes, los topacios estaban ordenados con una simetría que atestiguaban el amor de su propietario actual. El pobre normando fijó en ellos una mirada melancólica y grotesca, acompañada de un gesto semejante al que hubiera podido hacer el maestro de armas si le hubieran arrancado las entrañas. Tenía el corazón en los labios y las lágrimas en los ojos.

—A juzgar por el continente y el contenido, habeis sido prudente y económico.

—¡Ay, si señor! Está casi completo, señor caballero; solo la caja se ha sustituido, porque yo habia dejado la suya en la cueva de Angeres.

—¡Ya lo sé, pardiez!... ¡Eh! ¿Qué es esto? Aquí veo cierta brecha.

—Si señor; una brecha de sesenta mil es-

cudos que han servido para pagar este castillo y sus dominios, todo lo cual os pertenece tambien.

—¿A mí? Olvidais sin duda á monsieur de Clermont.

—Mr. de Clermont no tiene ya el menor derecho sobre esta propiedad; él me la cedió á mí y yo os la he cedido á vos segun un acta formal que tiene en su poder.

—Pero decidme: ¿cómo habeis vivido durante tres años? ¿Cómo habeis sostenido vuestro lujo?

—Con los rendimientos de esta propiedad.

—¿Imposible! Esta propiedad no ha podido costear ni la mitad de vuestros gastos.

—Quizá.

—Entonces, ¿para el resto?

—Para el resto he contraido deudas... es una antigua costumbre de que no me he podido desprender.

Pampelonne acogió con una carcajada esta sencilla confesion: cerró el cofrecillo y salió de la cueva.

—¿Deseais marcharos? preguntó el gascon al normando.

—¿A dónde diablos quereis que vaya? Dejadme seguir vuestra buena fortuna; así como

asi, la liga amenaza concluir: ya es tiempo de que piense en concluir yo tambien.

—Sea; pero dad vuestra palabra de que en adelante sereis un hombre honrado.

—Tan honrado como he sido bribon.

—Entonces morireis en opinion de santo, amigo.

Pampelonne al decir esto se encontró con su amigo Gourdon que se paseaba apoyado en el brazo del químico español.

—Puedes verla, amigo, dijo el vizconde: desea recibirte; siguenos.

La Gazette tiró al caballero de la manga de la ropilla, y le dijo en voz baja:

—Tendria gusto en pedir perdon á la señora marquesa; una noble dama á quien he engañado bien á pesar mio.

—Venid.

XIX.

La marquesa Fabiani.

El vizconde, el caballero y el capitán adelantaban de puntillas precedidos por el alquimista, y entraron en una habitación cuyas cortinas estaban corridas: en el fondo de este cuarto se veía un lecho grande y magnífico, de aquellos que aun se conservan en algunos castillos hereditarios y que parecían destinados á recibir toda una familia. Sobre aquel lecho, envuelta en un peinador blanco y elegante á pesar de su extraordinaria sencillez, la marquesa Fabiani yacía casi sin vida. Su cabeza, digna del más hábil cincel, reposaba so-

bre almohadones que hundia apenas: su rostro habia perdido la deliciosa frescura de la juventud; pero las nobles facciones de aquel rostro pálido destacaban aun más sus líneas puras y sus delicados contornos. Sus ojos no tenian la animacion que en otro tiempo les prestaba su corazon enérgico; pero al perderla habian adquirido una adorable languidez, una resignacion interesante y una espresion de inefable melancolía y esperanza en Dios, última y fiel compañera de todos los que se van de la tierra al cielo.

Venecia estaba apoyada en una de las columnas del lecho junto á la cabecera de la enferma, abismada en un dolor sin nombre: no separaba los ojos de su bienhechora ansiosa de recoger su más minima mirada, y cuando una sonrisa ó ün suspiro entreabria los lábios de la marquesa, se estremecia de espanto y de alegría.

—Acercaos, caballero, dijo la Veneciana con aquel acento encantador que no por ser más débil era ménos armonioso.

Pampelonne se arrodilló ante aquel acento de dolor y besó respetuosamente la blanca mano que la marquesa le tendia.

—Ya veis, murmuró la moribunda, que todo toca á su fin. Dios en su bondad ha per-

mitido que llegáseis á tiempo de que pueda yo enlazar vuestra mano con la de mi querida Venecia; un hombre tan valiente, tan noble y tan leal como vos no puede sino hacer dichosa al ángel de virtud que le confía el cielo. Esta dicha que vais á disfrutar yo rogaré á Dios que os la conceda de larga duracion, y cuando le deis gracias por ella, volved hácia mi recuerdo los ojos y mi recuerdo os bendecirá.

Pampelonne, Gourdon y Venecia dejaban correr sus lágrimas. La Gazette, retirado en un rincón hacia esfuerzos heroicos para no romper en sollozos: pero á pesar de sus esfuerzos, mordía su bigote empapado de lágrimas. La marquesa le apercibió y le llamó. Acercóse el capitán lentamente, y murmuró con visible emocion:

— ¡Ah noble señora! si en algo he podido ofenderos perdonadme: si tengo alguna parte en vuestra desgracia no os sobreviviré.

— Tranquilizaos, capitán; habeis cometido grandes faltas; pero de ningún modo sois causa de mi muerte: todos tenemos vicios y virtudes en el alma. Yo estoy cierta de que la vuestra se habrá purgado de los primeros y vivireis en adelante como hombre de honor. ¡Venecia y vos, caballero, os recomiendo á mi antiguo servidor!

La Gazette, admirado de tanta dulzura, conmovido por aquella voz divina, lanzó un suspiro, salió precipitadamente de la estancia y corrió al jardín donde desahogó su alma, dejando correr su llanto, tanto más abundante, cuanto que era la primera vez que obraba en él su sensibilidad.

—Y vos, amigo mío, murmuró la marquesa dirigiéndose á Gourdon, ¿no estrechareis mi mano?

—¡Ah señora! si al estrecharla pudiera arrancar vuestro mal, haciéndole pasar á mis venas, no me hariais esa reconvencion.

—No abrigueis semejantes ideas, vizconde; no censureis la voluntad de Dios que quiere que yo muera y que vos vivais para honor de la Francia. Si el deseo de los moribundos es sagrado, tal es el mío, y delante de todos vais á hacer el juramento de obedecerme.

—¡No lo exijais, no por favor!

—¿Quereis hacerme morir disgustada contra vos? interrumpió la marquesa dulcemente.

—¡Oh no! mil veces no; obedeceré.

—Ya lo habeis oido, caballero... Mr. de Gourdon no ha faltado jamás á su palabra. Doctor, añadió dirigiéndose al químico: ¿cuán-

to tiempo me queda que vivir con mi razon cabal?

—Eso, señora, Dios solamente...

—Vos lo sabeis tambien... no trateis de engañarme... ya veis que no soy una niña.

—Señora, si haceis por descansar ni hablar en toda la noche y tomar con docilidad las medicinas que os dé... vivireis hasta...

—Hasta mañana, ¿no es verdad?

—Sí señora, hasta mañana á las diez.

—Gracias; ¿conservaré hasta entonces la razon y el uso de la palabra?

—Sí señora, no perdereis ambas cosas sino pocos momentos ántes de subir al cielo.

—Haced, pues, venir al capellan para que yo cumpla con mis últimos deberes, y hasta mañana, señores; valor, amigo mio, continuó dirigiéndose al vizconde; vendreis á despediros de mí así como Mr. de Pampelonne, mañana temprano: tengo que concluir el relato comenzado en el palacio de Montpensier: ahora podré deciros sin que me aborrezcais, que solo á vuestra amistad quiero deber algunas flores sobre mi tumba; vuestro amor no debe acercarse á ella jamás.

—¡Ya se adivina lo que fué aquella noche solemne para todos los habitantes del castillo!

Una tristeza de plomo pesaba sobre todos, que no osaron dirigirse la palabra. Un silencio sombrío reinó en aquella morada, pareciendo aumentar las sombras que precedían para la noble Veneciana á las tinieblas de la eternidad. Solo los pájaros durmieron tranquilos entre el follaje, y solamente el sol, alegre con su eterna juventud, apareció radiante iluminando las flores que se estremecieron sobre sus tallos, inclinándose para recibir sus caricias.

Venecia, Gourdon, Pampelonne, el capellan y el médico, estaban reunidos á la cabecera de la cama de la moribunda, que parecía un poco reanimada. Su mirada era más viva: su frente más pálida.

—Abrir las ventanas, dijo la marquesa; dejad que llegue hasta mí el aire, que pueda ver el sol y adorar á Dios en el esplendor de este dia sin nubes.

Entonces la marquesa rogó al médico que se alejara algunos instantes, y reuniendo todas sus fuerzas comenzó el relato de su vida que acabó en un religioso silencio, sin haber designado á su seductor con otro nombre que el del conde de Saveuse.

—¡Ah! murmuró Gourdon; esa confesion

que tanto os ha costado hacerme y que me hace quereros aun más por vuestras desgracias, llega hoy á contristarme más, porque habiendo muerto el conde de Saveuse no puedo vengaros.

—¡No ha muerto, amigo mio, el miserable que me vendió! Completó su traicion ocultando su nombre: era Enrique de Valois, rey de Francia.

—¡El rey de Francia! exclamó Gourdon. ¡Desgraciado!

—¡El rey ha muerto! repuso Clermont entrando impetuosamente en la estancia. Después, apercibiéndose de la tristeza que reinaba en torno suyo, se contuvo, y dijo á media voz:

—Ha muerto asesinado por Jacobo Clemente.

Al oír estas palabras la marquesa se incorporó en su lecho: una última luz brilló en sus ojos, y murmuró:

—¡Perdonadme, Dios mio, como yo por vos le habia perdonado á él!

Y cayó en los brazos de Venecia sin sentido.

Pampelonne quiso en vano sacar á Gourdon de aquella habitacion fúnebre, resistién-

dose él á todos sus esfuerzos. Entonces el caballero salió con Clermont para adquirir noticias sobre el suceso trágico que hacía subir una nueva dinastía al trono de Francia. Después que hubo satisfecho todos sus deseos, el favorito del difunto monarca cambió de tono, y dijo:

— Ahora sí que nada nos impide ventilar nuestro asunto.

— ¿Quereis asesinarme? repuso Pampelonne con aire sombrío.

— No tal; quiero mataros ciñéndome á las leyes del duelo.

— Entonces aguardad á que haya pasado el pesar que me aflige, porque hoy no tengo valor para defenderme.

— ¿Qué diablo de hombre! ¿Y cuánto tiempo durará ese pesar?

— Toda mi vida.

Clermont, desarmado con esta respuesta, tendió la mano al caballero, y le dijo:

— Vos sois aun más duro de cabeza que yo: los dos juntos lograríamos desesperar á un santo! Seamos amigos ya que no podemos ser enemigos.

— Con toda mi alma, mi querido Clermont. ¡Ah! Hé aquí el sitio del sepulcro que vereis elevarse en breve bajo esta vuestra

sombría alameda, al lado de vuestro querido arroyuelo.

—¡Por desgracia es verdad! En breve habrá aquí un sepulcro; pero no digais ni mi alameda, ni mi arroyuelo, ni mi castillo. Dourdon es vuestro como en este momento Paris es de yo no sé quién.

—Yo sí; pero á Dios gracias soy bastante rico para restituirosle.

—No lo consiento.

—Lo exijo.

—Yo rehusó.

—¡Nos batiremos al fin por esa miseria!

—Eso sería «lindo» como se decia en la corte de nuestro buen Rey: he jurado sorprenderte hoy, y no insisto.

—Mr. de Clermont, dijo La Gazette acercándose á los dos amigos: una palabra si gustais.

—¡Gran Dios! ¡Mi insoportable charlatan! ¿No os ahorcaron?

—Me lisonjeo de que no. Ahora os veo obstinado en recibir una estocada, y pues que el señor caballero no se encuentra disponible por el momento, si no se os ha pasado la gana yo tendré un placer en... Ya me entendéis.

— 328 —

—Me matariais de buen grado, ¿no es eso?

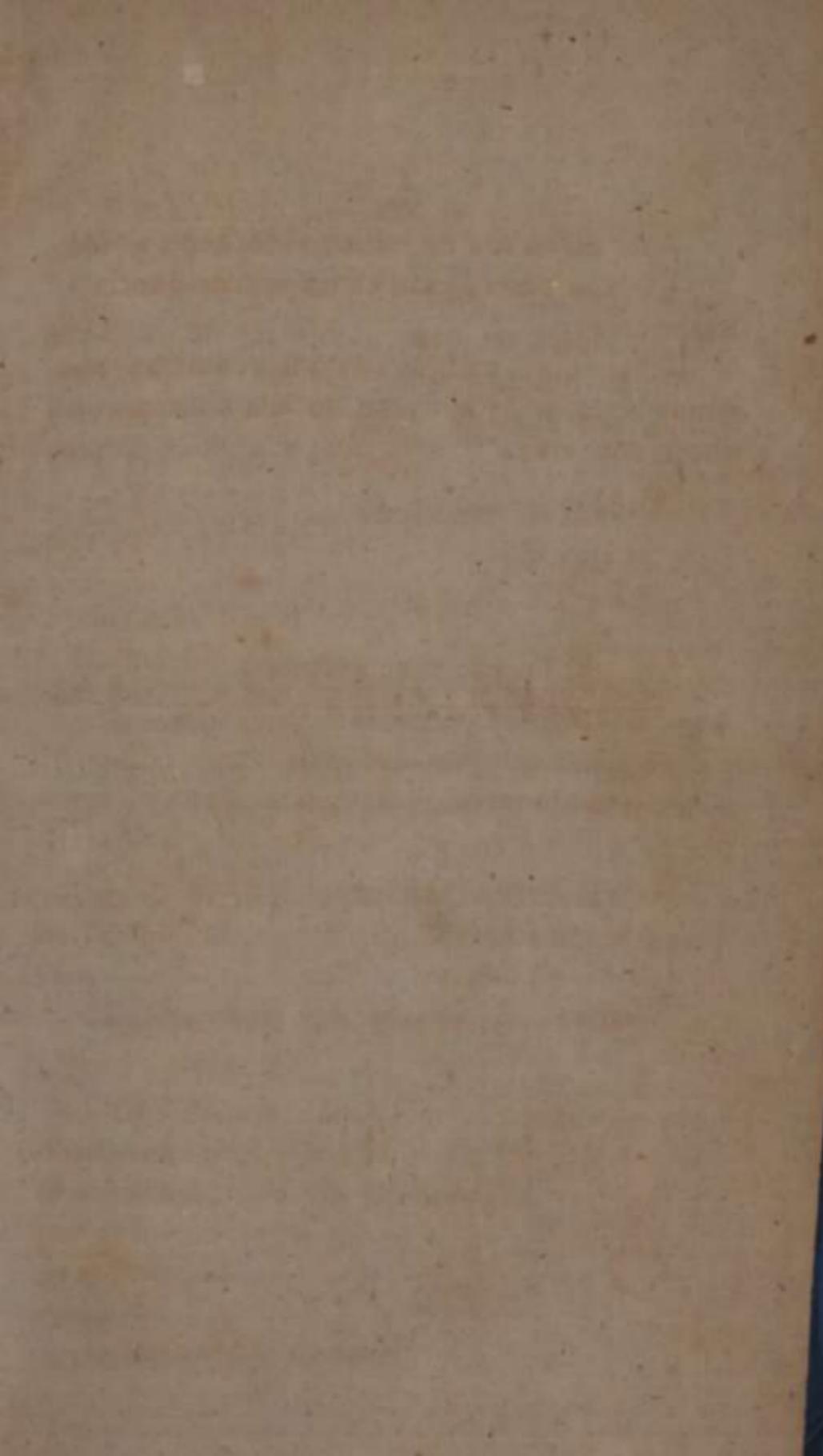
—De tan buen grado como vos me queriais hacer colgar.

—Pues bien, amigo; venid á contarme algunas historias, y si duran un dia entero, no quedo con vida.

—Yo sí; pero á Dios gracias soy bastante franco para testificarosle.
—No lo consento.
—Lo exijo.

FIN DEL TOMO SEGUNDO.

—Yo rehuso.
—Nos batiremos si no por las espaldas.
—Eso seria eludir como se dice en la corte de nuestro buen Rey; habiendo cortado ya hoy, y no insisto.
—El de Courmont; dijo la Gazette acerca de los dos amigos que relata el guatale.
—Gran bien; mi inseparable chatelain! No es oportuno.
—Me lloraba de puro. Ahora os voy contando su triste historia, y vos que el señor caballero no se encuentra disponible por el momento, si no es en el pasado, no se podrá en lugar en. Y es entonces.
—Lome II.



2500

2500
2500 = 100

- AN

- LUL

- SXIN

